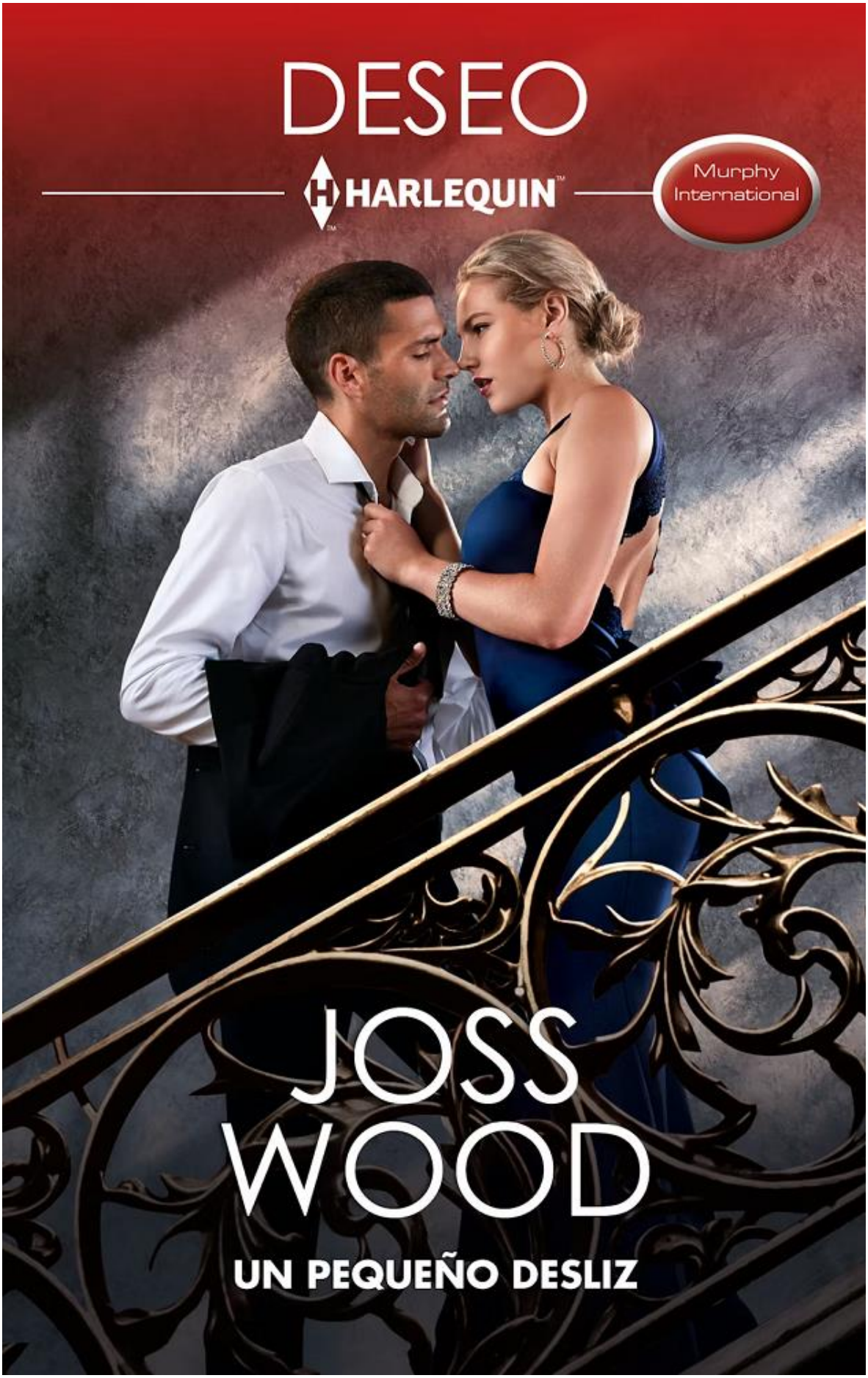
https://www.facebook.com/novelasdescargas



Se suponía que esta vez tenía que evitar la tentación.

A Sadie Slade no le interesaban las relaciones amorosas. Ya había sufrido bastante durante su matrimonio con un hombre que la maltrataba verbalmente y su posterior divorcio. No quería arriesgarse a tener que volver a pasar por lo mismo.

Pero Carrick Murphy, el apuesto director de la casa de subastas que la había contratado para investigar la autenticidad de un cuadro, irrumpió en su vida cambiándolo todo.

Tras una inesperada noche de pasión juntos, ella no podía dejar de fantasear con repetir, complicando así su relación laboral. Y por si eso fuera poco, Sadie no tardó en descubrir que no solo estaba enamorada de él, sino que también esperaba un hijo suyo.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Prólogo

1. Escalar montañas. (Gracias, mal de altura).

2. Matrimonio. (No. Una vez fue más que suficiente).

3. Montar en un toro mecánico, como hizo durante las vacaciones de primavera. (Cuatro tequilas y ser zarandeada como una muñeca de trapo le valieron el apodo de «Pukey» durante meses).

4. Ah, y desear a Carrick Murphy. (Ese fue el mayor no-no de todos.)

Sadie Slade añadió la traqueotomía de urgencia a su lista mental de cosas que nunca volvería a hacer y se tocó el pequeño vendaje de gasa del cuello. Nunca había estado tan asustada.

De vuelta en su apartamento tras pasar la noche en el hospital, Sadie respiró hondo un par de veces e hizo balance. Los médicos le habían asegurado que la falta temporal de oxígeno cuando se había atragantado en el cóctel de Murphy la noche anterior no había comprometido sus facultades mentales. Pero quiso hacer un repaso de los hechos de todos modos.

Tenía veintinueve años, un doctorado en Historia del Arte y su propia empresa de tasación de obras de arte y rastreo de procedencias. Su mejor amigo era un príncipe árabe que había conocido en la universidad. Otra buena amiga, Beth, era también su asistente virtual y directora comercial. Sadie estaba en Boston para rastrear la procedencia de lo que podría ser un cuadro perdido de Winslow Homer para la empresa Murphy International.

Y desde que había aceptado el trabajo, no había dejado de lidiar con la molesta atracción que sentía por su sexy director general, Carrick Murphy. Un hombre con cuerpo de escándalo y cara perfecta, pero que tenía una pésima reputación.

¿Por qué no podía desear a un hombre que tuviera éxito y fuera honorable, alguien a quien pudiera respetar? Por una vez en su vida quería enamorarse de alguien que no fuera un embustero.

Pero aparte del inconveniente de imaginarse a Murphy desnudo todo el tiempo, se encontraba bastante bien.

Sadie se echó hacia atrás en la silla y se cubrió los ojos con el antebrazo. La noche anterior, antes de que llegara la ambulancia, había mantenido la mirada fija en el rostro de Carrick. Tenía unos ojos verdes increíbles. De mandíbula fuerte y boca sexy, con la nariz un poco torcida (apenas perceptible, probablemente se la había roto en algún momento), y un cuerpo capaz de hacer llorar a los ángeles.

Alto y musculoso. E inteligente.

Todo apuntaba a que era un hombre maravilloso… Excepto por el hecho de que era la misma clase de hombre que su exmarido. O eso le había informado Beth, que era la excuñada de Carrick.

Sadie trataba de evitar a ese tipo de hombres desde que se había divorciado del mujeriego obsesionado con el trabajo con el que había estado casada. Así que cuando Murphy International se puso en contacto con ella para investigar la autenticidad de lo que podría ser un cuadro perdido de Winslow Homer, se planteó rechazar el encargo.

Y solo porque sentía rechazo por los hombres ricos, arrogantes y atractivos que creían que podían hacer lo que quisieran, cuando quisieran, sin pensar en a quién hacían daño.

Pero las emociones no pagaban las facturas, y su cerebro empresarial insistía en que era una oferta que no podía rechazar. Murphy International era una de las tres casas de subastas más importantes del mundo, con clientes ricos y consolidados. La empresa gozaba de poder y respeto en el mundo del arte, y sería un gran impulso para su carrera si aceptaba el trabajo.

Así que había dejado París para trasladarse de manera temporal a Boston, su ciudad natal. Y, tal y como se había temido, ir a trabajar a Murphy International y ver a Carrick Murphy todos los días, era pura tortura.

Porque, cuando estaba en compañía de Carrick, olvidaba su pasado, olvidaba que él era el tipo de hombre que trataba de evitar y que había sido un esposo miserable para una mujer que consideraba su amiga. En cambio, disfrutaba de su mente aguda, su ingenio mordaz y su magnífico aspecto.

Cuando estaba sola, fantaseaba con él desnudo o lo castigaba por ser un imbécil mujeriego y desgraciado.

Pasar de la lujuria al desdén y viceversa era agotador. Pero por mucho que deseara poder culpar de todo su agotamiento a su atracción por Murphy, había sido el hecho de estar a punto de morir lo que había sacado a la superficie una marea de emociones encontradas.

Gratitud, miedo, soledad, vulnerabilidad…

Sadie se hundió más en el sofá y cerró los ojos. Una forma de evitar enfrentarse a sí misma, y a esas molestas emociones que normalmente ignoraba, era sumirse en el sueño.

Después de que Carrick aporreara la puerta de su apartamento durante un par de minutos, Sadie abrió por fin, con un aspecto aturdido que la hacía todavía más sexy.

Había estado durmiendo. Tenía una marca de cojín en la mejilla y los ojos empañados. Debería sentirse mal por haberla despertado, había pasado veinticuatro horas infernales, pero estaba tan agradecido de poder verla de pie, de oír su respiración, de mirar sus bonitos ojos azules.

Ver el terror en ellos la noche anterior le había dado un susto de muerte.

Carrick dio un paso atrás y se quedó mirándola con una mano apoyada en el marco de la puerta. Su relación con ella era tan solo laboral, pero, por primera vez en dieciocho horas, su corazón dejó de dar vueltas y se calmó al comprobar que estaba bien.

No tenía la menor idea de por qué le afectaba tanto esa mujer a la que apenas conocía. Tenía que ser porque estaba trabajando para Murphy y él se sentía responsable de ella en cierta manera. Esa era la única razón que se le ocurría, porque no tenían ningún otro tipo de conexión emocional.

Porque él no conectaba con nadie, ni de manera emocional ni de ningún otro tipo.

Al menos, no durante mucho tiempo. Y nunca más volvería a cometer el mismo error.

—Hola —murmuró Sadie—. ¿Carrick? Umm… ¿Qué haces aquí?

—Solo quería saber cómo estabas —dijo tratando de sonar despreocupado, pero no lo consiguió—. Pareces… —Carrick se esforzaba en encontrar la palabra correcta.

Iba vestida con un jersey rojo de hombros caídos, unos leggings negros y unos calcetines también negros muy mullidos. Llevaba la cara

desmaquillada y el pelo recogido en una coleta algo despeinada. Un pequeño vendaje le cubría el corte de la garganta.

Nunca había visto a una mujer tan hermosa. Y, Dios, estaba viva…

Sadie dio un paso atrás para permitirle entrar en el apartamento.

—Lo siento, soy un desastre. No esperaba compañía. Pasa.

¿Por qué las mujeres pensaban que ser un desastre era malo?

Al cerrar la puerta, Sadie se dio cuenta de que él llevaba un enorme ramo de flores. —¿Son para mí?

—Sí. Claro que sí. Toma —dijo él mientras le tendía el ramo y la cara de Sadie desaparecía de su vista entre tanta flor. En ese momento, Carrick empezó a angustiarse, necesitaba ver su rostro, seguir mirándola.

¿Por qué?

No era propio de él y no lo entendía. Felizmente divorciado desde hacía mucho tiempo, seguía el ritmo de su propio tambor, no tenía tiempo para involucrarse con nadie ni dejarse llevar por emociones complicadas. Se negaba a tener que dar explicaciones, tanto a sí mismo como a los demás.

Amaba y protegía a sus hermanos y era leal a los pocos amigos íntimos que tenía. Pero Sadie Slade no era ni de su familia ni su amiga. Entonces, ¿por qué reaccionaba así?

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó Sadie.

Hablar estaba sobrevalorado; podía transmitir su opinión de otras maneras. Le quitó el ramo de los brazos y lo dejó caer al suelo. Dudó un momento, esperando a que ella protestara. Al ver que no lo hacía, le tapó la boca con la suya, bebiendo su calor, su sabor…, su maldita vitalidad.

Carrick la movió hacia atrás hasta que la espalda de Sadie tocó la pared y él apoyó sus manos en el frío yeso sobre la cabeza de ella. No quiso tocarla más que con la boca. Porque si sus manos tocaban su piel, entonces estaría perdido y no pararía hasta tenerla desnuda, jadeando y gritando su nombre.

Sin embargo, ella no tuvo ningún problema en usar las manos. Carrick sintió cómo le sacaba la camisa de los pantalones y sus manos le acariciaban la piel desnuda por encima del cinturón rozándole la espalda. Cada músculo de su cuerpo se contrajo y se preguntó dónde había ido a parar todo el oxígeno de la habitación.

Pero no importaba, porque Sadie lo estaba besando. Y lo hacía con mucho entusiasmo.

La lengua de ella se introdujo en su boca mientras le rodeaba la cintura con los brazos, diciéndole en silencio que deseaba hacerlo tanto como él. Incapaz de mantener las manos quietas ni un segundo más, dejó que se deslizaran sobre la piel desnuda que dejaba al descubierto el jersey oversize de ella y se maravilló de su suavidad. ¿Sería así de suave en todas partes?

—Tócame, Carrick —murmuró Sadie. Su respiración entrecortada por los besos fue todo el estímulo que necesitaba. Le subió el jersey para poder acceder mejor a su embriagadora piel. No llevaba sujetador, gracias a Dios. Él bajó la cabeza para besarle el cuello y le dijo todo lo que quería hacer con ella.

Los gemidos de excitación de Sadie lo animaron a hacer eso y mucho más.

Cuando ella llevó una de las manos de Carrick a su pecho, él gimió al instante al sentir el tenso pezón en sus dedos. Necesitado de probarla, le subió el jersey por la cabeza y se quedó contemplado con mirada ardiente sus maravillosos pechos. Firmes y erguidos, con unos bonitos pezones rosados que pedían a gritos…

—No puedo esperar más. —Carrick agachó la cabeza y rozó el pezón con la lengua antes de metérselo en la boca para succionarlo. Luego pasó al otro pecho y, después de prestarle la misma atención, levantó la cabeza y hundió los dedos en el pelo de Sadie—. Quiero llevarte a la cama.

—Lo sé —dijo ella. Él se inclinó para apoyar su frente contra la de ella.

—Eso no es un sí, Sadie.

Entonces, Sadie lo agarró de una mano y lo condujo por el pasillo hasta su dormitorio. Una vez allí, se bajó los pantalones por las caderas, arrastrando consigo su ropa interior. Se quitó los calcetines y se quedó desnuda ante él.

—Hazme el amor, Carrick. Me haces sentir tan…

—¿Caliente? ¿Excitada?

—Viva —susurró Sadie—. Ahora mismo, necesito tanto sentirme viva…

Él podía dárselo. Y así lo hizo.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Uno

Carrick Murphy oyó el chasquido de la cerradura de la puerta del baño y giró la cabeza para enterrar la cara en la almohada de Sadie, que olía a gloria.

Demonios.

Cuando la noche anterior había salido de su casa de Beacon Hill, su intención había sido comprobar cómo estaba la nueva investigadora de arte que Murphy había contratado. Porque, como se repitió a sí mismo durante el trayecto hasta su apartamento, solo la necesitaba a título profesional. Necesitaba sus conocimientos para autentificar un cuadro y poder incluir el posible Homer en la tan esperada subasta que tendría lugar en primavera. Le había llevado flores con intención de tener un gesto entre cliente y asesor, intentando convencerse a sí mismo de que su visita no tenía nada que ver con que Sadie fuera una mujer despampanante.

Soltando un resoplido de frustración, Carrick buscó su ropa. Lo menos que podía hacer para que la mañana fuera menos incómoda era estar vestido cuando Sadie decidiera salir del baño.

Carrick se vistió con los pantalones y, sin abotonarse la camisa, comenzó a ponerse los calcetines y luego los zapatos. Miró la puerta, deseando poder escabullirse. Pero Sadie no era una de esas mujeres a las que no volvía a ver tras una noche de sexo. No podía irse sin más. Tendría que seguir viéndose con ella, ya que le estaba pagando una cifra desorbitada por su labor en la autentificación de un cuadro. La necesitaba…

Pero solo a nivel profesional.

Se había entrenado para no necesitar más a nadie.

Desde que se divorció de Tamlyn, siempre pensaba mucho con quién se acostaba y las posibles consecuencias que tendría. Temía que sus amantes luego fueran con el cuento a la prensa. Pero la necesidad

irrefrenable de acostarse con Sadie había ahogado todos sus temores y consideraciones.

Se habían deseado mutuamente y su cerebro había dejado de pensar. Esperaba que ella no pensara que lo que había pasado entre ellos fuera el comienzo de algo especial… Que ella quisiera más de lo que él podía darle.

Porque eso no iba a pasar.

Había perdido a demasiadas mujeres a las que amaba y apreciaba: a su verdadera madre, su madrastra y su cuñada por la muerte, y a otra cuñada por el divorcio. Su propio divorcio lo dejó sin esperanzas, sin sueños y sin la ilusión de tener una familia, una pareja, una esposa con la que envejecer.

Cuanto más se acercaba alguien, más daño podía hacerle. Su ex era la prueba de ello.

Carrick se frotó la cara con las manos.

Sí, Tamlyn le había amargado la vida, así que no se molestó en volver a salir con nadie, se conformaba con aventuras de una sola noche, le daban menos problemas. Aunque el sexo con desconocidas nunca era tan bueno como cuando había una conexión emocional de pareja.

Sin embargo, el sexo con Sadie sí había sido estupendo.

Había olvidado que apenas la conocía, que era su primera vez. Hacer el amor con ella había sido tan natural como respirar; como si su cuerpo ya reconociera el suyo. No había habido momentos incómodos ni de indecisión. Y lo peor de todo era que Sadie había sido la mejor amante que había tenido nunca, mejor incluso que aquellos primeros y embriagadores días con Tamlyn.

Su noche de sexo con Sadie había superado todas sus expectativas y había dejado el listón muy alto para sus próximas aventuras de una noche.

Si es que volvía a tener otra…

Carrick se levantó y se dirigió a la cocina. Lo menos que podía hacer era preparar el café.

Cambió el filtro de la cafetera, echó un poco de café y llenó el depósito de agua. Después de darle al interruptor, volvió al salón y no pudo evitar agarrar la camiseta de ella para inhalar su aroma, que parecía haber sido diseñado para hacerle perder la cabeza.

—¿De verdad estás oliendo mi camiseta?

Mierda. Estaba arruinado. La única opción que tenía era pasar a la ofensiva.

—¿Qué es ese olor? —preguntó, tratando de parecer despreocupado y dejando caer la camiseta donde estaba—. No consigo identificarlo.

—Jazmín y azahar —respondió Sadie. Se había duchado y llevaba el pelo mojado. Vestía unos vaqueros desteñidos y un jersey holgado de color arándano.

—Recuérdame que te compre provisiones para diez años.

—Ojalá pudiera —dijo Sadie con una sonrisa un tanto apenada—, pero el perfumista que lo hace se niega a preparar grandes lotes y solo abre su tienda de Montparnasse cuando está de humor. Y no creas que eso pasa con mucha frecuencia.

Ella no perdía de vista su pecho desnudo. Carrick empezó a abrocharse la camisa, pero de repente bajó las manos. Era un hombre inteligente y se había dado cuenta del deseo en la mirada de Sadie y del rubor en sus mejillas.

«Tranquilízate, Sadie. Por el amor de Dios, resiste el impulso de tocar ese musculoso pecho. ¡Encuentra otra cosa que hacer con tus manos!». El desayuno. Podía encargarse de hacer el desayuno.

—Tengo entendido que tienes un apartamento en París —dijo Carrick, siguiéndola hasta la cocina y observando cómo sacaba cruasanes de la despensa y mantequilla y mermelada de la nevera.

—Sí, tengo una caja de cerillas en Montparnasse. Es un apartamento minúsculo, de una sola habitación. Aunque hay espacio suficiente para mi ropa, mis libros de consulta y para mí. —Sadie le miró de arriba abajo—. Tú parecerías Gulliver en Liliput allí dentro.

—¿Gulliver? ¿Lilliput? —Entonces cayó en la cuenta y le cambió la cara—. ¡Ah, vale! Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.

—Lo siento, soy una empollona de los libros. Y una empollona del arte. Y de un montón de cosas inútiles también.

—Me gustan los empollones —dijo Carrick, mirándola como si fuera la empollona más sexy que hubiera visto nunca, pero Sadie pensó que tenía que haber sido fruto de su imaginación—. Mi hermano Finn es el rey de las referencias extrañas y triviales. Estoy acostumbrado a oír cosas raras e inútiles.

En cuanto el café estuvo listo, ambos se sentaron cada uno a un lado de la isla de la cocina a desayunar. No estaba siendo tan incómodo como él esperaba, aunque necesitaba decir algo, lo que fuera, para dejar claro que ambos pensaban lo mismo y que había sido sexo de una sola noche.

Pero Sadie estaba fuera de su zona de confort. Ella no tenía aventuras con hombres extraños. Nunca se acostaba con gente con la que trabajaba. Y menos aún con hombres (como su ex y, supuestamente, como Carrick Murphy) que trataban a las mujeres y el sexo como si fueran juguetes.

—Lo de esta noche ha sido un error —dijo Carrick a bocajarro, sacando a Sadie de sus pensamientos.

«¡Qué sorpresa! Ya estaba tardando…», pensó ella con cinismo mientras él se metía en la boca un trozo de cruasán untado con mermelada de fresa, masticaba y tragaba como si nada.

—He venido solo para ver cómo estabas. Es evidente que nos hemos dejado llevar un poco —dijo Carrick en ese tono calmado que solía usar y que ahora le ponía los pelos de punta—. Espero que no afecte a nuestra relación laboral.

¿Qué quería decir con eso? ¿Pensaba que el haber tenido sexo significaba comenzar una relación? Era una mujer moderna, capaz de separar el sexo de los sentimientos. No corría peligro de enamorarse de él tras una noche de sexo fantástico y alucinante. Había oído que él había dejado un rastro de corazones rotos por todo Boston, pero ella no era tan débil como para pasar por eso.

Ya no.

—Estoy segura de que no habrá ningún problema —afirmó Sadie con tono firme—. Siempre y cuando te quede claro que solo me basaré en las pruebas para hacer el informe sobre el Homer.

Carrick dejó el cruasán en el plato.

—¿Y por qué demonios crees que esperaría que amañaras los resultados del cuadro? El arte habla por sí mismo. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

No había sido así con su ex. El límite de la moralidad de Dennis fluctuaba bastante y no había dudado en utilizar cualquier medio para influir en el resultado de un trato, o de una relación, en su beneficio propio.

Solo eran palabras, pero en cierto modo la respuesta de Carrick había sido un alivio para ella. Que fuese una persona íntegra le facilitaba el trabajo.

Pero volviendo a por qué estaba en su cocina a primera hora de la mañana de un lunes…

—Bueno, de ahora en adelante, sugiero que olvidemos lo que pasó anoche. Estuvo bien, muy bien…, pero tengo trabajo y repetir lo de anoche no creo que sea una buena idea.

—Sería demasiado complicado —añadió Sadie en tono alegre, deseando parecer despreocupada.

Carrick bebió un sorbo de café y apretó los dedos alrededor del asa de la taza.

—De acuerdo, si eso es lo que sientes.

¡No, no era así! ¡O sí, sí lo era…! ¡Arrgh! ¡No sabía qué sentir! Todo lo que sabía era que la última vez que se había metido en la cama con un hombre encantador, su vida había quedado destrozada. No podía permitir que eso volviera a ocurrir.

Sadie dejó el cruasán a un lado. Dios, deseaba que se marchara, que le diera algo de espacio. Necesitaba tiempo para asimilar que había estado a punto de perder la vida y que acababa de tener sexo con el tío bueno que estaba ahora en su cocina. Alargando la mano sobre la encimera, Carrick la agarró de una muñeca.

—Sadie, mírame.

Ella se revolvió el pelo húmedo y aspiró hondo antes de obedecer. Sus ojos se clavaron en los de él y tuvo que recordarse a sí misma que debía respirar.

La sonrisa de Carrick era amable, tanto como podía serlo la de un hombre duro.

—Gracias por una noche increíble. Espero que la hayas disfrutado tanto como yo.

Y así había sido para ella. La mejor noche de su vida.

—Debería irme. Por desgracia, mi empresa no funciona sola.

Sadie sabía que debería sentirse aliviada, o incluso feliz, al oír que él estaba a punto de irse, pero solo sintió decepción. Lo cual era estúpido,

porque no hacía ni un par de minutos que había estado rogando por quedarse sola.

Carrick le soltó la muñeca y empezó a abrocharse los botones de la camisa. Ya en pie, terminó de colocarse la ropa y se metió el último trozo de cruasán en la boca. Caminó alrededor de la isla para acercarse a Sadie, se quedó mirándola y, cuando él bajó la cabeza apuntando hacia sus labios, ella contuvo la respiración. Al darse cuenta, él se estremeció.

—Me alegro mucho de que estés bien después de tu incidente de asfixia.

Gracias a la rápida reacción de su hermana Tanna, ella estaba en casa, sana y salva después de haber estado en el hospital. Y agotada después de una noche intensa de sexo.

Muy intensa.

Carrick le levantó la barbilla con un dedo para mirar la gasa estéril que tenía en el cuello.

—¿Te duele?

—El corte es pequeño y se curará rápido —dijo Sadie tras negar con la cabeza—. Aunque estoy considerando hacerme vegetariana.

Carrick sonrió con la boca torcida.

—Podría haberte ocurrido lo mismo con un trozo de zanahoria.

—Lo sé, pero creo que tendrá que pasar mucho tiempo hasta que me atreva a tragar otro trozo de carne de Kobe. O de cualquier otra carne…

—Te entiendo. —Carrick miró su reloj e hizo una mueca de dolor por la hora—. Lo siento, debo irme. Tengo una reunión a las nueve y todavía tengo que llegar a casa y ducharme.

—Podrías ducharte aquí —le propuso Sadie en voz baja—. Si eso te ahorra algo de tiempo.

Esperó a que se lo pensara, sabiendo que si le hacía la más mínima insinuación de que se uniera a él, le resultaría muy difícil mantenerse firme en su decisión de no tocarle nunca más.

—Gracias, pero no es necesario. Creo que será mejor que vaya directo a la oficina y me duche en el gimnasio de la empresa. Siempre tengo ropa limpia y cosas de aseo en el baño ejecutivo que comparto con mis hermanos, así que no habrá problema.

Sadie lo siguió por el pasillo mientras caminaba hacia la puerta de la entrada.

—Supongo que hoy no vendrás. Tal vez deberías descansar un poco y recuperarte.

—Tuve sexo toda la noche contigo, Carrick, así que no puedo usar la excusa de que estoy enferma —respondió Sadie—. Aunque creo que lo mejor es que hoy trabaje desde casa. Tengo que buscar toda la información que pueda sobre la época de Winslow Homer en Virginia. Y luego quiero ir a una galería de arte de Charles Street, ya que Isabel Mounton-Matthews hizo muchos negocios con el anterior propietario. Espero encontrar algo sobre el cuadro en los catálogos de venta o en los registros.

Carrick le preguntó por el nombre de la galería y ella se lo dijo, ahora que hablaban de arte se sentía más cómoda.

—Conozco la galería. Dicen por ahí que tanto los propietarios anteriores como los actuales no siempre han estado a la altura. Al parecer, tienen fama de amañar las procedencias y de rellenar la información de manera un tanto… creativa.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Yo no los llamaría estafadores, pero tampoco son honestos. No creo que te muestren sus registros, si es que llevan alguno…

Estaba bien saber su opinión, pero necesitaba comprobarlo. Por si acaso. Además, pensó que a ambos les vendría bien distanciarse un tiempo para aclarar sus ideas antes de volver a verse. Así dejarían de pensar (al menos ella) en repetir lo de la pasada noche en el dormitorio.

—Te veré de nuevo cuando tenga algo de información fiable. Puede que dentro de unos días o incluso semanas —le dijo Sadie.

Carrick tomó el ramo de flores del suelo, que ahora estaba bastante desaliñado, y lo dejó sobre la mesa del vestíbulo.

—No me sentiré ofendido si las tiras.

Era obvio que Carrick parecía querer la misma distancia que ella y debía alegrarse por ello. No había ninguna razón para sentirse decepcionada o frustrada. Tenía que dejarse de tonterías.

La expresión de Carrick era implacable cuando se inclinó para rozarle el pómulo con los labios. Ella aceptó el gesto como lo que era, una cortesía, un pequeño agradecimiento por una velada estupenda. No significaba nada más…

—Te veré… cuando te vea —le dijo él.

Agarró su abrigo y, cuando metió la mano en el bolsillo interior y sacó el teléfono, hizo una mueca de disgusto.

—Tengo una docena de llamadas perdidas. Nos vemos, Sadie.

Faltaban cinco minutos para que comenzara su reunión en la sala de conferencias, una sala elegante y vanguardista al final del pasillo de la emblemática, internacional y mundialmente conocida casa de subastas Murphy International. Solo tardaría treinta segundos en recorrer el pasillo, así que podía seguir allí escondida en el baño un rato más.

Haría cualquier cosa para evitar estar a solas con Carrick Murphy.

Sadie miró su reflejo en el espejo que había sobre el lavabo y se frotó una manchita de carmín de los dientes. Se había pasado la última semana evitándole, no se habían vuelto a ver desde su tórrida noche en su apartamento. Le echaba la culpa de su desliz con el jefe de Murphy a su experiencia cercana a la muerte, pero no había visto a Dios ni oído coros celestiales, así que era una excusa con muy poca fuerza.

De acuerdo, Carrick Murphy era un hombre muy atractivo con un cuerpo de infarto y ella se había sentido desesperada por celebrar que estaba viva de manera impulsiva.

Y sí, acostarse con Carrick Murphy había sido una gran forma de celebrar la vida. Sobre todo por los orgasmos múltiples.

No podía culparse por pasar unas horas cada noche reviviendo aquel encuentro increíble, deseando que él estuviera con ella de nuevo, tocándola con sus manos anchas de dedos largos, besándola con su boca pecaminosa.

Pero…

Igual que navegar a la Antártida en un gran barco o viajar en el Orient Express, el sexo con Carrick era un capricho, una experiencia única en la vida.

Maravilloso, pero irrepetible.

Una lástima.

Pero ya había pasado por lo mismo antes y por eso sabía que tenía que pisar el freno. Había caído en los brazos de un hombre sexy y, en pocas semanas, se había enamorado. Quería creer que Dennis era un buen hombre, alguien con quien valía la pena casarse.

Cinco años después, un matrimonio y un feo divorcio más tarde, era más fuerte y más sabia y comprendía a la perfección que el mismo hombre que te hacía temblar y suspirar también podía hacerte llorar. Una cara bonita puede ocultar con facilidad un corazón frío, y la malicia puede vivir bajo una fachada encantadora.

Y Dennis era un hombre muy atractivo y con mucho encanto, pero en su interior se escondía una comadreja psicópata. Y, por lo que le habían contado la exmujer de Carrick y Beth, una de las amigas más antiguas de Sadie además de ser su asistente virtual, Carrick también era del mismo estilo.

A Sadie no la habían creído cuando intentó contar a sus amigos y familiares que Dennis abusaba verbalmente y la sometía a una tortura emocional tan cruel como inteligente. Así que, cuando las mujeres a las que respetaba hablaban de sus hombres, ella las escuchaba.

Maldita sea, ¿por qué era un imán para los chicos malos?

Y no se refería a esos hombres guapos y problemáticos, pero buenos de corazón. Con uno de esos podía arreglárselas. No, a Sadie le atraían los chicos malos. Los que jugaban, mentían, utilizaban…

Abusaban.

Como había ocurrido con su ex, nadie sospecharía que Carrick Murphy, un exitoso hombre de negocios y un gran operador en el mundo del arte, era un capullo, pero había llegado a sus oídos suficiente información de Tamlyn a través de Beth como para comprender que cualquier mujer que comenzase una relación con él debía hacerlo con los ojos bien abiertos.

Y no es que ella estuviese comenzando nada con él… Sadie volvió a mirar el reloj y, tras acomodarse el bolso en el hombro, se dirigió a la salida. Era la primera vez que se reuniría con los clientes importantes de Carrick y deseaba poder decirles que, efectivamente, el cuadro era un Homer que había estado perdido.

No solo porque autenticar un cuadro no descubierto hasta entonces sería una medalla para su currículum, sino también porque entonces se acabaría su trabajo y podría alejarse de Carrick.

Pero le faltaban muchas semanas, tal vez meses, para poder presentar su informe final. Todavía quedaban muchos datos pendientes, incluidos los resultados del análisis de la pintura. Estaba siguiendo pistas sobre las

etiquetas de la parte posterior del cuadro y aún no había recibido respuesta de las numerosas galerías en las que Isabel y su familia solían comprar.

Determinar la autenticidad de una obra de arte lleva tiempo. Sadie esperaba que los clientes de Carrick lo entendieran.

Al llegar a la puerta de la sala de conferencias, Sadie llamó con unos golpecitos suaves y entró. Con tan mala suerte que al entrar se encontró la sala vacía excepto por la presencia de Carrick, que estaba de pie junto a la gran ventana, mirando hacia el parque Boston Common. Él se giró, con una sonrisa letal que mostraba el hoyuelo de su mejilla izquierda, y el corazón de Sadie se aceleró al instante.

—Sadie —saludó él.

Ella ahogó un suspiró y, apartando los ojos de él, colocó su bolso y sus carpetas sobre la mesa de conferencias y respondió con un sosegado «buenos días».

—Los herederos de Isabel se retrasan. Deberían llegar en quince minutos más o menos.

Maldita sea. ¿De qué hablarían mientras esperaban? ¿Del tiempo? ¿De la pintura? De lo increíble que fue sentir cómo se deslizaba dentro de ella…

«¡Slade! ¡Eso no ayuda!». Tratando de parecer que estaba tranquila, Sadie se acercó a la ventana, manteniendo una distancia prudencial entre ella y Carrick. Sadie le vio echar un vistazo a su atuendo mientras cruzaba la sala y se preguntó si su vestido rojo y naranja de atrevidos estampados era demasiado artístico y bohemio para las conservadoras y elegantes oficinas de Murphy International.

No le importaba. No era de las que llevaban traje negro y camisa blanca. Era una amante y conocedora del arte, necesitaba el color como otras personas necesitaban respirar. Carrick se acostumbraría a su ropa y si no lo hacía…

Ella había cambiado por un hombre una vez, había moderado el tono de su ropa, se había tragado sus pensamientos y opiniones y había diseñado su vida en torno a un hombre que le había correspondido acostándose con cualquiera que se le pusiera por delante, desde su prima hasta su masajista.

Se había prometido que jamás volvería a perder su esencia por nadie.

Sadie echó un vistazo por la ventana y se quedó prendada al instante. El sol de la tarde empezaba a ocultarse y la luz tenía un toque del mismo rosa que Degas utilizó para los tutús de las bailarinas en su obra Bailarinas de rosa. ¿O se parecía más al rosa con el que Renoir pintó Gabrielle con rosa?

¡Oh! Ahora veía un toque de naranja…

Los nudillos de Carrick golpeando la ventana la devolvieron al presente.

—¿Pasa algo en el Common que debería saber?

Sadie tardó un momento en comprender sus palabras. Sacudió la cabeza e hizo un gesto hacia la ventana.

—Tengo la costumbre de ver los colores en términos de arte.

—No te entiendo —dijo Carrick con un brillo de confusión en sus ojos verdes.

No solía dar explicaciones sobre eso, pero por alguna razón inexplicable, quería que Carrick entendiera su obsesión por el color. Tal vez así tendrían algo en común, una conexión.

Algo que no fuera solo sexo…

Al ver que él ponía interés, miró hacia la concurrida calle, tratando de encontrar algo que la ayudara a explicarse. Justo en ese momento, una mujer cruzó la calle con un abrigo amarillo.

Sadie agarró a Carrick del brazo sin pensarlo.

—Esa mujer, la que viste de amarillo, ¿la ves?

—Sí.

—Nombra el primer cuadro que te venga a la mente donde su autor haya usado ese mismo color —dijo ella sin soltar su agarre.

—Los girasoles de Van Gogh —respondió Carrick sin dudar ni un segundo.

—Demasiado fácil. Inténtalo de nuevo.

—¿El plátano de Andy Warhol de la portada del disco de The Velvet Underground?

—No, inténtalo de nuevo —insistió Sadie.

—Vaya, eres dura.

—Carrick frunció el ceño en señal de concentración—. ¿Adele Bloch-Bauer de Gustav Klimt?

Vale, esa era una respuesta muy buena.

—Bueno, eso está mejor —admitió ella a regañadientes.

—¿Crees que tú puedes hacerlo mejor? —dijo Carrick entre risas.

—Me recuerda a esa obra sin título de Mark Rothko que se vendió en Nueva York hace unos años. —Ladeó la cabeza—. O tal vez es el color de La conspiración de Claudio Civilis de Rembrandt.

Sintió la mirada de Carrick clavarse en ella.

—Sabes mucho de arte —dijo él.

—Tengo un doctorado en Historia del Arte, así que debería —respondió Sadie con una sonrisa. Entonces se dio cuenta de que estaba acariciando el brazo de Carrick como si fuera un gatito. Se miró la mano, se sonrojó y la apartó de inmediato.

—Lo siento, aparte de los colores, también soy una maniática de los tejidos. Y tu traje es tan suave, tan… acariciable.

Sí, claro, la tela era maravillosa, pero esa no era la verdadera razón por la que le estaba tocando el brazo.

«Deja de pensar en esa noche, Slade».

Sadie se apartó de Carrick, se cruzó de brazos y respiró hondo, diciéndose a sí misma que debía actuar como una profesional.

Ambos se quedaron observando en silencio a los habitantes de Boston que paseaban aquella fría tarde. Un minuto después, Carrick rompió el silencio:

—El abrigo rosa de la mujer que pasea a los dos gran daneses es del mismo color que el suelo de El estudio rosa de Matisse —dijo.

—O el rosa en It Was Yellow and Pink de O’Keeffe.

Podían hablar de arte, menos mal. Era un tema neutral, algo que les apasionaba a los dos. Y mucho más seguro que su otro interés mutuo: su fascinación por el cuerpo del otro.

—También creo que es del mismo color que tus pezones después de chupártelos.

Ella tardó unos segundos en asimilar sus palabras y luego se sonrojó al recordar aquella noche. No podía mirarle a la cara; sabía que, si lo hacía,

si veía la pasión en sus ojos, no tardaría ni un segundo en arrojarse a sus brazos de nuevo.

Sadie apoyó las manos en el cristal y siguió contemplando a la gente y a los coches. La mujer de los perros ya se había ido.

—No he podido dejar de pensar en esa noche —soltó Carrick.

Sadie gimió y apoyó la frente en el cristal de la ventana. Ella tampoco podía dejar de pensar en ello, pero no quería admitirlo.

—Carrick, por favor, deja de hablar de eso.

Él se acercó más y Sadie pudo sentir su calor.

—¿Por qué? ¿Porque te arrepientes o porque hablar de ello te excita?

Ese no era el comportamiento de un hombre que quisiera evitarla. Después de que él se marchara y no la llamara ni le enviara ni un solo mensaje, supuso que él la había considerado como una aventura de una sola noche. Pero sus comentarios sugerían que no le importaría repetir.

Y ella tampoco le importaría, maldita sea.

Pero eso sería una tontería, y ella no se consideraba una mujer tonta. Excepto cuando permitió que Carrick Murphy la empujara contra la pared de su apartamento y la besara hasta dejarla sin sentido.

Podía mentirse a sí misma y decir que desearía no haberse acostado con él, aunque en realidad no se arrepentía en absoluto de la noche que habían compartido. Pero ahora tenía que pasar página y seguir adelante.

—Es mejor que nos olvidemos de esa noche —dijo Sadie, apartando las manos del cristal y alejándose de Carrick.

—No creo que eso vaya a ocurrir pronto —murmuró Carrick, con su profunda voz cargada de frustración—. Te deseo, Sadie. Dios, sé que no deberíamos, que es una mala idea, que dijimos que era cosa de una sola vez, pero es que en cuanto te he visto entrar en la habitación no he dejado de pensar en que quiero estar dentro de ti lo antes posible. Y por lo que veo en tus ojos creo que tú también lo deseas.

«Maldita sea, puede leer mis pensamientos».

«Pero no puedes, Slade, tienes que ser sensata».

—También deseo averiguar quién modeló para Da Vinci en La belle ferronnière. Quiero tener uno de los cuadros de novias de Manet, encontrar la verdadera Cámara de Ámbar… Pero soy realista y sé que nada de eso ocurrirá, igual que sé que repetir lo de aquella noche es una pésima idea.

«Porque la última vez que me sentí así de atraída por un hombre acabé casándome con él y me hizo la vida imposible».

Y según le habían contado, Carrick estaba cortado por el mismo patrón que su exmarido.

—Al diablo con las buenas ideas. No son divertidas —murmuró Carrick, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones de traje y echándose la chaqueta hacia atrás mostrando su ancho pecho cubierto por una camisa verde menta.

Su traje era de diseño, ¿tal vez de Armani? Su corbata era de Hermès y estaba perfectamente anudada. A simple vista parecía un hombre de negocios de Boston, pero Sadie empezaba a ver más allá de la fachada de frialdad que él ofrecía al mundo. Dentro de aquel hombre corrían ríos de lava al rojo vivo.

¡Por el amor de Dios!, ese contraste, saber que bajo esa superficie había tanta pasión, la ponía a cien.

¿Qué ocurriría si pasara una noche más con él? Que no sería suficiente y, en otra semana, tal vez dos, estarían de nuevo en la misma posición, anhelando y ardiendo por tener otro encuentro con él.

No, era mejor cortarlo de raíz ahora.

Sadie abrió la boca decidida a decirle que no había ninguna posibilidad de que volvieran a acostarse, pero…

—Lo pensaré —soltó ella de repente.

Estuvo a punto de darse la vuelta, convencida de que otra mujer había pronunciado esas palabras en su lugar. O tal vez se había imaginado que las decía, pero entonces miró la cara de Carrick y vio el destello de excitación en sus ojos. Oh, mierda, claro que lo había dicho.

¿Qué demonios le pasaba y desde cuándo su boca actuaba con independencia de su cerebro?

Él le acarició la mejilla con la mano y posó los labios en su sien. Sadie se obligó a mantener las manos a los lados, cerrando los puños con fuerza, conteniendo las ganas de agarrarse a sus fornidos brazos.

—Piénsalo bien. Y piénsalo rápido —murmuró Carrick.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Dos

Carrick se apartó, se abrochó la chaqueta y se dirigió a la puerta de la sala de conferencias. La abrió de par en par y se hizo a un lado para permitir que dos mujeres entraran en la sala. Sadie observó cómo la rubia más pequeña le devolvía el abrazo, y fue consciente de que los celos comenzaron a recorrerle el cuerpo. Se sintió molesta consigo misma, ya que no había nada por lo que sentir celos: Carrick y ella habían compartido sus cuerpos, no sus almas. Trató de apaciguar sus pensamientos centrando su atención en la segunda mujer, que iba vestida de negro.

Sadie dedujo, por su preciosa piel morena clara y por la forma de sus bonitos ojos grises, que era de ascendencia india. Tenía una nariz perfecta y unos pómulos envidiables. Era una mujer muy bella.

Carrick las hizo pasar a la sala.

—Keely, Joa, os presento a la doctora Sadie Slade. Ella es la investigadora de arte que hemos contratado para trabajar en su pintura. Sadie, ellas son Keely Mounton y Joa Jones.

—Hola, encantada de conocerte —dijo Keely, la rubia, estrechándole la mano. Después, Sadie y Joa se saludaron también. Tras una breve charla sobre cosas banales, Carrick les indicó con un gesto que tomaran asiento.

—Sadie, Isabel Mounton-Matthews era una valiosa e importante clienta de Murphy. Creo que nos compró su primer cuadro hace más de cuarenta años. Ella y mi madrastra, Raeni, eran grandes amigas. Falleció hace… —levantó las cejas mirando a Keely—, ¿hace un año?

Keely asintió.

—Catorce meses para ser exactos.

—Keely y Joa heredaron sus bienes de manera conjunta —continuó él.

Eran unas chicas afortunadas. Guapas, ricas y ahora dueñas de una de las mejores colecciones de arte del país.

—Keely y Joa han decidido vender la mayor parte de la colección a través de Murphy International y donar los beneficios a la fundación de Isabel, que apoya a varias organizaciones benéficas de la Costa Este. La venta de su colección será una de las más sonadas de la década. Podría compararse con la de la colección Rockefeller, que se vendió hace unos años. La colección de Isabel no tiene nada que envidiar. Coleccionaba obras maestras, porcelana, joyas, arte nativo americano, arte asiático, plata, muebles, textiles.

—La tía era una urraca con mucho dinero —comentó Keely en tono alegre.

—Mi hermano Finn está catalogando la colección, que es tan extensa que no tiene tiempo para ahondar en profundidad con cada cuadro. Por eso contraté a Sadie —dijo Carrick—. Ella nos ha confirmado que dos de los tres cuadros son copias de Homer.

Keely hizo una mueca y Joa suspiró.

—En realidad no me sorprende tanto. Recuerdo que Iz comentó que no estaba segura al cien por cien de que todos fueran de Homer —dijo Keely, apoyando los antebrazos en la mesa. Luego se volvió hacia Sadie—: ¿Qué te hace pensar que los dos cuadros son copias?

—Aunque los cuadros han sido pintados por un artista con talento, la ejecución no es lo bastante buena como para ser un Homer. Carecen de su energía y brío. La firma no es igual y los colores están apagados. No son tan buenos como para ser un Winslow Homer. Pero el tercer cuadro es excepcional.

—¿Estamos hablando del que está sin firmar? —preguntó Joa en voz baja. Cuando Sadie asintió, Joa continuó—: Si es de Homer, ¿no debería estar firmado? ¿No es eso lo que hacen los artistas?

—Por extraño que parezca, no siempre es así. Muchas grandes obras de arte no están firmadas. Hay muchas razones por las que un artista no firma sus obras. A veces pensaban que la obra no era lo bastante buena, o se trata de una pieza inacabada, o incluso porque se les olvidó poner la firma —respondió Sadie. Luego miró a ambas y preguntó—: ¿Cuánto os afectaría emocionalmente si al final resulta que no se trata de un Homer?

—No estoy segura de lo que quieres decir —dijo Keely con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Era ese cuadro uno de los favoritos de vuestra tía? ¿Es uno de vuestros favoritos? ¿Os decepcionaría mucho que no fuese un Homer?

Keely y Joa se miraron.

—El cuadro sin firmar siempre ha estado colgado en la pequeña sala de estar de Mounton House, al lado del dormitorio de Isabel —respondió Keely—. Todos sus cuadros favoritos estaban allí, así que sé que le gustaba. Era obvio que tenía sus dudas sobre los otros dos, porque los encontré en el armario de su dormitorio cuando estuve allí haciendo inventario con don Presumido. —Keely fulminó a Joa con la mirada—. Que, por cierto, me debes una por haberme encargado de eso.

—¿«Don Presumido»? —preguntó Joa, desconcertada.

—Seymour —aclaró Keely. —¿Te refieres a Dare? —preguntó Carrick. Cuando Keely asintió con la cabeza, él soltó una risita.

—¡Pero si es el hombre menos presumido que conozco! —afirmó Carrick.

Sadie no conocía a Keely, pero reconoció al instante la expresión terca de la mujer. Posiblemente porque la había visto en su propio rostro alguna vez.

—Es evidente que ambos conocemos facetas muy distintas de ese hombre.

—Yo creo que es bastante majo, Keely —protestó él. Un punto para Carrick por defender a su amigo, pensó Sadie.

—Me temo que nunca estaremos de acuerdo en ese tema —replicó Keely—. Será mejor que dejemos de hablar de abogados molestos.

Entonces, Joa volvió al tema que tenían entre manos:

—Para que quede claro, estamos hablando del cuadro de la mujer afroamericana con sus dos hijos en el campo, ¿no?

Sadie asintió y conectó su iPad con la gran pantalla situada detrás de Carrick. Cuando el cuadro apareció reflejado en grande, él se sentó a su lado para que su cuerpo no les impidiera ver la imagen. Sus rodillas entraron en contacto y ella perdió el hilo de sus pensamientos.

Sabía que todos estaban esperando a que hablara, pero su cerebro había dejado de funcionar. Se había detenido y la sangre había dejado de fluir. Solo recordaba el momento en que Carrick le había abierto las rodillas, la forma en que había mirado sus partes más íntimas, su expresión al bajar la cabeza y…

Dio un respingo cuando oyó la voz de Carrick rompiendo el silencio.

—Ahora Sadie os va a enseñar una muestra de lo que ha encontrado para que os hagáis una idea de lo que estamos haciendo.

Sadie se dio una bofetada se dijo que debía centrarse y hacer su trabajo. Y para minimizar las distracciones, se levantó y se alejó de Murphy.

—Entonces, ¿te pondrás en contacto con nosotras en cuanto tengas noticias?

—Como quien me ha contratado ha sido Murphy, lo normal sería que informase a la empresa, pero si Carrick está de acuerdo en que me ponga en contacto con vosotras directamente, estaré encantada de hacerlo.

—Por mí no hay ningún problema, Keely —respondió él.

Joa ya estaba en el pasillo, fuera de la sala de conferencias. Instó mentalmente a Keely a que se diera prisa. Amaba a su mejor amiga y hermana no consanguínea, pero es que nunca paraba de hablar. Había llegado a la reunión directa del aeropuerto y estaba desfasada, cansada y hambrienta. Keely había prometido llevarla a Mounton House lo antes posible.

Contuvo un bostezo mientras seguía esperando a su amiga y pensó en que Sadie le caía bien. Le había parecido profesional y tenía la impresión de que no les haría falsas promesas. Y eso era algo que ella apreciaba.

Joa se balanceaba sobre sus pies, sintiendo, como le ocurría a menudo, que toda su vida era un sueño. Después de tantos meses, todavía era incapaz de creer que era beneficiaria de la gran fortuna de Isabel.

Fortuna que consistía en una casa histórica en el barrio Back Bay de Boston, una saneada cartera de acciones, varias cuentas bancarias y una de las mejores colecciones de arte del mundo.

Le parecía lógico que Keely heredara; ella era pariente de sangre de Isabel. Pero Joa no tenía tales conexiones con la familia Mounton-Matthews. Había conocido a Isabel a los catorce años, cuando la decana de Boston había hecho una visita al refugio donde Joa se había quedado de forma provisional tras escapar de su último hogar de acogida.

Al día siguiente, se encontró viviendo en Mounton House con la excéntrica Isabel y su sobrina nieta Keely. Y a partir de ahí fue cuando comenzó a sentirse querida de verdad. Querida y también segura.

La seguridad. Para Joa no había mejor sensación en el mundo. Y siempre estaría agradecida a Isabel por hacer que se sintiera así.

—¿Isabel no os comentó nunca dónde adquirió los cuadros? —preguntó Sadie a Keely.

Bueno, Joa tendría que esperar un poco más para meterse en su cama.

—No, que yo recuerde —respondió Keely—. Quizá no los compró. Quizá se los regalaron. Iz era una mujer muy popular y tenía muchos… amigos.

—Entiendo. ¿Y tenéis idea de con quién se estaba viendo cuando recibió las pinturas?

—Fue mucho antes de que yo naciera —contestó Keely—. Sus diarios hablan de sus… visitantes —Joa puso los ojos en blanco ante el eufemismo—, pero no da nombres.

Porque Isabel tenía aventuras con hombres muy importantes y a ellos no les haría ninguna gracia que sus encuentros salieran a la luz. Sus esposas tampoco estarían muy contentas.

—Qué lástima. Podría rastrear la venta si tuviese un nombre —se lamentó Sadie—. Umm… ¿Era gente importante de Boston?

—Sí —respondió Keely con tono alegre—. Aunque en realidad se relacionaba con gente de todo el mundo. Y era tan popular en Londres y París como en Boston.

Keely se desenvolvía con soltura en el entorno de Isabel, la alta sociedad de Boston. Sin embargo, Joa no tenía ningún interés en pasar tiempo con esa clase de personas. Entre ellos se encontraba fuera de lugar, se veía como una impostora. No se sentía cómoda con gente tan adinerada y con tanto pedigrí. Ese no era su mundo; esa no era su gente. Bueno, a excepción de Keely, que sí lo era, por supuesto.

También tenía que admitir que Sadie Slade parecía una mujer bastante agradable y, lo que era más importante, con los pies en la tierra. Además, había notado que entre ella y Carrick Murphy había una gran tensión sexual.

Joa caminó por el pasillo para contemplar una colección de viejas fotografías que había en una de las paredes. En una de ellas, aparecían tres adolescentes sonrientes rodeando a una niña mucho más pequeña. Conocía

de sobra a la alta sociedad de Boston como para identificar a los hermanos Murphy.

Parecían felices y, aunque Joa lamentaba la muerte de sus padres, también pensaba que eran afortunados por haber nacido en una familia unida.

Algunas personas, incluida ella, no habían tenido esa suerte.

Joa oyó unos pasos y, al girarse, se encontró con un hombre alto, de cabello castaño un tanto despeinado, barba incipiente y ojos cansados, que caminaba por el pasillo hacia ella. El corazón le dio un vuelco al reconocer la versión en carne y hueso del hombre que había visto brevemente cuando Keely hizo una videollamada con ella poco antes de su encuentro.

Y esa versión real del rostro que había aparecido en el teléfono de su hermana era espectacular.

No tardó en darse cuenta del gran parecido con Carrick, tenían el mismo color de ojos y la misma nariz recta. Aunque este Murphy era una versión menos formal, con la camisa desabotonada y brazaletes de cuero alrededor de las muñecas.

«Alerta de bombón», pensó Joa en cuanto notó el aleteo de mariposas en su estómago.

¿Cuándo había sido la última vez que había reaccionado así ante un hombre? ¿Hacía un año? ¿Tal vez dos?

A Joa no le gustaba nada llamar la atención, pero no le importaría que un hombre tan atractivo como él se fijara en ella. Sin embargo, Ronan Murphy, perdido en su propio mundo, pasó de largo a su lado.

Cuando él estaba a punto de doblar la esquina, Keely salió de la sala de conferencias y le gritó que se detuviera. Ronan se dio la vuelta con una sonrisa y se apresuró por el pasillo hasta llegar a donde ella estaba de pie, con las manos en las caderas.

—Buenos días, Keels. —Su voz era tan profunda como la de Carrick—. ¿Cómo va el proceso de autenticación?

—Lento —respondió. Y sin darse la vuelta, echó la mano hacia atrás, agarró la manga del abrigo de Joa y tiró de ella hacia delante—. Tenía muchas ganas de que os conocierais. Ro, ella es Joa.

Esperaba que le dedicara un saludo cortés antes de volver a centrar su atención en Keely, pero sus miradas se quedaron prendadas durante un buen rato. Él tenía unos ojos verdes tan bonitos que podría quedarse

durante horas, días, meses, mirándolos, leyendo sus secretos. Porque ese hombre tenía muchos… Igual que ella.

—Hola, Joa —saludó él con una sonrisa—. Keely mencionó que volvías a casa. ¿Contenta por estar de nuevo en Boston?

—Sí, gracias.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras le sostenía la mirada. Era guapo, inteligente y resultaba encantador. Se preguntaba qué más habría bajo toda esa elegancia.

—Me alegro de haberte pillado, Ronan —dijo Keely—. ¿Has encontrado ya una niñera para tus chicos?

—No.

—Bien —respondió ella con una sonrisa—. Eso lo hace mucho más fácil.

—¿El qué hace más fácil?

Joa tampoco sabía de qué estaba hablando.

—Ro, ya tienes niñera. Joa lleva años trabajando como niñera. Necesita algo en lo que entretenerse mientras decide qué va a hacer con su vida a partir de ahora, así que podría cuidar de tus monstruitos mientras reflexiona.

¿¡Qué!?

Cuando Keely salió por la puerta, Sadie comenzó a colocar sus informes en la carpeta, consciente de que Carrick la miraba desde el otro lado de la habitación. Estaba de pie junto a la cafetera, con los ojos clavados en su rostro mientras esperaba a que la máquina llenara su taza.

—¿Te apetece una taza de café, Sadie?

Ella cerró la tapa del portátil y sacudió la cabeza. Preferiría una infusión de manzanilla para calmar el nerviosismo de su estómago. El trabajo era fácil, pero estar cerca de Carrick la ponía nerviosa.

—No, gracias. Estoy bien.

Mentira…

Carrick agarró su taza y se acercó a la puerta para cerrarla y así tener más intimidad. Ella no quería estar a solas con Carrick porque no podía garantizar que siguiera vestida al final de su conversación.

Su falta de autocontrol con ese hombre era inexplicable. ¿Por qué no podía sentirse atraída por hombres tranquilos y agradables que no rezumaran carisma y atractivo sexual? ¿Por qué solo se sentía atraída por hombres alfa, guapos y seguros de sí mismos?

Él colocó su taza sobre la mesa de conferencias y se sentó en el borde junto a ella, con sus largas piernas estiradas, cruzadas por los tobillos.

—¿Has terminado de pensártelo y ya puedo invitarte a cenar esta noche?

Su pregunta inesperada hizo que Sadie levantara la cabeza y entrecerrara los ojos. ¿A qué estaba jugando?

Que Carrick volviera a hablar de acostarse con ella no le sorprendió, pero sí que la invitara a cenar. Eso indicaba que él quería pasar tiempo con ella fuera del dormitorio. Hablar, reír, conocerse…, nada de eso era posible.

Las citas estaban pensadas para conocer mejor a alguien y a ella no le interesaba. ¿Qué sentido tenía si no estaba preparada para empezar otra relación?

—Carrick, creo que es mejor que mantengamos nuestra relación de manera profesional —dijo Sadie, apoyando una mano en el portátil cerrado y la otra en la cadera.

—Creo que eso ya es imposible —respondió Carrick encogiéndose de hombros. Luego esbozó su habitual sonrisa torcida y sexy, y ella entrecerró los ojos.

—Sí, ya sé que hemos dormido juntos, y por eso no necesitas invitarme a cenar.

Él se levantó con cara de fastidio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quieres volver a acostarte conmigo, ya me lo has dicho. No necesitas andarte con rodeos con lo de ir a cenar.

—Vaya… —La expresión de Carrick se volvió más fría—. ¿Cuál es tu problema, Sadie?

—Tú —dijo ella hundiéndole un dedo en el pecho—. Y los hombres como tú. No estás siendo honesto y odio eso.

Él se levantó y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba muy enfadado, y ella se preguntó por qué no estaba asustada. Si hubiera sido Dennis, habría buscado la manera de apaciguarlo para evitar la marea de insultos que se avecinaba.

Pero con Carrick no se sentía ansiosa ni asustada. Ni siquiera un poco.

Por si acaso se equivocaba con él, por si su radar era defectuoso, Sadie se armó de valor. Los hombres como Dennis y Carrick no aceptaban bien el rechazo.

Se enderezó, levantó la barbilla y cuadró los hombros. No importaba lo que él dijera, no dejaría que le hiciera daño. Un hombre estúpido y desconsiderado ya le había hecho bastante daño durante demasiado tiempo. Se negaba a que él ejerciera el mismo poder sobre ella.

Cuando Carrick le puso las manos sobre los hombros, se puso rígida. No porque le temiera, sino porque quería hundir la nariz en su cuello, rodearle la espalda con los brazos y aferrarse a él.

Era una mujer independiente y capaz, pero incluso las mujeres fuertes a veces necesitan un apoyo.

—¿Quién demonios te hizo daño? —murmuró él—. Y dime dónde puedo encontrarlo para recolocarle la cara.

Ella casi sonrió ante la imagen de Carrick haciendo papilla a Dennis. Pero por mucho que le gustara la idea, ella era responsable de sus propios actos y, casarse con aquel hombre, en apariencia encantador, había sido su decisión y ahora tenía que vivir con las consecuencias.

Carrick era la tentación personificada, pero no volvería a cometer el mismo error. Se apartó y, mientras guardaba su portátil en el bolso, él le agarró la mano.

—Puedes intentar parecer indiferente, pero siento tu pulso acelerado bajo mis dedos —dijo él, mientras su pulgar acariciaba la parte interior de su muñeca.

Era hora de terminar con aquello, de poner fin a su breve aventura.

—Ni cena, ni sexo. Somos colegas de negocios, eso es todo. Lo de la otra noche no pasó nunca.

—Pero sí pasó.

—¡Pues entonces deberíamos fingir que no! —replicó Sadie.

—Por mucho que me gustara tener una varita mágica que borrara de nuestra mente los recuerdos inconvenientes, la vida no funciona así. Además, los recuerdos de esa noche son abrasadores… —afirmó Carrick—. Antes dijiste que no estaba siendo honesto. ¿Quieres que sea honesto, Sadie? ¿Crees que podrías soportar mi honestidad?

Claro que podía. Bueno…, eso pensaba. A juzgar por la cara seria de él, estaba a punto de averiguarlo.

—Creo que eres fascinante, posiblemente la mujer más intrigante que he conocido. —La voz profunda de Carrick llenó el espacio entre ellos—. Me paso las noches reviviendo aquel momento contigo.

Sadie sintió que se le encendían las mejillas.

—Puedo ser aún más sincero… Te quiero a ti, en mi cama, debajo de mí, mi boca en la tuya mientras me deslizo dentro de ti. Quiero oír tus gritos mientras hago que te corras y quiero sentir tu pelo en mi estómago mientras me tomas entre tus labios.

Al oír esas palabras, un cosquilleo atravesó su vientre y sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba. Sadie se preguntó si él podría sentirlo en su pulso y, a juzgar por la presión de sus dedos y la sonrisa de satisfacción, sí, podía.

—Sí, puede que te invitara a cenar con la esperanza de que eso condujera a otra noche juntos, pero tampoco creo que un par de horas hablando nos hicieran ningún daño. Tenemos mucho en común y no me importaría pasar tiempo conociéndote antes de llevarte a la cama otra vez.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Para qué?

Él frunció el ceño y le soltó la muñeca.

—¿Tiene que haber un motivo?

—Una cena equivale a una cita y una cita implica que buscas algo más que sexo —señaló Sadie—. Para que quede claro, no estoy interesada en una relación. No tengo intención de invertir mi tiempo y energía en un hombre solo para que me vuelva a decepcionar. Ya lo hice una vez y no soy tan estúpida como para volver a hacerlo.

—De verdad, vas a tener que decirme quién te hizo tanto daño en la cabeza.

Eso no iba a ocurrir nunca. Había hablado de su matrimonio con mucha gente, incluida su familia, y nadie la había creído. ¿Por qué iban a

creerla si todos sabían lo increíble que era su ex, lo afortunada que era por haberse casado con él? Lo estúpida que había sido al divorciarse…

Carrick cruzó los brazos sobre el pecho.

—Solo te estoy ofreciendo un poco de comida, Slade, y luego quiero hacerte gemir. No te pido que te cases conmigo ni que seas la madre de mis hijos. Creo que estás exagerando…

Sadie se apretó el labio inferior entre los dientes, buscando una forma de decirle que sabía más de lo que debía sobre su matrimonio, que sabía cómo había tratado a Tamlyn. Pero no podía decir nada, en parte porque la situación ya era bastante complicada sin que él supiera que su asistente virtual era también su excuñada.

Era hora de poner fin a la conversación.

—Carrick, me siento atraída por ti. Nunca me habría acostado contigo si no fuera así. Pero soy lo bastante lista como para darme cuenta de que eres… —vaciló, apartando la palabra «peligroso» de sus labios— complicado. Y no me gustan las complicaciones. Además, creía que habíamos acordado no volver a hablar de esto.

—Lo sé, lo dijimos, pero… —Carrick se pasó los dedos por el pelo—. ¡Pero no puedo dejar de pensar en lo bien que estuvo! Y sospecho que tú sientes lo mismo.

Y así era. Maldita sea.

Sadie se agarró el puente de la nariz.

Le entraron unas ganas locas de darle un pisotón o una patada en la espinilla, pero solo porque él tenía razón. Se compenetraban muy bien. Pero el buen sexo no equivalía a que él fuera un buen hombre…

Acaba con esto. Ahora.

—No suelo tener líos de una noche y no me van las aventuras a corto plazo. Ni, como ya te he dicho, las relaciones a largo plazo. —Sadie se puso firme y forzó las palabras—: O nos olvidamos de lo que pasó la otra noche o me voy y te buscas a otro tasador de arte. No voy a volver a tener esta discusión.

Tenía que protegerse, era lo más sensato.

Los ojos verdes de Carrick se entrecerraron.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

No, pero nunca lo admitiría. Y no tuvo más remedio que asentir con la cabeza.

—Bien. —Él le sostuvo la mirada—. No volveré a mencionarlo.

De acuerdo.

Todo había terminado y ella había conseguido lo que quería. Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionada? ¿Por qué seguía queriendo que él la estrechara entre sus brazos y la besara? ¿Por qué seguía deseándolo?

Porque, al parecer, cuando se trataba de hombres, seguía siendo una completa idiota.

Sadie lo vio salir de la habitación a grandes zancadas y quiso correr tras él, pero se agarró con fuerza al escritorio para contenerse.

Solo habían compartido una noche de sexo y era inútil pensar en que podían ser algo más el uno para el otro que un recuerdo caliente y sexy.

«Ya está hecho, Slade; se acabó».

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Tres

Carrick se subió a la cinta, pulsó los botones y empezó a correr. No quería pensar en Sadie, ni quería pensar en lo mucho que le dolía su rechazo. Pero por mucho que quisiera olvidarse de ella, no podía dejar de hacerlo.

Pensar en el rechazo le recordaba a su matrimonio, y eso era algo que detestaba. Su historia no había tenido nada inusual o poco común: se había casado en una bruma de sexo, se había desenamorado y luego había querido dejar el matrimonio. Había intentado que las cosas fueran amistosas, respetuosas. Pero Tam no aceptaba su negativa y, cuando se dio cuenta de que no podría hacerle cambiar de opinión, optó por castigarle.

¿Había oído Sadie los falsos rumores sobre su matrimonio? Probablemente. ¿Podría estar Sadie evitándole a causa de Tamlyn? El mundo en el que se movían era pequeño y estaba lleno de cotillas malintencionadas y mal informadas.

Pensó en contarle su versión, pero desechó la idea de inmediato. Su orgullo, siempre presente, se negaba a dar explicaciones a nadie.

Y no podía olvidar que no conocía ni confiaba en ella lo suficiente como para exponerse tanto. A pesar de que ya habían pasado años, aún le avergonzaba que se hubiera hablado de él, y que todavía se siguiera hablando… Que su vida privada y su matrimonio pasaran por el tribunal de la opinión pública había sido una experiencia desagradable, y los recuerdos aún le dejaban un sabor amargo.

Cualquier persona adulta con dos dedos de frente sabía que una historia siempre tenía dos caras, la de él y la de ella. O, para ser más exactos, la de él, la de ella y la verdad. Le daba la razón a Tamlyn en alguna de sus quejas. Pasaba demasiado tiempo en la oficina y a veces hasta evitaba volver a casa.

Pero nunca la había engañado ni había abusado de Tamlyn de manera verbal. De hecho, en lugar de hablar, se había apartado mental y físicamente. Y para alguien que ansiaba tanta atención como ella, ese era el peor castigo de todos. No estaba orgulloso de sí mismo. Podría haber manejado mejor la conversación en la que le pidió el divorcio, pero ella se comportó de una manera muy cruel.

Tamlyn no se tomaba nada bien el rechazo. Y, a juzgar por su mal humor, parecía que él tampoco.

Él había decidido no responder al remolino de rumores que rodeaban su relación. Lo que pensaran los demás no era tan importante como para ocupar espacio en su cabeza. No le importaba lo que los extraños pensaran de él; la gente a la que quería y apreciaba ya sabía la verdad. Así que no quería dar explicaciones. Y se negaba a romper ese pacto consigo mismo por Sadie.

Aunque le molestaba, y le frustraba, que ella pudiera creer que él era el malo de la película, Sadie solo era una distracción temporal y no era lo bastante importante para él como para hablarle de aquel período tan desagradable de su vida.

O eso era lo que intentaba creer.

No tenía sentido rememorar el pasado. No había ninguna posibilidad de que lo que tenían subiera de nivel; ella no estaba interesada en una relación y él tampoco.

Y si eso era cierto, ¿por qué le había propuesto salir a cenar? ¿Por qué le había dicho que quería conocerla?

No podía negar que le parecía una mujer interesante. Debajo de la ropa colorida y la cara perfecta había una mente muy aguda. Le gustaba la gente inteligente y si una discusión apasionante llevaba a un sexo fantástico, ¿quién era él para quejarse?

Que le gustara su mente, su espíritu, no significaba que alguna vez pensara en el compromiso, en el amor, en ponerle un anillo en el dedo. Eso era una estupidez…

Y él era un estúpido por pasar tanto tiempo pensando en la doctora Sadie Slade. Lo que necesitaba era encontrar a otra mujer para sacarla de su mente…

Justo en ese momento, una mano masculina apareció por detrás y pulsó el botón de parada. La cinta frenó y Carrick se encontró con el ceño fruncido de Ronan.

—¿Algún problema? —preguntó Carrick con la respiración entrecortada.

—Que te he llamado tres veces y no me has oído —respondió Ronan, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Todo bien?

Carrick sonrió a su hermano menor. Quería contarle lo que le pasaba, pero su hermano aún echaba de menos a su preciosa esposa y se sentía incómodo hablando de mujeres con él. Los Murphy no tenían mucha suerte en las relaciones, Carrick y Finn estaban divorciados y Ronan se había quedado viudo muy joven.

—Estoy bien.

—¿En serio? —su hermano parecía escéptico—. Porque estabas murmurando tú solo y corrías a toda velocidad, señal inequívoca de que algo te preocupa.

—No, estoy bien.

—Mentiroso —contraatacó cuando él se bajó de la cinta.

—No tendrá algo que ver con Sadie Slade, ¿verdad?

Carrick ocultó su expresión de sorpresa tras la toalla. Hizo ademán de limpiarse la cara y solo la dejó caer cuando estuvo seguro de que su expresión volvía a ser inescrutable.

—¿Por qué piensas eso?

—Te pusiste verde como un guisante y te asustaste mucho cuando ella se atragantó en el cóctel previo a la exposición.

Habían sido de los peores minutos de su vida, pero no iba a admitirlo ante su hermano.

—Trabaja para nosotros y se atragantó con la comida servida en un evento de Murphy.

Ronan puso cara de no creerse su explicación.

—Cada vez que estáis juntos en la misma habitación saltan chispas.

—Mierda… —respondió Carrick antes de darle la espalda a su hermano para dirigirse al dispensador de agua. Llenó un vaso, se lo bebió y volvió a llenarlo. Como no quería hablar de Sadie, cambió de tema—: ¿Has encontrado ya una niñera?

—Keely sugirió que Joa me ayudara. Es niñera y tiene tiempo libre. —Ronan parecía incómodo y el radar de hermano mayor de Carrick emitió un pitido de aviso—. La conociste el otro día, ¿no?

—Sí —asintió.

—¿Y qué te pareció? —preguntó Ronan.

¿Por qué estaban hablando de Joa? Carrick no tenía ni idea, pero mientras no estuvieran hablando de Sadie, le parecía bien.

—Es agradable. Guapísima, pero eso ya lo sabes, y también inteligente. ¿Vas a contratarla?

—No sé —respondió encogiéndose de hombros.

Carrick sabía que su hermano estaba desesperado por conseguir una niñera lo antes posible. Joa estaba disponible, tenía experiencia y Keely la había recomendado. ¿Por qué no estaba dando saltos de alegría?

¿Tal vez era porque Ronan empezaba a fijarse de nuevo en las mujeres? A Carrick le preocupaba el desinterés de su hermano por el sexo y las mujeres desde la muerte de Thandi. Siempre que intentaba hablarlo con él, se molestaba y cambiaba de tema. Por eso, que preguntara por Joa, le parecía una buena señal. Para el resto del mundo, su hermano era el Murphy divertido y charlatán de la familia, capaz de encantar a los pájaros. Pero Carrick lo había sostenido en brazos mientras lloraba desconsolado. Y había velado por su bienestar y el de sus hijos mientras Ronan se ahogaba en la bebida durante las primeras semanas tras la muerte de Thandi.

Ahora, él había recuperado su encanto, pero era solo una máscara; en el fondo seguía roto y hundido.

—¿Estás dudando en contratarla porque es despampanante? —preguntó Carrick, buscando algún tipo de reacción en los ojos de su hermano pequeño—. ¿O porque es inteligente y sexy? —Sabía que estaba forzando la paciencia de Ronan, pero pensó que valía la pena—. ¿No te lo parece?

—Supongo —respondió encogiéndose de hombros—. No puedo fijarme en ella de ese modo.

Carrick suspiró. En la cabeza del menor de los Murphy, tener una relación con cualquiera sería engañar a Thandi.

—Ro, puedes sentirte atraído por alguien que no sea Thandi —le dijo en voz baja.

Ronan lo miró fijamente.

—Si me atrae o no, no viene al caso. No está bien tener líos con empleados, Carrick. Siempre acaba en desastre. Y tú, más que nadie, lo sabes.

Vaya… Carrick suspiró.

—Sadie y yo solo estuvimos juntos una noche. Y se acabó.

—Ah, bueno…, vale —dijo con cara de sorpresa el hermano pequeño—. Es más de lo que necesitaba saber sobre Sadie y tú. En realidad, me refería a la novia de Satán, Tamlyn. La conociste cuando trabajasteis juntos en la restauración de ese Kahlo.

Carrick hizo una mueca de dolor. Mierda. Había hablado de más. Buscando una salida, retomó el tema que les ocupaba antes de meter la pata:

—¿No crees que contratar a Joa como tu niñera podría ser la respuesta a todos tus problemas?

—O la fuente de una docena más… —murmuró Ronan, ya alejándose.

Esa noche, Joa seguía irritada con Keely, pero eso no fue impedimento para tomar la copa de vino tinto que ella le agitó delante de las narices. Estaba enfadada con su hermana adoptiva por ser tan prepotente, por decirle a Ronan Murphy que ella podía ser su niñera sin su permiso…

Su hermana siempre había sido muy mandona, pero ahora eran adultas y no tenía derecho a interferir en su vida.

Y si era así, ¿por qué no se había negado?

Keely se dejó caer en un rincón del sofá de la biblioteca de Mounton House y apoyó los pies en la mesita de centro, apuntando en dirección al fuego encendido en la chimenea.

—Dios, qué frío hace ahí fuera.

Joa, sabiendo que Keely odiaba el silencio, no contestó.

—Bueno… ¿Y qué te ha parecido Sadie Slade?

—Parece profesional e inteligente —respondió de mala gana Joa—. Seguro que encuentra las respuestas que necesitamos.

—Si ese cuadro es un Homer, recaudará una suma de dinero enorme para la fundación. —Keely apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, con una pequeña sonrisa en la cara—. Conozco a los hermanos Murphy desde hace mucho tiempo, y nunca había visto a Carrick tan distraído.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te diste cuenta? No paraba de mirar a Sadie.

—Creo que ella también se siente atraída. Las chispas saltaban. —Joa apuntó su copa hacia Keely y frunció el ceño—. Y no creas que porque esté hablando contigo se me haya pasado el enfado.

—Se te pasará —respondió su hermana sin ningún signo de preocupación en el rostro—. Siempre se te pasa. Y, con el tiempo, me lo agradecerás.

Joa dejó caer los pies al suelo y se inclinó hacia delante. Lo único de lo que estaba segura cuando se marchó de Nueva Zelanda era de que no quería volver a trabajar de niñera; no quería formar parte de la familia de otro. Sí, quería tener su propia familia, pero tenía que encontrarla, crearla ella misma. O quedarse sola. Nunca más iba a meterse en la vida de otra persona.

Así que, ejercer de niñera de los hijos de Ronan, por muy adorables que fueran, no era algo que quisiera hacer.

De repente, Keely la miró con cara seria.

—Ronan necesita ayuda, Joa.

Ese no era su problema.

—¿En serio me estás diciendo que no puede encontrar una niñera adecuada en una ciudad tan grande?

—Lo ha intentado, pero tiene la peor de las suertes. O son demasiado mayores o demasiado estrictas, o demasiado jóvenes y demasiado coquetas. Alguna incluso llegó a ofrecerle algún servicio más que el de cuidar a los niños… Ya me entiendes.

Joa fue incapaz de contarle a Keely que se había pasado los últimos años suspirando por sus dos jefes solteros. Y que la atracción que había experimentado hacia ellos era un arroyo de aguas tranquilas, nada que ver con lo que sentía ahora por Ronan, que era un río embravecido, turbulento y caudaloso.

Y ella no sabía nadar…

—Es un buen amigo y necesita ayuda —insistió Keely—. Está triste y estresado, y apenas puede con todo.

—¿Y por qué tengo que ser yo? —se quejó Joa.

—Porque tienes experiencia y tiempo libre. Tú eres la persona más sensata y realista que conozco. Y a ti no te impresiona ni su nombre ni su aspecto. ¡Oh, sí le impresionaba, pero prefería morir antes que admitirlo!

—Y no necesitas en absoluto su dinero —continuó Keely—. Ayúdale un par de meses, o al menos mientras no encuentra otra niñera que sea adecuada. Además, sabes que te volverás loca si no haces nada.

Eso era cierto. Odiaba estar ociosa y, por lo que había oído hablar de los hijos de Ronan, Sam y Aron, eran buenos chicos. Quería ayudar, pero deseaba que Ronan fuera un padre feo y desaliñado por el que no sintiese ningún tipo de atracción.

Maldita sea…

Joa entrecerró los ojos y señaló con el dedo índice a su hermana.

—Si lo hago, y que sepas que aún es una posibilidad muy remota, estarás en deuda conmigo, Keels.

—Oh, no sé yo —dijo Keely con sonrisa pícara—. Tal vez acabes siendo tú la que me deba el favor a mí…

—¿Estás bien? —preguntó Beth mientras Sadie abría la puerta del restaurante de sushi en el que por fin iban a cenar juntas tras llevar semanas intentando cuadrar sus agendas.

—Sí, ¿por qué lo dices? —dijo Sadie mientras se despojaban de sus abrigos.

—Es que pareces cansada. La verdad era que Sadie se sentía agotada. Y también un poco hinchada. Se dijo a sí misma que tenía que beber más agua, comer más verduras y…

Pero antes se atiborraría de sake y sushi.

—Estoy bien. Solo que he estado trabajando mucho —insistió mientras seguía a Beth por el restaurante hasta los asientos de la esquina.

Pidieron un par de margaritas para ir empezando y en cuanto la camarera se los puso sobre la mesa, Beth se acercó a su amiga y soltó de repente:

—Sé que te acostaste con Carrick Murphy.

—Eh… —Sadie agarró su vaso y se metió la pajita en la boca mientras decidía una respuesta. Negarlo sería mentir, y a ella no le gustaba mentir, mucho menos a sus amigos. Pero se había acostado con el excuñado de Beth… Y Beth, como era de esperar, no estaba muy contenta.

—No te atrevas a negarlo, Sadie Slade. Se te entornan los ojos cuando mientes y siempre te meneas en la silla, así que ni lo intentes.

Sadie la miró con el ceño fruncido y se removió en su asiento.

—¡Yo no…!

—Claro que sí —insistió Beth—. ¿De verdad vas a mirarme a los ojos y decirme que no?

—No. —Sadie parecía alicaída—. Y sí, lo hicimos.

La expresión de Beth se ensombreció.

—¿Cuándo?

¿Acaso importaba?

—Hace casi un mes. Vino a mi apartamento para ver cómo estaba el día después de que me llevaran al hospital.

—Y te examinó de arriba abajo, claro —dijo Beth con sarcasmo.

Pues sí, lo hizo. Y muy bien. Numerosas veces, para ser precisos. Pero eso no era algo que pudiera compartir con Beth porque su amiga estaba cabreada.

Sadie levantó la mano, queriendo evitar un sermón.

—Fue una noche, Beth. Y nada por lo que emocionarse.

En realidad, le gustaría decirle que le había encantado estar con Carrick, que, por primera vez en su vida, se había sentido a gusto del todo en los brazos de un hombre. Que, a pesar de todo lo que había oído hablar de él, Carrick la hacía sentir poderosa y protegida, apreciada y querida.

Pero era el excuñado de Beth y Tamlyn era, más o menos, amiga de Sadie. Y aunque no creía haber hecho nada malo al acostarse con él, ya que ambos eran adultos solteros y sin ataduras, no era algo de lo que pudiera hablar libremente.

—Carrick trataba mal a Tamlyn, Sadie. Fue grosero y desagradable, demasiado exigente, y su comportamiento muy destructivo. Sus abogados la dejaron en la ruina. Y menospreció a Jazz solo para fastidiarla.

Jazz, el querido perro labrador canela de Tamlyn. A Sadie aún le costaba creer que el Carrick que ella conocía era el mismo hombre capaz de castigar a un perro para vengarse de su ex. Pero…

Pero no importaba lo que Carrick hiciera o dejara de hacer en el pasado; habían compartido sus cuerpos y un pequeño espacio de tiempo en sus vidas. Eso era todo. Ahora tenían una relación formal de negocios, nada más.

—No voy a volver a verlo —dijo Sadie—. No voy a involucrarme con él. Solo fue una noche.

—¿Y te arrepientes?

Sabía que Beth quería que dijera que sí, pero no podía. No se arrepentía de nada. Estar con él había sido una de las mejores experiencias de su vida.

—Cambiemos de tema, por favor —dijo Sadie, sintiéndose agotada y un tanto superada por la situación. Parpadeó para ahuyentar las lágrimas, echando de menos de repente su apartamento de Montparnasse. Echaba de menos sus libros, sus paredes de colores vivos, sus plantas y sus almohadas. Echaba de menos el olor de los cruasanes que salían de la panadería de abajo, a los franceses excitados y también el mercado de alimentos frescos que había al final de la calle—. Mira, sé que estás preocupada por mí, pero no nos dejemos llevar, ¿vale? Nos hemos visto y hablado después de lo que ocurrió esa noche y ambos nos comportamos como si nada hubiera pasado.

Beth agarró un plato sushi de la cinta transportadora y luego echó un poco de salsa de soja en un cuenco. Después, sus ojos se encontraron con los de Sadie.

—¿Y estuvo bien?

La palabra «bien» se quedaba muy corta… Asombroso, increíble… se acercaba más. Pero no podía compartir ni el más mínimo detalle con su amiga. No podía hacerlo. Era algo muy íntimo y no quería estropear el recuerdo del único encuentro sexual perfecto que había tenido en su vida.

Entonces, Sadie respondió a su amiga con una mirada dura.

—Vale, mensaje recibido. Hemos terminado de hablar de Carrick.

Gracias a Dios.

—¿Algo que deba saber del trabajo? —Sadie tomó otro pequeño sorbo de su margarita y arrugó la nariz. No le sabía tan bien como de costumbre.

Beth repasó un par de posibles proyectos, uno de los cuales era la tasación de un Basquiat que había sido adquirido por el Museo Metropolitano de Arte recientemente.

—Oye, ¿te has enterado del Gauguin perdido descubierto en un desván en Francia?

Bien, por fin un tema neutral.

Ambas cambiaron el chip y se zambulleron en una conversación más divertida. Beth alcanzó un plato de nigiris, lo puso entre las dos y se llevó una pieza a la boca.

—Come algo —dijo agitando el palillo.

Sadie se llevó el vaso de margarita a la nariz y lo olfateó.

—¿A ti te sabe bien esto? —preguntó.

Beth tomó el vaso de su amiga y dio un gran sorbo a la bebida, luego asintió con entusiasmo.

—Está perfecto.

Qué raro… En cualquier caso, sentía que ya no podía beber más. Tal vez estuviera mal del estómago, o incubando una gripe.

Beth agarró un plato de sashimi y Sadie se echó hacia atrás cuando el olor le llegó a la nariz. Sin duda, estaba enferma. Tenía que estarlo porque ese era uno de los mejores restaurantes de sushi de la ciudad y la calidad de la comida era excelente.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Beth, dejando sus palillos a un lado—. Te has verde.

Sadie miró la comida y se le revolvió el estómago.

—Huele a pescado.

—Es pescado. Eso es el sushi…, pescado crudo.

A Sadie se le subió el estómago a la garganta y se tapó la boca con la mano.

—Necesito salir de aquí. ¡Ahora mismo!

—¡Oh, mierda! —Beth se levantó y buscó su cartera en el bolso. Sacó un par de billetes de veinte, los colocó sobre el mostrador y se tomó un momento para beberse el resto de su margarita.

—No se puede desperdiciar —murmuró mientras ayudaba a Sadie a vestir el abrigo.

—Uf, no me siento bien.

—Hay un virus del estómago circulando por ahí —anunció Beth.

Maravilloso.

Ambas se disculparon con la camarera y salieron del restaurante.

—Mira el lado bueno… —sugirió Beth mientras salían por la puerta al gélido aire de la noche.

Sadie tenía unas náuseas infernales y se sentía muy débil. ¿Qué podía haber de bueno en eso?

—¿Y cuál es?

—Que podrías estar embarazada. Eso sí que sería un desastre de proporciones épicas. Pero, al ser un virus, se te pasará en un día o dos.

Beth suspiró cuando Sadie frunció el ceño.

—¡Estoy bromeando! Anda, te llamaré un taxi. Deberías irte a casa y meterte en la cama, necesitas descansar. Yo seguiré la noche, tengo a unos amigos en el Copper Kettle. Me uniré a ellos.

Sadie asintió, deseando quedarse a solas. Necesitaba hacerse una prueba y salir de dudas. Porque tenía la desgarradora sensación de que su supuesto virus no iba a ser cosa de un par de días, sino que iba a estar presente el resto de su vida.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cuatro

Sadie: Hola, necesito hablar contigo. Esta noche. ¿Podemos vernos?

La respuesta de Carrick fue casi instantánea:

Carrick: De acuerdo. ¿Cuándo? ¿Dónde?

Sadie: Ahora. Estoy frente a tu puerta.

Sadie guardó su teléfono, pensando que no solo tenía un bebé creciendo en su vientre y un millón de mariposas revoloteando, sino que también tenía ansiedad y miedo haciendo agujeros en su estómago. Y lo que era peor, el sentimiento de culpa corriendo por la sangre de sus venas. Debería haber tenido más cuidado con los anticonceptivos, haber prestado más atención. Pero, que ella recordara, Carrick se había puesto un preservativo. ¿Qué más podían haber hecho?

No podía evitar la sensación de sentirse estúpida por quedarse embarazada en el siglo XXI. Y muy irresponsable. Pero los accidentes ocurrían. Y este se trataba de un choque múltiple…

Sadie había pasado los últimos días pensando en sus opciones, decidiendo qué hacer. A principios de semana le había enviado un mensaje a Carrick diciéndole que se iba de la ciudad para hacer una tasación en Nueva York, pero le había mentido; en realidad se había quedado en su apartamento arrastrándose por el suelo desesperada.

Sabía que tenía opciones, pero era crucial tomar la decisión correcta porque tendría que vivir con ella y sus consecuencias el resto de sus días. Estaba a favor del aborto y creía firmemente que era un derecho de la mujer tomar decisiones sobre su propio cuerpo. Pero hasta ese momento, el derecho a decidir siempre había sido un concepto intelectual, algo en lo que creía, pero a lo que no esperaba enfrentarse.

Tras varios días de un intenso debate interno, había tomado la decisión de seguir adelante con el embarazo. Cuando se casó, quiso tener un bebé enseguida, pero no lo consiguió. Tras el divorcio, agradeció no

tener que pasar por el calvario de criar a un hijo con Dennis. Y ahora era irónico que estuviera embarazada de un hombre que, según decían, se parecía tanto a su exmarido… Dar al bebé en adopción o abortar estaba descartado, porque siempre había querido tener un hijo o dos en el futuro, con o sin un hombre. Podía permitirse criar a un niño sola; el dinero no era un problema. Ser madre formaba parte de su plan de vida, solo que iba a suceder antes de lo que esperaba. No le daba miedo, pero decirle a Carrick que estaba embarazada de él sí.

¿Cómo se lo diría? ¿Cómo reaccionaría él? Sadie esperaba nerviosa frente a la puerta de la casa de Carrick, preguntándose por qué tardaba tanto en abrir. Cuando por fin oyó el chasquido de la cerradura, tuvo que resistir el impulso de salir corriendo hacia su coche de alquiler. En una hora podía estar en el aeropuerto; en unas pocas más, en un avión rumbo a París. O podía ir a los Emiratos Árabes Unidos y esconderse en el apartamento de Hassan en Abu Dabi. Él no haría preguntas; de hecho, seguro que le proponía matrimonio y mantenerla de por vida rodeada de lujos. Tener un príncipe árabe como mejor amigo tenía sus ventajas.

Pero la familia de Hassan, por mucho que la adoraran, no aprobaría que él criara al hijo de otro hombre. Y en realidad tampoco necesitaba la ayuda económica ni una figura paterna para su bebé. Solo necesitaba no tener esa conversación con Carrick Murphy.

—Lo siento, acababa de salir de la ducha cuando me enviaste ese mensaje. Por eso he tardado tanto —dijo Carrick tras abrir la puerta principal de su imponente casa.

Sadie entró en el vestíbulo y sus ojos se fijaron de inmediato en el enorme cuadro abstracto de la pared de su derecha. Desenrolló su bufanda mientras se acercaba al cuadro, hipnotizada por sus colores. Él tenía mucha suerte por poder ver ese cuadro todos los días.

—¿Cuándo adquiriste este Pollack? —preguntó Sadie—. No conozco este cuadro.

—Mi abuelo lo compró en los años cuarenta, al propio artista. —Carrick le quitó el abrigo de los hombros y ella apenas se dio cuenta.

—¿Cómo se llama?

—Sadie, no has venido a mi casa a las diez de la noche para hablar de arte —dijo él con el ceño fruncido mientras colgaba el abrigo y la bufanda—. ¿O sí? ¿Has venido por el Homer?

—¿Podemos… podemos sentarnos?

—Claro —asintió él—. Vamos a la biblioteca.

Ella lo siguió por el pasillo, admirando su precioso trasero y al mismo tiempo las obras de arte que había colgadas en las paredes. Al entrar en la biblioteca, Sadie se quedó de piedra de lo impresionante que era.

—¿Quieres tomar algo? —dijo Carrick acercándose a una vitrina llena de botellas.

—No, gracias —respondió ella sacudiendo la cabeza y sentándose en uno de los sillones.

—¿Café? ¿Un té? —insistió mientras se servía un poco de whisky en un vaso.

—No, estoy bien. Solo necesito que te sientes para que pueda hablar contigo.

Carrick la miró con el ceño fruncido, pero hizo lo que ella le pidió.

—¿Por qué estás tan seria? ¿Vas a decirme que estás embarazada?

Lo dijo a la ligera, como si no hubiera posibilidad de que eso ocurriera.

—Pues sí. Por eso estoy aquí.

Él se puso tenso y agarró el vaso con fuerza.

—No tiene gracia.

—Estoy embarazada. Y como eres la única persona con la que me he acostado desde mi divorcio, tú eres el padre. Pensé que debía decírtelo.

—¿¡Qué!?

—Mira, sé que es un shock y que necesitas tiempo para asimilarlo. Cuando lo hagas, lo único que tienes que decidir es qué clase de padre te gustaría ser. Depende de ti si quieres apoyar a tu hijo y ser parte de su vida.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Solo tenía que esperar su reacción. ¿Sería explosiva? ¿Le tiraría algo, le gritaría, la culparía? ¿Vería por fin al hombre con el que Tamlyn había vivido?

«Muéstrame tus verdaderos colores, Murphy. Acabemos con esto de una vez».

Esperó un minuto, luego otro. Él no dejaba de mirarla fijamente, pero no decía nada. Pensando que ambos necesitaban algo de tiempo para procesarlo, Sadie se levantó y dijo:

—Avísame de lo que decidas. No hace falta que me acompañes a la puerta.

Carrick sintió el ardor del whisky al deslizarse por su garganta. No era posible. No podía estar embarazada. Había usado preservativos aquella noche, estaba seguro de ello.

—Pero… ¿cómo? —se oyó decir en voz alta. Sadie volvió a sentarse y levantó los hombros.

—Puede que el preservativo se saliera, que estuviese roto o defectuoso.

Él abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar de inmediato. ¿Qué podía decir? ¿Que lo sentía? Podía lamentarlo, pero ¿cambiaría algo? No, no cambiaría nada.

Estaba sorprendido, conmocionado. Pero ¿lo lamentaba de verdad? No estaba seguro. Siempre había querido tener un hijo y cuando se despidió de su matrimonio, también se despidió de ese sueño. Creía que los niños debían criarse dentro de una relación comprometida y, como no tenía intención de volver a tener pareja, se resignó a una vida sin hijos.

Pero Sadie estaba embarazada, el niño era suyo y él tenía otra oportunidad de ser padre, algo que había creído fuera de su alcance.

Ella le había preguntado qué quería hacer y, aunque por su cara parecía que estuviese deseando que él se desentendiera, tenía toda la intención de ejercer como padre. Quería hacerse cargo, estar presente en todo momento. Cómo iban a hacerlo cuando vivían cada uno en un país, era algo que aún tenían que discutir.

—Mira, es evidente que necesitas tiempo para asimilarlo, así que creo que debería irme —dijo ella sintiéndose muy incómoda con la situación.

Él se levantó y fue a servirse otro whisky. Se quedó observándola unos segundos, parecía muerta de cansancio. A juzgar por sus ojos de mapache, era obvio que había dormido poco. Además, estaba muy pálida.

—Quédate, Sadie, tenemos cosas que discutir.

—Pero si no estás diciendo nada —señaló Sadie mientras se levantaba.

Carrick, al ver que se tambaleaba un poco, se acercó a ella e hizo que se sentara de nuevo. Ignorando sus protestas, le quitó las botas y las dejó

caer sobre la alfombra. Agarró una manta, se la puso sobre las rodillas y luego miró hacia la chimenea.

—Puedo hacer fuego si tienes frío.

Ella se quitó la manta de las rodillas con expresión molesta.

—¡Carrick! Estoy bien, por el amor de Dios.

—Te haré una taza de chocolate caliente. Estás helada, tienes peor cara que un muerto. Sadie resopló de frustración.

—Carrick, solo necesito que te sientes y que hablemos del bebé que llevo dentro.

Él se quedó mirando al suelo unos segundos.

—Necesito cinco minutos a solas, Sadie. Y necesito entretenerme con algo mientras tanto, así que voy a prepararte un chocolate caliente. Puede que no lo quieras, pero lo haré igual porque necesito un poco de espacio. Cuando vuelva, intentaré decirte algo coherente.

Entonces, cuando él se dio la vuelta para dirigirse a la cocina, ella le preguntó con la voz más apenada que había oído nunca:

—¿Estás enfadado… conmigo?

Luchó contra el impulso de correr a su lado, de estrecharla entre sus brazos y decirle que todo iría bien. Pero no podía, porque ¿quién sabía lo que la vida les tenía reservado?

Pero era importante que entendiera lo que iba a decirle a continuación. Volvió a su lado, se acuclilló frente a ella y le puso las manos en las rodillas.

—Sadie, no te estoy culpando. Ni siquiera me culpo a mí mismo. Somos adultos. Tomamos precauciones. Claro, todo el mundo dice que los preservativos son eficaces, pero nosotros somos la prueba de que no siempre lo son. Así que no, no estoy enfadado contigo. Sorprendido sí, pero ¿enfadado? No, te lo aseguro.

Le sostuvo la mirada y, por su expresión, ella parecía algo más aliviada, aunque seguía teniendo cara de agotada.

Seguro que si le ponía una almohada detrás de la cabeza se quedaría dormida en menos de diez minutos. Pero él no quería que se durmiera. La quería desnuda y gimiendo su nombre mientras se deslizaba dentro de ella.

Sadie acababa de darle una noticia que cambiaría su vida radicalmente, ¿y lo único que él quería era hacer el amor con ella?

«¿Qué demonios te pasa?», pensó restregándose la cara con las manos.

—Volveré enseguida. Tú… intenta relajarte —dijo mientras se dirigía a la cocina.

Sadie se despertó con Carrick tumbado a su lado. Tras un bostezo, recordó haberse tumbado en aquel sofá tan cómodo y luego que él la había movido para que descansara contra su pecho. Estaba tan agotada que en lugar de oponerse se había acurrucado contra él.

Y se había quedado dormida.

La noche anterior estaba demasiado cansada como para apartarse, para poner distancia entre ellos, pero ahora que era de día, sabía que estar tan pegada a Carrick Murphy no era una buena idea. Antes de cometer una estupidez, como besarle, tenía que separarse. Carrick, como si presintiera que estaba a punto de huir, tiró de ella.

—Tienes una piel tan suave… Sadie quiso incorporarse, pero la apretó contra su cuerpo, haciendo que ella notara su erección.

—¿Adónde vas? —murmuró él.

—Quiero levantarme.

—¿Por qué?

«Porque, si no lo hago, acabaré arrancándote la ropa».

—Yo no tengo ganas de levantarme aún. Sadie echó la cabeza hacia atrás para mirar a Carrick. Deseó poder acariciar su incipiente barba y besarle, pero…

—Tenemos que ponernos a trabajar, Murphy —acabó diciendo ella. —Solo quiero estar aquí tumbado y tocarte, Sadie. —Él abrió un ojo y levantó la muñeca para mirar el reloj—. Apenas son las seis, es demasiado pronto.

—Entonces, debería irme para que puedas dormir como es debido.

—¿Qué te hace pensar que no he dormido? —preguntó él mientras le acariciaba la espalda—. No pesas casi nada y me encanta tenerte entre mis brazos —dijo moviendo las caderas y apretando su erección de nuevo contra ella—. ¿No te das cuenta?

—Me impresionaría si no fuera algo con lo que todos los hombres se despiertan a diario —respondió Sadie, tratando de contener el deseo que

comenzaba a calentarle la sangre—. ¿Te recuerdo que eso es lo que nos ha metido en problemas?

A pesar de lo tentada que estaba, no podía olvidar la razón que la había llevado allí.

—Fue la mejor noche de mi vida —murmuró él. Le dio un beso en el pelo y luego se movió para que su pene se quedara pegado a la entrepierna de Sadie.

Ella soltó un gemido, no pudo evitarlo. Presionó un poco, cerró los ojos y dejó que el placer la recorriera.

El deseo que ahora sentía estaba teñido de alivio. Todo había ido mejor de lo que esperaba. Pero, aunque la reacción de Carrick al enterarse de que iba a ser padre había sido comedida, no iba a cambiar por completo su opinión de que era un chico malo. Entonces, cometió el error de abrir los ojos y sus miradas se cruzaron. Sus bocas se unieron al instante y sus labios y sus lenguas comenzaron a danzar con desesperación. Él sabía a gloria y su aroma le nublaba la mente. Lo único que tenía claro en ese momento era que quería desnudarse cuanto antes.

Al menos esa vez no se quedaría embarazada. Y ese pensamiento la golpeó con la fuerza de un misil. Estaba embarazada. No habían hablado del futuro, iba a tener un hijo con ese hombre y tenían que tomar un millón de decisiones.

El sexo debería estar muy abajo en su lista de prioridades.

Debería ser sensata, responsable. —Carrick… —susurró Sadie contra sus labios, tratando de ignorar la mano que acariciaba su trasero.

—¿Mmm?

—¿Es una buena idea?

—Probablemente no —admitió Carrick, con la voz áspera por la necesidad—. Pero hagámoslo de todos modos. En una hora o dos podemos volver a la vida real, ahora dejémonos llevar.

Sadie vaciló y él le agarró la cara entre las manos, acariciándole los pómulos con los pulgares.

—Disfrutemos el uno del otro. El futuro puede esperar. Tomémonos este tiempo para estar juntos antes de que empiece el día, antes de que el resto de nuestras vidas cambie de manera irremediable y nos volvamos locos el uno al otro. Solo tú y yo, nadie más, nada más importa.

¿Cómo podría resistirse a su voz grave y ronca, a sus palabras sensuales? ¿Qué mujer en el mundo podría hacerlo? Acercó su boca a la de Carrick, y entonces se besaron. Ella sintió cómo él se estremecía y su erección se endurecía aún más contra su vientre. Sadie se despegó de él un segundo para mirarlo. Se arrodilló junto al sofá y le pasó la mano por el pecho, bajando por el pene cubierto por los pantalones. Él se estremeció y sus ojos adquirieron un brillo dorado, sus murmullos de aprobación le indicaron lo mucho que disfrutaba de sus caricias. La última vez que habían hecho el amor, Carrick había llevado las riendas y, esta vez, esta última vez, quería ser ella la que llevara el control.

Sadie metió las manos por debajo de la camisa de Carrick y tiró de ella hasta dejarlo con el pecho al desnudo. Inhaló su olor almizclado, a jabón, a hombre y a sexo, y sintió el torrente de calor que le llegaba a las bragas.

Sí, lo deseaba tanto que le dolía.

—Sube aquí y bésame —le pidió él.

—Todavía no —respondió ella con tono suave, colocando la mano sobre el pecho de él y sintiendo los latidos de su corazón bajo su mano. Tan fuerte, tan firme, tan intensamente masculino. Observó cómo se contraía su pequeño pezón e impulsivamente acercó su boca y se sorprendió por el gemido que provocó en él su leve contacto. Envalentonada, movió la boca por su pecho, rozando con la lengua su cálida piel. Aún de rodillas, le acarició los costados y le pasó los nudillos por el vientre antes de hundir la lengua en su ombligo.

—Me estás matando, Sadie.

Ella sonrió contra su piel y siguió recorriendo su vientre con la lengua.

—Necesito tocarte… —suplicó él.

—Aún no, Murphy.

Sadie agarró su erección con una mano, sintiendo el calor bajo la suave tela de los pantalones. Ella comenzó a abrirle los botones de la bragueta, pero Carrick se impacientó y se bajó los pantalones con los pulgares hasta la altura de las rodillas. Sadie se quedó mirándolo, embelesada por su belleza masculina. Estaba empapada con solo mirarlo. Podría sentarse encima y él se deslizaría dentro de ella sin ningún problema. Pero si esta iba a ser su última vez juntos, quería vivir una pequeña fantasía…

Nunca lo había hecho; nunca había sentido el deseo de hacerlo con Dennis.

Sadie posó los labios sobre el pene de Dennis e inhaló su sensual aroma.

—Me vas a matar, Sadie. En serio —murmuró Carrick, levantando las caderas para animarla a abrir la boca.

Ella giró la cabeza para mirarle, echándose el pelo hacia atrás, detrás de la oreja, para verle con claridad.

—¿Quieres que continúe, Carrick?

—Lo estoy deseando —respondió con la voz vibrando de necesidad.

Le gustaba la nota de desesperación que oía en su voz, la forma en que su respiración entrecortada llenaba la habitación. Por una vez, el poderoso Murphy no tenía el control, lo tenía ella, y se sintió poderosa, femenina, seductora. Sexy, maldita sea.

Nunca se había sentido tan excitada. Abrió la boca y dejó que su erección se deslizara por su lengua, cerrando los labios alrededor de él. Sintió que él se tensaba y que le agarraba el pelo con fuerza.

—Dios, por favor, no pares…

Ella no dejó de explorarlo con la boca en todas las formas que se le ocurrían hasta que él soltó una sarta de maldiciones y tiró con suavidad de la cabeza de ella hacia atrás.

—Uff… Demasiado —murmuró.

—¿No puedes conmigo, Murphy? —se burló ella.

—Maldita sea. No cuando haces eso. —Empezó a quitarle la ropa y, cuando estuvo desnuda frente a él, colocó la cara entre sus pechos y le agarró la cintura con las manos—. Te deseo tanto, Sadie.

—Te necesito dentro de mí, Carrick.

—Dame un segundo, cariño, estoy tan excitado. Necesito calmarme.

No lo quería bajo control; lo quería salvaje, desquiciado e irreflexivo.

Tomando de nuevo la iniciativa, lo empujó y se sentó a horcajadas sobre él, rozando su calor húmedo contra la erección. Sin dar tiempo a Carrick a reaccionar, lo agarró con la mano, levantó las caderas y se deslizó sobre él, suspirando mientras la llenaba.

Solo habían estado juntos una vez, pero lo echaba de menos. Le echaba de menos.

Carrick tiró de ella para que sus pechos se pegaran contra el suyo y comenzó a besarla con ferocidad. Era potente y ardiente, y Sadie sintió cómo se le contraían el estómago y el corazón. De placer, de asombro y de miedo a no volver a sentirse así de bien jamás.

—Sadie, cariño, necesito que te corras porque no puedo aguantar —murmuró él, deslizándose cada vez con más fuerza y más profundo.

Ella cerró los ojos y él deslizó una mano entre los dos, acariciándola mientras seguía embistiendo. El roce se le hizo un placer tan insoportable que con un par de caricias fue arrastrada por el clímax. Oleadas de placer la sacudieron y al instante sintió cómo se liberaba en lo más profundo de su ser. Le rodeó el cuello con los brazos y mantuvo la cara pegada a la suya, sin querer que aquello acabase nunca.

El torbellino de placer se fue disipando poco a poco. Se sentía sin aliento, ingrávida y satisfecha.

Carrick seguía dentro de ella y Sadie no tenía intención de moverse, aún no.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó él en voz baja.

Ella dejó caer un beso en su clavícula antes de responder:

—¿Buen sexo?

—Gran sexo —la corrigió él.

Sadie sintió cómo se endurecía de nuevo en su interior y se quedó atónita ante la oleada de placer que le subió por la espalda.

Su orgasmo había sido tan intenso que no creía que pudiera estar lista para repetirlo… Al menos no tan pronto.

Entonces, él sonrió, metió la mano donde sus cuerpos se unían y la encontró húmeda, deseosa y palpitante.

—Pensé que habíamos terminado —dijo ella con tono suave.

—Diablos, no, si acabamos de empezar…

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cinco

Después de ducharse, Sadie se puso la ropa y entró en el dormitorio. Encima del cabecero de la enorme cama king size había colgado un cuadro al óleo de gran tamaño. Haciendo caso omiso de Carrick, que estaba sentado en el borde de la cama acabando de vestirse, ella se arrastró por el colchón buscando una firma en el cuadro. Era un paisaje impresionista en verdes y azules, un río francés al amanecer.

—Pierdes el tiempo. No hay ninguna firma —le dijo Carrick en tono divertido.

Sadie frunció el ceño mirando el cuadro. No era posible; ese cuadro era demasiado bueno para no estar documentado.

—¿De quién es?

Carrick se encogió de hombros.

—Ni idea. No tenemos constancia de cómo llegó a la familia, del artista, absolutamente nada.

Eso no era posible. De un cuadro de esa calidad tenía que haber un registro en alguna parte.

—¿Lo has investigado?

—Hasta la muerte —contestó Carrick, levantándose para meterse la camisa por dentro de los pantalones. Sadie se negó a aceptarlo.

—Yo podría intentarlo.

Carrick sonrió.

—Adelante, pero no voy a pagarte por rastrear pistas que sé que no existen.

—Lo haré gratis. —Sadie se sentó sobre sus talones y contempló el paisaje, sumergiéndose en el cuadro. Había algo que le resultaba familiar. El brazo de Carrick alrededor de su cintura la devolvió al presente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Como había empezado la mañana con orgasmos múltiples, se sentía fantástica.

—Ha sido maravilloso, me he quedado relajadísima.

Él se rio.

—Es bueno saberlo, pero en realidad me refería a esto —dijo señalando el vientre de Sadie con un dedo.

Oh, cierto. Estaba embarazada de él. Entre el sexo fabuloso y el arte asombroso, se había olvidado de que iba a ser mamá. Su respiración se entrecortó y su corazón amenazó con salirse de su pecho.

—Estoy bien.

—¿Náuseas, cansancio, antojos de comida?

—¿Cómo sabes tanto sobre los síntomas del embarazo? —preguntó Sadie echándose hacia atrás con cara extrañada.

—Ronan tiene dos niños, y nos contó todos los detalles de los embarazos de Thandi. —La pena brilló en los ojos de Carrick de repente—. Su mujer murió poco después del nacimiento de Aron, su segundo hijo. Tuvo una hemorragia y no pudieron detenerla a tiempo.

—Eso es horrible. Lo siento mucho.

—Fue una época dura —admitió él—. Todos adorábamos a Thandi, y Ronan aún llora a su mujer.

—Es probable que lo haga toda su vida —respondió Sadie con tono triste.

—Bueno…, volviendo a ti —dijo él pasándose una mano por el pelo húmedo—. ¿Cómo te sientes con el embarazo?

—Bien, de verdad. No he tenido náuseas y estoy tan enérgica como siempre. No está muy avanzado aún, así que todo sigue como antes.

—Me lo creería si anoche no te hubieras quedado tan profundamente dormida en el sillón.

—Porque no he dormido mucho esta última semana. He estado haciendo planes. Y ensayando la mejor manera de contártelo.

Carrick la miró con el ceño fruncido. Sadie se sentó en el borde de la cama y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—No es fácil decirle a un hombre que estás embarazada. Y, sinceramente, no esperaba que reaccionaras con tanta calma como lo hiciste.

—Lo hecho, hecho está. Debemos enfrentarnos a lo que hay.

—Hablando de afrontar lo que hay… Eh… ¿Qué quieres hacer?

—¿A qué te refieres? Sadie se puso nerviosa.

—Solo quiero saber si deseas formar parte de la vida del bebé o si tienes intención de largarte.

—Quiero al bebé. Puede que no quiera una relación, pero sí quiero ser padre.

Pero no necesitamos decidir hoy cómo vamos a hacerlo. Tenemos tiempo. ¿Le has dicho a alguien más que estás embarazada?

—No, ¿por qué?

—Cuando salte la noticia, la prensa se nos echará encima. —La boca de Carrick se torció y su rostro se endureció—. Será un gran escándalo. —¿De verdad la prensa estaría tan interesada en esto?

—Oh, claro que sí.

Sadie recordó la búsqueda en Internet que había hecho sobre él y los muchos artículos que había encontrado detallando los aspectos más sórdidos de su matrimonio.

A la prensa le encantaba el drama, sobre todo en el seno de una familia de alto nivel como la de los Murphy. Y en los últimos cinco años se habían cebado bastante con ellos.

—Entiendo. Me parece bien mantenerlo en secreto. Carrick puso cara de preocupación.

—Vamos a tener un bebé y no sé casi nada de ti.

Eso era cierto. Habían compartido sus cuerpos, el más íntimo de los actos físicos, pero no sabían casi nada el uno del otro.

—Creo que tenemos que cambiar eso, Sadie —dijo él frotándose la barbilla—. Si vamos a criar a un hijo juntos, debemos ser amigos por lo menos. Tenemos que conocernos.

Sadie lo miró fijamente, dándose cuenta de repente de que no estaba sola en esto; iba a tener un padre para su hijo. Pero su química complicaba mucho la situación.

—¿Y esto? —dijo ella señalando la cama con la cabeza.

—El sexo es solo sexo. Y con el trabajo pasa lo mismo. Pero tampoco existe ninguna norma que diga que no podemos ser amigos y tener sexo, que no podemos trabajar juntos y acostarnos.

Estaba siendo muy racional, muy razonable. Esperaba una reacción muy distinta, mucho más intensa, y estaba muy agradecida de no haber tenido que padecer una escena desagradable. Todo había salido mucho mejor de lo que esperaba. La emoción y el cansancio se apoderaron de ella…

—¿¡Estás bien!? —preguntó Carrick con preocupación.

Sadie oyó su voz muy lejana, se sintió mareada y en un segundo se desplomó en la alfombra.

—¿Te desmayaste? —preguntó Hassan con tono divertido a través de la pantalla del portátil desde Abu Dabi.

—Sí… Me caí de bruces sobre la alfombra. Cuando recuperé el conocimiento, Carrick me echó un sermón sobre mi salud y me llevó al médico.

—¿Y qué te dijo el médico?

Sadie dio un sorbo a su té de menta antes de contestar. Tenía trabajo que hacer, pero necesitaba hablar con su viejo amigo. Técnicamente, era el príncipe Hassan Ramid el-Aboud, pero ella conocía a Hassan desde que estudiaron juntos en Princeton, hacía ya una década. Él había estudiado Ingeniería y ella Historia del Arte. Y por aquel entonces, aunque sabía que él era de Abu Dhabi, no sabía que era de la realeza…

En concreto, sobrino del rey de los Emiratos Árabes Unidos.

Hassan era su mejor amigo. La única persona con la que podía compartir su secreto. Y estaba segura de que él jamás se lo contaría a nadie.

—Me ha dicho que estoy embarazada. Que los desmayos son bastante comunes en el embarazo y que todo va bien.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hassan.

—Porque al salir de la consulta llamó a su asistente personal y le dijo que me consiguiera una cita con otro médico. —Sadie puso los ojos en blanco—. Quiere una segunda opinión.

Hassan se rio.

—¿Y piensas volver a acostarte con él?

Ojalá pudiera decir que no, pero sabía que las probabilidades de que Carrick y ella acabaran juntos en la cama de nuevo eran muy altas.

—Me gustaría decirte que no, pero mintiría.

La preocupación brilló en los ojos de Hassan.

—Acostarte con él es una cosa, pero enamorarte ya es algo más serio…

—¿Quién ha hablado de amor? —dijo un poco enfadada dejando su taza de té a un lado.

Los ojos marrones de Hassan reflejaban su preocupación.

—¿Qué opina Beth de que vayas a tener un bebé de Carrick?

—Eeh… No se lo he dicho.

Hassan enarcó las cejas.

—¿Sabes que no puedes ocultárselo para siempre?

—Carrick me pidió que mantuviera mi embarazo entre nosotros hasta que pasara el primer trimestre. Te lo he dicho a ti, pero no quiero contárselo a ella. Me sermonea sobre él, diciendo que no es el tipo de hombre que necesito en mi vida, que deja destrucción a su paso.

—También te diría que ya pasaste por un infierno con Dennis. ¿Por qué querrías pasar por eso de nuevo con Carrick?

El primer impulso de Sadie fue querer defender a Carrick. Quería decirle a Hassan que él no se parecía en nada a Dennis. O eso quería creer, pero apenas habían pasado tiempo juntos.

—Mira, no tengo ninguna duda de que Tamlyn exageró los pecados de Carrick —continuó hablando su amigo—. No es de las que aceptan el rechazo de brazos cruzados. Pero cuando me dijiste que estabas embarazada de él, me metí en Internet e investigué un poco. Vi numerosas fotos de Carrick y su ex juntos. Sadie, no parecían felices. No importaba lo que había sucedido en su matrimonio anterior, Carrick iba a estar en la vida de Sadie durante mucho, mucho tiempo. Era el padre de su hijo y siempre tendrían un vínculo.

Pero eso no significaba que tuviera que estar atada emocionalmente a él. Podían ser amigos, respetarse mutuamente, y con eso bastaría.

—Lo respeto, Sadie, de verdad, pero estoy preocupado por ti.

—¿Qué quieres decir?

Hassan parecía frustrado.

—Eres una mujer independiente y fuerte, pero una parte de ti aún cree en la unidad familiar idílica, en criar a tu hijo con una madre y un padre, preferiblemente en la misma casa. Sea como sea el trato con Carrick, va a ser una parte muy importante de tu vida. ¿Vas a salir a conocer a alguien más o te vas a enamorar de él solo porque está ahí y porque te hace arder las bragas?

—Cuando nazca el bebé, no voy a tener tiempo para salir. ¿Qué tiene de malo acostarse con Carrick mientras criamos juntos a nuestro hijo?

—Porque no eres de las que puede separar el sexo del amor a largo plazo. Si no aprendes a hacerlo, te enamorarás de él, Sadie. Y podría terminar rompiéndote el corazón.

Ella no iba a repetir los errores del pasado.

—No me va a hacer llorar, Hassan.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Sadie?

—Porque no se lo permitiré —le dijo con convicción en la voz—. Hay demasiado en juego como para dejar que me haga daño. No hay nada de lo que preocuparse, te lo prometo.

—Oh, Sadie, ojalá pudiera creerte…

Joa fue a la casa de Ronan para discutir los detalles sobre el cuidado de sus hijos, tal y como habían acordado. Cuando entró en la cocina, el silencio la dejó muy sorprendida. Según sus experiencias anteriores, las mañanas en una casa con niños eran una locura y esperaba que los chicos estuvieran desayunando, con Ronan preparándoles el almuerzo o las mochilas.

Echó el freno enseguida a sus pensamientos, no quería empezar a pensar en los otros padres para los que había estado trabajando y mucho menos quería compararlos con Ronan. Tenía un problema, y es que siempre se sentía atraída por hombres cuya vida giraba en torno a la familia.

Y creía que se debía a que ella nunca había tenido a sus padres. Su madre había sido una inútil y su padre… solo Dios sabía quién era.

El enamoramiento de sus anteriores jefes había sido más cerebral que físico, y sus fantasías habían girado en torno a lo que representaban: una

familia, tener a alguien a su lado, un hombre que le proporcionara una fuente constante de amor y seguridad.

Ronan no hacía sentir seguridad en absoluto.

Era un hombre estresado, lacónico, cortante y…

Y se sentía físicamente atraída por él. De una forma brutal. Pero ella preferiría tragar veneno antes que admitirlo ante él.

—¡Joa, estás aquí! Se nos hace tarde —dijo Ronan, sacándola de sus pensamientos y devolviéndola a la realidad.

Se quedó embobada mirándole. Iba vestido con un pantalón corto y una camiseta que se le pegaba al cuerpo marcando sus músculos.

—¿Estás bien? —le preguntó Ronan con las manos en las caderas.

Ella no dejaba de pensar en cómo sería tocar esos fornidos brazos y… Joa metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros para intentar controlarse y luego miró a Ronan a los ojos.

—Bue… Buenos días —tartamudeó. —Gracias por venir tan temprano. Los niños aún están durmiendo porque anoche se acostaron tarde. Luché con ellos, pero al final tuve que meterlos en mi cama con una película —dijo Ronan—. Hoy me espera un día de locos.

—¿Y eso? —preguntó Joa, tratando de mantener una conversación normal.

—El trabajo de hoy es una locura y llegaré tarde a casa esta noche. Tengo una venta de artículos de colección deportiva.

¿Esperaba que empezara a trabajar de niñera esa noche? Había ido hasta allí esa mañana solo para hablar sobre la descabellada sugerencia de Keely, no para empezar a trabajar. Estaba allí por cortesía, eso era todo. Ya no quería cuidar niños, ¿por qué nadie parecía entenderlo?

—Keely se cree la jefa de todo el mundo, pero vi tu cara de horror cuando te propuso trabajar para mí. Sé que la situación no es tan sencilla como ella la pintó —explicó Ronan—. He conseguido a alguien para que se quede con ellos esta noche.

Joa arqueó las cejas, preguntándose en silencio quién habría accedido a ayudarle.

—Mi hermano Finn se encargará de ellos. Con suerte, terminaré a las diez.

Recordó que Ronan era el subastador jefe de Murphy, así como su director de operaciones en todo el mundo.

—Pensé que solo te encargabas de las grandes ventas.

Ronan asintió.

—Normalmente dejo que los subastadores más jóvenes se encarguen de las ventas más pequeñas, pero el chico que se encarga de los artículos deportivos lleva dos días en el hospital por una apendicitis. Tengo otros subastadores, pero es una venta importante y prefiero encargarme yo y que no haya problemas.

—Me gustaría ver una subasta —admitió ella.

—Siempre eres bienvenida, aunque supongo que estarás en la subasta de la colección de Isabel. Será una de las mayores subastas que haya realizado ninguna casa.

Keely y ella habían acordado subastar su enorme colección para engrosar las arcas de la fundación de Isabel. El dinero recaudado financiaría muchos proyectos en el área metropolitana de Boston, incluyendo el refugio en el que Joa había estado quince años atrás.

—Vuestro Homer perdido será el último objeto subastado, si Sadie consigue demostrar su procedencia.

Joa se sentó en uno de los taburetes de la isla y las miradas de ambos se cruzaron. Vio que sus ojos se abrían ligeramente y bajaban hasta la boca de ella. Notó que tragaba saliva y, cuando se pasó las manos por la cara, supo que él también se sentía incómodo con la química que bullía entre ellos.

—Si vienes a trabajar para mí, no pasará nada entre nosotros, Joa.

Vaya, qué directo.

—Si viniera a trabajar para ti, cosa que no pienso hacer, puedes estar seguro de que no pasaría nada. —Se alegró de que el tono de su voz sonara firme.

—Es que no quiero que pienses que, por ser amiga de Keely y heredera de Isabel, voy a cambiar mi postura. Solo estarías a mi servicio.

¿Pero es que no había escuchado nada de lo que acababa de decir?

Joa luchó contra las ganas de gritar.

—No tengo intención de trabajar de niñera otra vez. Y no me hago ilusiones con nada, Ronan.

—¿Seguro? Porque sé que me has estado observando.

Dios, era brusco. Y grosero. Ella sabía que él esperaba que se sonrojara, que tartamudeara, tal vez que se disculpara. Al diablo con eso.

—Soy una mujer de treinta años que hace tiempo que no tiene sexo y tú un hombre muy guapo. Pero el mundo está lleno de hombres guapos y yo no me dedico a ir por ahí acostándome con todos, así que creo que puedes estar tranquilo.

—Perdona, no quería hacerte sentir incómoda, pero creo que es mejor aclarar las cosas…

—No hacía falta aclarar nada —espetó Joa—. ¡Tú y Keely me estáis volviendo loca! Te recuerdo que no necesito un trabajo y que, si estuviera considerando ayudarte, cosa que no estoy haciendo, solo te estaría haciendo un favor cuidando a tus hijos hasta que encuentres una niñera decente.

Joa se bajó del taburete y sacudió la cabeza muy enfadada.

—No sé ni qué hago aquí. No quiero trabajar de niñera, ni tú quieres contratarme. Quizá sea mejor que busques a otra.

—Lo haría si pudiera. —Ronan maldijo y se frotó la mandíbula con la mano—. Mira, no quería molestarte…

—Lo que me molesta es que pienses que soy una de esas mujeres que utilizaría a tus hijos para colarse en tu vida. Sí, me atraes, pero nunca me he abalanzado sobre un hombre en mi vida y tú no serás el primero. No estoy tan desesperada. Ronan se cruzó de brazos y los músculos de sus bíceps se tensaron.

—¡Y si no quieres que te miren, ponte una camisa! —añadió Joa.

Ronan soltó una maldición y salió de detrás del mostrador en dirección a la lavandería. Y… ¡sorpresa!, sus pantalones estaban abultados por una erección dura como el acero. La estaba sermoneando cuando él estaba igual de afectado que ella.

—¿En serio? —dijo Joa señalando el bulto de sus pantalones cortos—. Yo diría que te sientes tan atraído por mí como yo por ti.

—Se llama erección matutina. —Venga ya… —Eres una mujer sexy y sí, me atraes. Pero no va a suceder nada entre nosotros.

—Claro que no. Prefiero que mis amantes estén excitados por llevarme a la cama, no por estar enfadados y resentidos.

Ya era hora de acabar con aquella situación y seguir adelante. Joa se levantó y agarró su bolso, echándoselo al hombro.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte. Espero que encuentres a alguien pronto.

Ronan se pasó las manos por el pelo y puso cara de horror.

—¿Qué?

—Mucha suerte, Ronan —dijo Joa, caminando hacia la puerta. Antes de salir, se volvió forzando una sonrisa—. ¡Ah! Y si no quieres que tus empleadas te deseen, te sugiero que te pongas una ropa un poco más recatada cuando hagas las entrevistas de trabajo, Murphy. Andar por ahí semidesnudo podría dar a las niñeras potenciales una impresión equivocada.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Seis

Sadie entró en el pequeño despacho que le habían asignado en Murphy International, se sentó en la silla y miró la pantalla de su ordenador. Tenía mucho trabajo, pero era incapaz de concentrarse. No hacía más que pensar en Carrick. ¿Quién le iba a decir que, cuando aceptó el trabajo, a las pocas semanas se encontraría embarazada y obsesionada por un hombre que le hacía hervir la sangre?

Volvió a pensar en su conversación con Hassan y a reflexionar sobre su situación. Sí, Carrick era un hombre duro, tenía que serlo para dirigir una multinacional de éxito como la que tenía entre manos, pero hasta ahora no había visto ni un ápice del imbécil que le había descrito. Tampoco había notado nada malo en la forma en que trataba a sus empleados, ni con sus hermanos ni sus amigos.

Sadie suspiró. Quizá solo quería ver las cosas buenas de él y esperaba que con ella fuera un hombre distinto a como lo fue con Tamlyn. Quizá veía a Carrick con ingenuidad. Era el padre de su futuro hijo, era natural que quisiera ver lo mejor de él.

A Sadie empezó a dolerle la cabeza de repente. Respiró hondo un par de veces, sintió que sus niveles de tensión bajaban y se dijo a sí misma que se estaba estresando por nada. No iba a casarse con Carrick, ni a enamorarse de él.

Y si se portaba mal con su hijo, ella se aseguraría de protegerlo.

—¿Por qué frunces el ceño?

Sadie levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Y allí estaba el hombre que le producía dolor de cabeza.

—Solo un poco de frustración en general —dijo ella forzando una sonrisa.

—¿Por el bebé o relacionado con el arte?

—Ambos —respondió Sadie mientras lo observaba apoyado en el marco de la puerta. A juzgar por sus ojos cansados y su pelo desordenado, parecía que había tenido un día duro. Ella luchó contra el impulso de levantarse y rodearle la cintura con los brazos para abrazarle fuerte—. Pareces cansado.

—Buf… Menudo día he tenido —admitió, sorprendiéndola.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los artículos más importantes para la subasta de la próxima semana ha sido retirado.

—¿Por qué?

Carrick puso mala cara.

—A mi cliente le dijo su guía espiritual que no era un buen momento para vender, que debía esperar nuevas instrucciones.

Sadie abrió los ojos de par en par.

—Te lo estás inventando.

—Hablo en serio. La locura y el dinero son una combinación volátil. —Carrick se sentó en el borde de su escritorio y se frotó la nuca—. Nuestro sistema de nóminas se ha estropeado, así que me he pasado la tarde gritando al Departamento de Informática para que lo solucionen. Para rematar, mi asistente personal está enferma y yo soy un malcriado, no me gusta hacerme mi propio café.

Sadie sabía que Marsha era su mano derecha y que ir a por café era lo menos importante que hacía por él.

—¿Está muy enferma? ¿Cuándo volverá al trabajo?

—Solo Dios lo sabe —respondió Carrick—. Tiene bronquitis y no puede hablar. Ha estado trabajando desde casa y… no está muy contenta conmigo. Sadie frunció el ceño.

—¿Y por qué sigues enviándole trabajo?

Carrick negó con la cabeza.

—No lo hago. Está enfadada porque pedí que la bloquearan fuera del servidor para que no pudiera trabajar. Es la única forma de que descanse. Marsha es el doble de adicta al trabajo que yo.

Oh. Eso era muy considerado. Y muy poco propio de Dennis…Sadie vio a Ronan pasar junto a su puerta abierta, lo vio frenar y luego retroceder.

—¡Te estaba buscando! —le dijo a Carrick con una sonrisa.

—¿Algún problema? —preguntó frotándose las sienes con los dedos índices.

—Eso siempre —dijo su hermano pequeño con tono alegre.

Carrick maldijo y Sadie vio la mirada de preocupación que Ronan le lanzó. Los hermanos estaban muy unidos y ser consciente de ello la hizo sentirse emocionada y un poco perdida.

Hacía que echara de menos a su familia.

—Pero no te preocupes, puedo manejarlo solo —dijo Ronan—. Voy a ir a tomar una copa en el Pig and Plough. ¿Os gustaría acompañarme?

—¿Quién está con los niños? —preguntó Carrick.

—Finn se ofreció a pasar la tarde con ellos. Iban a ir a esa tienda de mascotas que hay tan grande.

Los Murphy se ayudaban entre ellos y Sadie no pudo evitar sentir envidia. Nada que ver con sus hermanos…

—Me envió un vídeo de los chicos.

Ronan sacó su teléfono para enseñárselo. Carrick sonrió en cuanto vio a los dos niños sentados en un corralito lleno de cachorros de husky siberiano. Reían sin control mientras los perritos les comían el pelo, les lamían la cara y roían sus zapatillas.

—Te van a dar la lata para que tengáis un perro hasta que cedas —comentó Carrick sin dejar de reír.

Sadie revolvió la olla aún más:

—No se conformarán con uno. Cada uno querrá el suyo.

—Si hacen felices a mis hijos, les compraré una docena. —Miró a Carrick—. ¿De dónde sacaste a Jazz? Maldita sea, era un gran perro.

¿Jazz? Sadie frunció el ceño. Había oído ese nombre antes. Ah, sí, era el nombre del perro que había sido la manzana de la discordia durante el divorcio de él y Tamlyn. Carrick había resuelto la discusión sobre la custodia sacrificando al perro.

Sadie no entendía cómo podía matar a un perro para resolver una discusión.

—Lo saqué de un refugio. Ronan frunció el ceño, confuso.

—Pero si tenía papeles; tenía pedigrí. Tamlyn nos dijo que tenía un árbol genealógico más largo que el nuestro.

Carrick torció la boca.

—Jazz era un chucho. Un chucho adorable, pero un chucho al fin y al cabo.

Sadie se dio cuenta de que no intentaba explicar o excusar las mentiras de Tamlyn; se limitaba a decir su verdad, con calma y precisión.

Necesitaba saberlo. Tenía que saberlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Carrick la miró y asintió con la cabeza.

—¿Por qué sacrificaste a Jazz?

—Tenía cáncer de intestino. Tamlyn adoraba a ese perro, pero no quería enfrentarse al hecho de que estaba sufriendo mucho dolor. Hice lo mejor para el perro.

—Pero ella…

Ronan empezó a hacerle señas sacudiendo la cabeza detrás de Carrick. Ella dejó de hablar de inmediato. No importaba lo que Tamlyn hubiera dicho. Ahora tenía su versión de lo que había pasado. Entonces, Carrick la atravesó con una mirada gélida como nunca antes le había visto.

—¿Te importaría decirme cómo te has enterado de lo de mi perro? Porque fue una de las pocas cosas que no salió en la prensa.

A Carrick no le importaba lo que el mundo pensara de su matrimonio, ni cómo lo veían los miembros de la alta sociedad de Boston. La gente que le importaba lo conocía por lo que era. Sabían cómo se había comportado durante su matrimonio. Sus hermanos y sus amigos íntimos sabían que podía ser impaciente y exigente, pero también sabían que nunca había sido un maltratador ni un hombre cruel.

Sí, su matrimonio había fracasado. Pero las historias que circulaban por ahí no se basaban en nada remotamente parecido a la verdad. Y dado que Sadie había oído hablar de Jazz, eso indicaba que sabía más que la mayoría.

Y, por la confusión que veía en sus ojos, ella se había creído todo lo que había oído.

A Carrick se le revolvió el estómago. La madre de su futuro hijo dudaba de su carácter, no estaba segura de cómo la trataría en el futuro.

Por primera vez, sus ganas de explicarse fueron casi más fuertes que su orgullo.

Casi, pero no del todo.

—Dime, ¿cómo te enteraste de lo de Jazz?

Sadie apretó los dientes, nerviosa.

—Beth es…

—Sé quién es Beth —la interrumpió Carrick.

—Bueno…, Beth es mi asistente virtual. Y también es una vieja amiga.

Carrick cerró los ojos, sintiéndose mal. Después de Tamlyn, Beth era la mayor propagadora de rumores sobre su matrimonio, y creía al instante cualquier cosa que dijera su hermana mayor. Si de verdad eran amigas, Dios sabe qué mentiras le habría contado a Sadie.

—También soy amiga de Tamlyn.

Oh, sí, la cosa iba mejorando por minutos.

—Bueno, entonces obtuviste la información de primera mano… —dijo él con cara de enfado—. ¿Te importaría decirme por qué nunca me informaste de que tenías relación directa con mi exmujer?

Sadie le sostuvo la mirada.

—No pensé que fuera relevante para la relación laboral que teníamos. Solo he oído una parte de la historia, Carrick. No he oído la tuya.

—Y nunca la oirás.

Sadie frunció el ceño.

—Bueno, entonces la gente seguirá creyendo la versión de la historia de Tamlyn.

—La gente puede pensar lo que quiera. Yo no tengo control sobre eso.

—Claro que sí. Puedes rebatirla. Puedes contar tu versión de la historia.

—¿Mi versión de la historia? ¿Cuántos años tenemos, diez? —Carrick se burló. —Mi matrimonio se acabó. Nunca hablo de ello y no le debo a nadie una maldita explicación.

En sus ojos brillaron el dolor y el enfado.

—¿Ni siquiera a mí?

Y menos a ella. Necesitaba que ella le creyera, sin pruebas, sin pensarlo.

Iban a estar el uno en la vida del otro durante mucho tiempo y, como madre de su hijo, ella iba a ser una de las personas más importantes de su vida. Necesitaba que ella le viera sin el filtro de las percepciones de los demás.

—Hay razones por las que me resulta fácil creerla, Carrick —afirmó Sadie en voz baja.

Carrick se frotó la frente, de repente, un fuerte dolor de cabeza le presionaba el cráneo.

Cuando las voces y las risas reinaban por toda la casa histórica de Beacon Hill en la que Carrick vivía, él tenía la sensación de que su padre acababa de salir de la habitación y que su madrastra, Raeni, estaba en la cocina, preparando uno de sus famosos cócteles.

Sus sobrinos jugaban con sus viejas piezas de LEGO en la alfombra oriental del otro extremo de la habitación. Le recordaba a los viejos tiempos.

Observó a sus sobrinos durante un minuto, con el corazón encogido al pensar que, en unos años, sería su hijo el que estaría en la alfombra jugando con coches, bloques o muñecas. Carrick miró al otro lado de la habitación, donde Sadie hablaba con las hermanas de Levi, Jules y Darby, y sus ojos se posaron en su vientre aún plano. No la había vuelto a ver desde aquella conversación sobre su pasado hacía dos días. Él había estado fuera de la ciudad.

Cuando se enteró de que Tanna había vuelto a Boston con Levi, organizó esa reunión improvisada desde Nueva York con la ayuda de Marsha, y llamó a Sadie para sugerirle que se uniera a ellos. La había echado de menos, maldita sea.

—¿Sigues enfadado porque no te conté lo de Beth y Tamlyn?

No le hacía mucha gracia, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

—No.

—¿Has cambiado de opinión sobre hablarme de ella? —preguntó Sadie.

¿Que le hablara de Tamlyn? Antes se acabaría el mundo.

—No.

Ella había soltado un «vale» en voz baja, pero no se había comprometido a asistir a la reunión. Así que él se había sorprendido, y se había puesto muy contento, al verla entrar en su casa esa misma noche. Entonces, cuando ella se quitó el abrigo y la vio con su vestido de cóctel negro supercorto, tuvo que luchar contra el impulso de llevarla a su dormitorio. No podía resistirse a ella… Maldita sea.

Carrick volvió al presente y echó un vistazo a su alrededor. Finn estaba en un rincón hablando con Mason y Ronan, pero se dio cuenta de que su hermano pequeño no prestaba atención a la conversación y que no paraba de mirar a Joa Jones. Entonces, los ojos de Ronan bajaron hacia sus hijos, y los de Joa abandonaron a Sam y Aron para mirar a Ro.

Vaya, vaya, vaya… Carrick sintió movimiento a su lado y miró a su hermana. La atrajo hacia sí.

—Levi y tú parecéis tan felices, Tanna. Me alegro mucho de que estés de vuelta en Boston, de que te unas a nosotros en Murphy International y de que vaya a poder mandar en ti a diario.

Tanna le sacó la lengua. Ambos se rieron y él la rodeó por la cintura con los brazos, como solía hacer cuando era pequeña. Él la había criado, con la ayuda de sus hermanos, desde que ella tenía diez años. Ahora era Levi quien la cuidaba.

Aunque una parte de él siempre seguiría preocupándose porque estuviese bien. Era su hija, maldita sea, además de su hermana. Y ahora tenía que criar a un niño desde el principio. Iba a amar, proteger y criar a su propio bebé.

Carrick besó a Tanna en el pelo, la soltó y dio un paso atrás.

—Disfruta de tu fiesta de bienvenida, Tan.

Ella le dedicó una sonrisa llena de emoción y, justo cuando iba a decir algo, Levi apareció, agarrando a Tanna por la cintura.

—¿Cariño, puedo hablar con tu hermano un momento?

Tanna asintió, le dio un beso y se alejó.

Carrick enarcó las cejas y miró a su amigo, que parecía algo nervioso.

—Umm… Normalmente le preguntaría esto a tu padre, pero… ya sabes.

—No sé de qué estás hablando —fingió que no tenía ni idea Carrick—. Oye, ¿viste el partido de anoche?

—No, yo… Carrick, escucha… Eeh…

—Fue una mierda. El árbitro…

—¡Maldita sea, Carrick, estoy tratando de decirte algo!

—¿Algo más importante que el partido? —se burló de él.

—¿Puedo casarme con tu hermana o no? —preguntó Levi, mostrándose impaciente y más nervioso todavía.

—¡Cálmate! —dijo Carrick poniéndole una mano en el hombro—. Sabes que me parece bien. Y tampoco es que necesites mi aprobación.

—Me alegro.

Ahora Levi parecía más tranquilo. Carrick le tendió la mano y, cuando la de Levi se cruzó con la suya, tiró de su amigo para darle un abrazo.

—Felicidades. Me alegro de verdad por ti.

—Gracias —respondió Levi, ahora con una amplia sonrisa.

—Bueno…, uno menos. Todavía te faltan dos.

Levi apartó los ojos de Tanna para mirar con el ceño fruncido a Carrick.

—¿Qué quieres decir?

—Te doy mi bendición, pero también necesitas la de Ronan y Finn —dijo Carrick, riéndose por dentro. Le encantaba tomarle el pelo a Levi—. Ellos ayudaron a criar a Tanna. Creo que es justo que se lo pidas a ellos también.

—¿Te das cuenta de que en realidad no necesito vuestro permiso? —refunfuñó Levi. Soltó una maldición y cruzó la habitación dando pisotones hasta donde estaba Ronan. Luego le hizo un gesto con la cabeza a Finn para que se uniera a ellos. Y Carrick no pudo evitar que se le escapara la risa.

Sadie le tocó el codo y enarcó las cejas.

—¿Qué estás tramando, Carrick Murphy?

Él se dio la vuelta y la recorrió con la mirada. —Levi me pidió permiso para casarse con Tanna. Sentí que era mi deber hacérselo pasar mal.

Ella puso los ojos en blanco.

—Cómo sois los hombres. De verdad…

—Creo que anunciarán su compromiso esta noche.

—Eso es maravilloso. —Sadie cambió de un pie a otro sintiéndose un poco incómoda—. Pero no puedo evitar pensar que no debería estar aquí, que me estoy colando en esta fiesta.

—En el momento en que concebiste a mi hijo pasaste a formar parte de esta familia —dijo él en voz baja—. Puede que ellos aún no lo sepan, pero yo sí. Tienes todo el derecho a estar aquí.

Sadie parecía dudar, pero en lugar de discutir se limitó a sonreír. Él tiró de ella hacia la mesa de bebidas y, tras ofrecerle un mojito sin alcohol, se sirvió un whisky. Sadie le dio las gracias y, mientras daba un sorbo a su bebida, se dio cuenta de que Carrick no dejaba de mirar a su hermana.

—Debió de ser aterrador tener la responsabilidad de una niña de diez años.

Lo había sido y a Carrick no le importaba admitirlo.

—Lo fue, pero ¿qué otra opción teníamos? Entre todos hicimos que funcionara.

—¿Y cómo os las arreglasteis para estudiar, tener citas…, ya sabes, tener una vida?

—Yo dejé la universidad para trabajar a tiempo completo en Murphy International. Por suerte, teníamos un equipo directivo increíble que se ocupó de la empresa hasta que tuve la edad y la experiencia suficientes para dirigirla yo solo. Ronan y Finn terminaron la universidad y se unieron a mí cuando acabaron.

—Lamento que no hayas podido terminar tus estudios, Carrick.

A veces pensaba que le gustaría tener un título colgado en la pared, pero lo había aprendido todo por experiencia laboral, los libros y el equipo directivo, y creía que lo estaba haciendo bien. Aún no se había cargado la empresa. De hecho, habían tenido uno de sus mejores años.

—Supongo que lo pasaste muy mal cuando te enteraste de su accidente.

Fue la peor noche de su vida. Carrick dio un sorbo a su whisky y miró fijamente su vaso. Se estremeció, recordando su pánico, aquellas horas de ansiedad esperando saber si ella sobreviviría.

—Levi fue el primero en llegar al hospital. Fue en ese momento cuando se enamoraron.

—¿Y se casan ahora, después de tanto tiempo?

—Se prometieron entonces, pero Tanna era muy joven y se echó atrás unos días antes de la boda —le explicó él.

—No creo que vuelva a ocurrir —dijo Sadie sonriendo mientras observaba a la feliz pareja.

—Más vale que no —gruñó él—. La última no-boda me costó una maldita fortuna.

—En realidad no te importa el dinero. —Ella lo tomó de la mano y le apretó los dedos—. Eres un hermano increíble, Carrick. Es evidente que Tanna te adora.

Él miró los dedos entrelazados.

—Gracias por invitarme esta noche. Hacía mucho tiempo que no asistía a una reunión familiar. —Parecía algo avergonzada—. Viajo mucho y no suelo asistir a reuniones familiares. Bueno, excepto a las de la familia de Hassan.

Carrick vio la ternura en sus ojos y notó el tono suave en su voz.

—¿Y quién es Hassan? —preguntó Carrick, sintiéndose un poco celoso de repente. —Es el príncipe Hassan Ramid el-Aboud. Estaba con él en Abu Dabi cuando me pediste que te ayudara con el Homer.

¿«Estaba con él»? ¿Desnuda con él? Necesitaba definir ese «con él» y necesitaba hacerlo rápido.

—Explícate… —le pidió él.

—Bueno, se habló de casarnos —respondió ella en tono alegre, y Carrick sintió que la presión en su cabeza se expandía.

—¿Te ha pedido que te cases con él?

Sadie dio un sorbo a su mojito.

—Ajá…

¿Iba a tener un hijo con él y hablaba de casarse con otro? ¡Diablos, no! —¿Hablas en serio?

—Claro. Su familia me adora y he estado en la boda de su hermana y en la celebración del cuadragésimo aniversario de boda de sus padres. Hassan es hijo único y está muy mimado. Están deseando casarlo.

—¿Y te han elegido a ti? ¿A una americana no musulmana?

—Su madre es británica y me quieren mucho.

—¿Y le has dicho que estás embarazada de mi hijo? —exigió Carrick, tratando de mantener la voz baja, pero incapaz de ocultar su furia.

—Claro —le dijo Sadie sin perder el tono alegre—. A Hassan le parece bien. Incluso está emocionado.

—¡No te vas a casar con él y ese hombre no va a criar a mi hijo! —Carrick y todos los invitados se giraron, con los ojos muy abiertos.

Sadie comenzó a reír. Vaya manera de decirle al mundo que iba a haber otro Murphy, que Dios les ayudara dentro de ocho meses. Por suerte, sus amigos y familiares sabían guardar un secreto. Ella no podía parar de reír y, tras guiñarle un ojo a Levi, él se acercó y chocó los cinco con Sadie. Luego, ella se volvió hacia Carrick y negó con la cabeza.

—Me estaba metiendo contigo, Carrick, igual que tú te metiste con Levi antes. Y no, no voy a casarme con Hassan, ni ahora ni nunca. Aunque su familia piensa que soy fabulosa, saben, al igual que Hassan y yo, que nunca seremos más que amigos. Estás un poco pálido. ¿Quieres sentarte?

Sadie le puso las manos en las mejillas y siguió riendo con la cara a centímetros de sus labios.

Esa mujer lo estaba volviendo loco.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Siete

Sadie ya se había puesto el abrigo y se estaba enrollando la bufanda al cuello cuando Carrick le tocó el codo. Ella se volvió y él le habló al oído:

—Quédate.

Él se alejó un momento para despedirse de sus otros invitados y ella se quedó mirando su ancha espalda, con ganas de irse, pero deseando más aún quedarse. Si no seguía a sus amigos y familiares hasta la puerta, era muy probable que acabara de nuevo en la cama de Carrick. Y la línea que separaba el sexo del afecto cada vez era más difusa.

No podía, no quería, enamorarse de Carrick. Ya se había enamorado una vez y le había dolido muchísimo.

Podía ser amiga, podía tener relaciones sexuales, podía ser madre compartida, pero entregar su corazón a un hombre era ir demasiado lejos. Y cuanto más tiempo pasaba con Carrick, más se daba cuenta de que él no se parecía en nada al hombre que Tamlyn y Beth le habían pintado.

Debería irse. Pero en lugar de cruzar la puerta, se quitó el abrigo y la bufanda y lo colgó todo en el perchero.

Ella no iba a ninguna parte… Al menos no esa noche.

Sadie regresó por el pasillo y, al pasar por delante del comedor, un cuadro llamó su atención. No tardó en oír unas pisadas y, cuando se detuvieron en la puerta, giró la cabeza para mirar a Carrick.

—Estaba preguntándome si es un Caravaggio de verdad o no.

Él sonrió.

—No. Es de uno de sus aprendices, no sabemos cuál, pero estamos seguros de que no es del maestro.

—Sigue siendo igual de emotivo. —Sadie señaló el rostro de la Virgen, impregnado de amor por su hijo recién nacido—. Es precioso.

—El vínculo madre-hijo —dijo Carrick, acercándose a ella, con las manos en los bolsillos de sus pantalones negros— es un tema universal.

Sadie apoyó la mano en el respaldo de una de las altas sillas del comedor y mantuvo la mirada fija en el rostro sereno de la madona.

—¿Recuerdas a tu verdadera madre?

Carrick se tensó, pero luego asintió.

—Solo un poco. Tenía seis años cuando murió. La recuerdo leyendo un libro. También recuerdo su perfume, que le encantaba abrazar y lo pálida que estaba cuando se ponía enferma.

—¿Cómo murió?

—De un cáncer —respondió él con cara apesadumbrada—. Se lo diagnosticaron un mes de enero y se fue en abril.

—Vaya, fue muy rápido. Lo siento mucho. ¿Y cuándo entró vuestra madrastra en vuestras vidas?

—Yo tenía ocho años —respondió Carrick, suavizando su expresión—. Nos reunió a todos y nos hizo sentir… No sé cómo explicarlo… ¿Seguros? ¿Amados? ¿Completos? Mi padre lo intentó, pero no sabía cómo lidiar con tres niños confundidos y con el corazón roto. —Ahora la expresión de Carrick era pura de culpa—. No debería hablar así de él. Lo hizo lo mejor que pudo mientras lidiaba con su propio dolor.

—No estabas criticando a tu padre, Carrick, solo constatando un hecho —trató de tranquilizarlo ella.

—Raeni tenía un corazón enorme y una profunda capacidad de amar. Tuvimos mucha suerte de que papá la conociera y se casara con ella. —Carrick miró a su alrededor e hizo una mueca—. Hace bastante frío aquí. Volvamos al salón.

—Me encantaría una taza de té —dijo ella con una sonrisa.

Carrick le sugirió que se acomodara en uno de los sofás del salón mientras él le preparaba la infusión en la cocina. Cuando regresó, le tendió la taza y luego se dejó caer al lado de Sadie en el sofá, quitándose los zapatos y apoyando los pies en la mesita.

—Estoy muy contento de que Tanna vuelva a vivir en Boston y de que vaya a casarse con Levi. Hace mucho tiempo que debería haberlo hecho.

—Creo que las cosas suceden cuando tienen que suceder. Tal vez no era el momento adecuado para ellos entonces y ahora sí. —Sadie agarró su taza y envolvió su cálida superficie con las manos—. ¿Dijiste que se conocieron y se enamoraron mientras ella se recuperaba de su accidente?

Carrick se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Sí. Ella tenía diecinueve años y heridas bastante graves. Aquella noche fue, probablemente, una de las peores de mi vida. Y los meses posteriores tampoco fueron divertidos. Tamlyn me ayudó mucho. —Hizo una mueca—. Ella se portó muy bien, para ser honesto. Evitó que me volviera loco.

Sadie trató de ignorar los celos repentinos que le recorrían el cuerpo.

—Me alegro de que fuera así. —Y se alegraba de verdad; nadie debería pasar por algo tan horrible solo.

—Es curioso pensar que entonces todos estábamos con nuestras esposas, aunque ninguno de nosotros estaba casado —dijo Carrick, con la voz ronca por el cansancio—. Ronan estaba con Thandi, Finn con Beah. Se habían conocido unos meses antes. Al cabo de un año, todos estábamos casados. Y ninguno de nuestros matrimonios funcionó. Raeni habría odiado eso. Odiaría saber que, diez años después, todos estamos emocionalmente marcados, y asustados por si nos equivocamos de nuevo.

—¿Y no lo estamos todos? —murmuró Sadie—. Divorciarse hace mella en la confianza de uno mismo.

Carrick giró la cabeza para mirarla.

—¿Estuviste casada?

—Sí.

—¿Cuánto duró tu matrimonio?

—Tres años —dijo ella antes de llevarse la taza a los labios.

—¿Y qué pasó?

Sadie quería cambiar de tema porque odiaba hablar de Dennis y dar explicaciones de su fracaso. Pero si se lo contaba, tal vez él entendería por qué se había creído lo que le habían dicho sobre su matrimonio con Tamlyn.

—Me advirtieron sobre él —admitió.

—¿Quién te avisó?

Sadie dejó la taza y se agachó para quitarse los zapatos de tacón. Subió los pies al sofá y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Por aquel entonces trabajaba en una galería de arte de Charles Street y estaba cerrando cuando vi a una mujer esperándome. Me preguntó si podíamos hablar y le dije que sí, así que fuimos andando a una cafetería al otro lado de la calle.

Carrick le puso una mano en la rodilla.

—¿Y qué te dijo?

—Que era un maltratador y un controlador, que no era un buen hombre —respondió Sadie—. Estuvo con él unos años. Pensó que iban a casarse, pero él le hizo promesas que nunca cumplió.

—¿La creíste?

Sadie negó con la cabeza.

—Él no era así conmigo, no entonces. Se lo comenté a Dennis y me dijo que ella no se tomó bien su ruptura, que nunca le hizo promesas y que era un poco inestable.

—Y tú le amabas y querías creerle.

Sí, lo había hecho.

—Fue el novio perfecto. Y en nuestra luna de miel también fue el marido perfecto. Pero cuando volvimos a la ciudad las cosas empezaron a desmoronarse. Aquella mujer me dijo que no me casara con él. Debí hacerle caso —añadió Sadie.

—¿A una extraña que apareció de la nada y empezó a hablar mal de tu novio? —Carrick levantó las cejas—. Si tuvieras un mínimo indicio de que fuera un cabrón, entonces te diría que sí, que podrías haberla escuchado, pero en ese momento él te estaba haciendo feliz.

—Y como habíamos estado bien al principio, nadie me creyó cuando dije que me trataba mal y me controlaba. Por eso tengo tendencia a creer lo que las mujeres dicen de sus parejas.

Carrick se incorporó lentamente, con los ojos fijos en su rostro.

—¿Por eso creíste todo lo malo que oíste de mí?

Sadie asintió con la cabeza y continuó su relato:

—Se lo conté a mi familia y me dijeron que exageraba. Al día siguiente de contarles lo mal que estaba mi matrimonio, lo horrible que era Dennis conmigo, mi padre aceptó entradas para ver un partido de los Red

Sox con él. Se lo conté a mi hermana, y más tarde me enteré de que ella y mi madre habían mantenido largas conversaciones sobre mí, tratando de encontrar la manera de llevarme a un psicólogo. Que yo no estaba pensando con claridad.

Carrick se quedó mirándola, horrorizado.

—Se lo conté a algunos amigos, pero de algún modo mis palabras siempre volvían a Dennis y el maltrato se intensificaba. Nuestros amigos empezaron a rehuirme, mis propios amigos no me creían y mi familia quería que buscara ayuda psicológica. Pero yo seguía intentando que me escucharan. Y cada vez que pisoteaban mis sentimientos, cada vez que defendían a Dennis, sentía que volvía a experimentar el abuso emocional.

—Lo siento mucho, Sadie.

—No he hablado con nadie de mi familia desde el divorcio —admitió ella.

—¿Fue tu elección o la de ellos?

—Ambas cosas, supongo. Nunca me puse en contacto con mi familia después de firmar los papeles y ellos tampoco lo han hecho. He oído que Dennis sí tiene contacto con todos, sé que visita con frecuencia la casa de mis padres y a mis hermanos. Pasaron el último Acción de Gracias todos juntos.

—Vaya… Secuestró a tu familia y a tus amigos —dijo Carrick, con cierto tono de rabia en su voz—. En serio, ese hombre se merece que le arreglen la cara de un puñetazo, yo estaría encantado de hacerlo.

Sadie sonrió al imaginarse la escena. La expresión de Carrick se volvió pensativa.

—Tal vez deberías contactar con tu familia, Sadie. Hacerles saber que estás bien.

Había pensado en hacerlo, sobre todo porque tenía un hijo en camino, pero tenía miedo. Su familia la había decepcionado tantas veces que no quería arriesgarse a contarles que estaba embarazada de una aventura de una noche y que iba a ser madre soltera.

Si ya era la oveja negra, qué dirían ahora…No quería sufrir más y no estaba preparada para enfrentarse a ellos.

—Siento que nadie te creyera, Sadie —dijo Carrick, con voz grave—. Te prometo que siempre…

Sadie levantó la mano para impedir que siguiera hablando.

—Por favor, no prometas algo que no puedas cumplir, Carrick. —Su voz se quebró—. No podría soportarlo.

—Haré todo lo posible para no decepcionarte, Sadie —dijo él acariciándole el pelo.

En otro momento de su vida, esas palabras la habrían reconfortado. Pero ahora, la idea de que él también acabara pisoteando su corazón, la aterrorizaba.

Sadie, con la cabeza apoyada en el pecho de Carrick, levantó los ojos hacia el cuadro que tenía sobre la cabeza y soltó un suspiro de fastidio. A pesar de haber pasado más horas de las debidas investigando el cuadro, aún no estaba cerca de descubrir quién era el artista o por qué le resultaba tan familiar.

Para alguien que se enorgullecía de sus amplios conocimientos sobre arte, aquel rompecabezas resultaba muy frustrante.

—Ese cuadro acabará volviéndote loca —le dijo Carrick al ver que ella no le quitaba el ojo de encima—. Acepta que nunca sabrás quién lo pintó ni por qué.

—Eso no va a pasar —respondió ella. Bajó la cabeza y miró la cara sonriente del hombre desnudo sobre el que estaba tumbada. Tras estirarse, él le dio un dulce beso en los labios.

Sí, despertarse con Murphy era una forma espectacular de empezar el día.

La noche anterior habían ahondado en su pasado, en su turbio matrimonio, pero él no le contó nada sobre el suyo.

Aún no estaba preparado…

Seguía negándose a hablar de Tamlyn o de su matrimonio.

¿Pero acaso importaba? Lo que hubiera pasado entre él y su ex no tenía nada que ver con ella. Y él no era para nada como Tamlyn lo había retratado. Carrick amaba a su familia, era ético en sus prácticas empresariales y trataba con respeto a todos los que conocía, desde los conserjes hasta los clientes ricos. Sadie no podía imaginárselo tratando a su mujer con menos respeto del que él ofrecía a los demás.

No iba a especular sobre los motivos de Tamlyn para difundir rumores sobre Carrick. Solo sabía que ella había mentido.

Y su corazón sabía que con Carrick estaba a salvo, protegida. Él no dejaría que nadie le hiciera daño, ni siquiera él mismo.

La sensación de paz se apoderó de ella. Y se dio cuenta de que confiaba en Carrick, lo que era una sorpresa, porque pensaba que nunca volvería a confiar en nadie.

Carrick notó la respiración algo acelerada de Sadie contra su piel y se preguntó en qué estaría pensando. Miró hacia abajo y vio el ceño fruncido entre sus cejas, la tensión en su boca, pero se contuvo de preguntar qué le pasaba. Ya habían hablado de demasiadas cosas personales la noche anterior y no sabía si quería oír más. Necesitaba mantener la distancia, la emocional, no la física. No podría soportar perder a otra mujer que amaba.

No podía permitirse repetir los errores del pasado, porque dolía demasiado.

Y él y Sadie tenían que mantener la cabeza fría. Su hijo sería el puente entre ellos y, si permitían que sus emociones se involucraran, si ellos se peleaban, su hijo sufriría.

Y se negaba a que eso pasara. Tenían que hacer que todo fuera lo más simple posible.

El sexo podían manejarlo; el amor era un arma biológica.

—Me encanta tu piel —dijo Carrick, como queriendo recordar a ambos que amar su cuerpo era lo máximo a lo que estaba dispuesto a llegar.

—Y a mí me encanta que me toques la piel —respondió ella con tono sexy. Él estaba seguro de que ella no se daba cuenta de que su voz se hacía más grave cuando se excitaba.

Podría recitar el texto más aburrido con esa voz y él se empalmaría en dos segundos.

Como lo estaba ahora.

Y ella lo sabía porque levantó la rodilla y la deslizó por su pene. Le pasó la mano por los abdominales y el pecho, provocándole pequeñas punzadas de placer en la piel. Quitándose de encima de ella, Carrick apoyó la cabeza en la mano y le pidió a Sadie que se pusiera boca arriba. Ella lo hizo sin ninguna timidez, revelando su cuerpo desnudo a sus ojos hambrientos. Sus pechos eran redondos y perfectos, y sus pezones de un sexy color rosa. Seguía teniendo el vientre plano y a veces se le olvidaba que su hijo crecía dentro de ella. Él se incorporó e inclinó la cabeza para darle un beso en la barriga, justo debajo del ombligo, queriendo establecer una pequeña conexión entre el bebé y él. Entonces, el aroma de Sadie lo atrapó y sus pensamientos se centraron en querer devorarla de nuevo.

Carrick le pasó una mano por el pecho y levantó la cabeza para chuparle un pezón, tirando de él con sus dientes. Ella comenzó a gemir y a arquear la espalda al sentir el contacto, y luego separó las piernas para acomodarse a él. Carrick sonrió, le encantaba el hecho de que Sadie lo deseara tanto como él a ella. Pero esa mañana quería ir despacio. Quería mordisquear, chupar y provocar.

La boca de Carrick fue bajando por el esternón de Sadie hasta que su lengua llegó al ombligo. Colocó las manos en el interior de sus muslos, separándole las piernas, y posó la nariz en aquella maravillosa franja de piel, inhalando su esencia.

Acercó su boca, pero ignoró las caderas levantadas de ella, sujetándole los muslos para mantener el control. Disfrutando de su suave piel bajo las yemas de los dedos, pasó la lengua por el borde entre su feminidad y el muslo, sonriendo ante el gruñido frustrado de Sadie.

Sabía lo que ella quería, lo que necesitaba, pero ahora la conocía lo suficiente como para presionarla y hacerla esperar hasta que luego se hiciera añicos.

Y quería que esta vez lo hiciera en su boca…

Carrick le pasó la lengua por encima y ella se apretó contra su boca, exigiendo más. Comenzó a succionar aquel pequeño manojo de nervios mientras levantaba las manos para agarrarle los pechos, para tirar de sus pezones hasta convertirlos en duras puntas. Ella era la que recibía placer, pero era él quien se sentía insaciable, no era capaz de parar. Sintió los dedos de Sadie tirándole del pelo y, sabiendo que estaba cerca, la chupó con suavidad y la sintió estremecerse.

Cada músculo de su cuerpo se contrajo mientras los temblores recorrían su piel. Deseoso de darle más, volvió a chupar.

Y ella gritó.

Y gimió. Y pronunció su nombre mientras él se arrastraba hacia ella para apoyar su peso en los antebrazos que colocó a ambos lados de su cabeza.

—Abra los ojos, doctora Slade —bromeó él.

Ella lo hizo, y la visión del azul de sus ojos le golpeó en el corazón, haciendo que su respiración se detuviera. Era tan guapa…

Carrick le apartó el pelo de la frente. Podría quedarse mirándola toda la eternidad.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Incómodo con las ideas que empezaban a pasar por su cabeza, Carrick decidió abrirse paso dentro de ella, suspirando al deslizarse por su suave y caliente humedad. También podría estar así el resto de su vida.

Moverse dentro de ella, oírla suspirar, gemir, ver cómo ella seguía respondiendo ante él, a pesar de haber tenido múltiples orgasmos un minuto antes, le hizo sentirse… invencible.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Ocho

Después de besar a Beth en la mejilla, Sadie se sentó a la mesa en el acogedor bistró situado justo al lado de las oficinas de Murphy International. Se quitó los guantes con los dientes, los metió en el bolsillo del abrigo que había colocado sobre el respaldo de la silla y agarró el menú plastificado.

—¿Qué vamos a comer? Me muero de hambre.

Hacer el amor con Carrick, una vez más, le había hecho llegar tarde a una cita. Sadie pidió una sopa y té para beber a la camarera y luego miró a su amiga. En algún momento tendría que decirle a Beth que estaba embarazada, pero esa era una conversación que no le apetecía nada tener. Su amiga seguía preocupada por su relación con Carrick y, si le decía que iba a tener un hijo suyo, podría hacer que le estallara la cabeza.

No quería estropear el almuerzo discutiendo con Beth. Si se limitaban a hablar de negocios, todo iría bien.

—¿Conseguiste concertarme esa cita en el Instituto Bethel? —preguntó Sadie, sonriendo de agradecimiento cuando la camarera depositó el té en la mesa frente a ella.

—Sí —contestó Beth, lanzando una mirada ansiosa hacia la puerta.

Sadie frunció el ceño, preguntándose por qué su amiga parecía tan distraída.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Te envié un correo electrónico —le dijo Beth mientras se levantaba y saludaba con la mano. Sadie, sintiendo los ojos en su espalda y el vello erizándose en sus brazos, se volvió lentamente hasta encontrarse con Tamlyn, vestida con un minivestido negro de lana, medias negras y botas hasta la rodilla, cruzando la cafetería. Llevaba un abrigo de cachemira sobre el brazo y el pelo cobrizo le brillaba por las gotas de lluvia.

Sadie se giró hacia Beth con una mirada desafiante.

—¿Por qué ha venido Tamlyn a comer con nosotras, Beth?

—Hemos comido juntas muchas veces —respondió su amiga en tono ligero, pero Sadie no se dejó engañar. —Esto no me gusta nada, Beth…Tamlyn apareció enseguida, saludó a ambas con besos en las mejillas y luego se sentó al lado de su hermana.

—Bueno, bueno, bueno…

—¿Tienes algún problema, Tamlyn? —preguntó Sadie sin rodeos.

Ella no paraba de girar el anillo de diamantes que llevaba en el dedo izquierdo, y Sadie se preguntó si sería el de su compromiso con Carrick. Y, si lo era, por qué demonios lo llevaba todavía…

—Beth me ha dicho que Carrick y tú os estáis viendo —afirmó Tamlyn.

—Como los dos somos adultos y estamos solteros, creo que eso no tiene nada que ver contigo —respondió Sadie con voz firme.

—No me estoy metiendo en tus asuntos porque me parezca divertido. Es que no quiero que te hagan daño. No es un buen hombre. Ya te lo he dicho.

En realidad, no se creía sus buenas intenciones.

—No me siento cómoda hablando de Carrick contigo, Tamlyn.

—Rick fue un marido horrible.

Odiaba que lo llamara así. Y deseaba con todas sus fuerzas borrar esa sonrisa condescendiente de su cara. Qué tonta había sido. Había creído a Tamlyn solo porque a ella no la habían creído. Sus padres no la habían creído, ni tampoco sus amigos, así que había optado por creer a Tamlyn ciegamente. Se había equivocado. Ahora que conocía mejor a Carrick, podía decir claramente que él era una buena persona. No era un hombre fácil y era cierto que él guardaba su corazón bajo una coraza.

Pero bajo esa armadura había un corazón fuerte, a veces tierno, y era un hombre que bailaba al son de su propia canción, que no necesitaba la aprobación de los demás.

Era duro, pero también tierno y amable.

—Solo intentamos protegerte —dijo Beth, agarrándole una mano—. Tomaste una muy mala decisión hace tiempo y no queremos que vuelva a pasarte lo mismo.

Sadie apartó la mano y sacudió la cabeza, cansada de que Beth le recordara que no debía confiar en su propio juicio.

La única información que tenía de Dennis en aquel momento era buena. Él era encantador, atento, dulce y parecía estar enamorado de ella. Sí él era todo lo que ella y muchas otras mujeres desearían en un hombre, entonces, ¿realmente había tomado una decisión tan mala? ¿Cómo iba a saber que Dennis se convertiría en un monstruo?

Por desgracia, no podía meterse en la cabeza de otra persona y ver lo que hay dentro en realidad. No era un superpoder que poseyera.

Había tomado la decisión correcta basándose en la información que tenía en ese momento. No había hecho nada malo.

Dennis, ese magnífico estafador, tenía la culpa, no ella.

De repente, Sadie empezó a sentirse bien consigo misma. Y no permitiría que las hermanas Sturgis la envenenaran. Estar cerca de ellas, escucharlas, era demasiado tóxico.

Sadie las miró unos segundos. Tamlyn parecía la mujer perfecta. Sí, era preciosa, pero en el fondo era venenosa… Y la lealtad de Beth siempre sería hacia su hermana, así que se dio cuenta de que debía terminar con aquello cuanto antes. El teléfono de Sadie sonó dentro de su bolso. Ver el nombre de Carrick en la pantalla hizo que su corazón saltara de alegría y sus labios se curvaran en una sonrisa. ¿Cómo podía ser eso algo malo?

—Hola, Carrick. —Al decir su nombre, notó que Tamlyn fruncía las cejas.

—Te fuiste muy temprano esta mañana. ¿Por qué no me despertaste? —Su voz profunda la calmó de repente. Y entonces se dio cuenta de lo a gusto que se sentía con él. Nada que ver con lo que le ocurría con Tamlyn y Beth.

—Necesitaba preparar algunas cosas porque luego tendré que ir pronto al aeropuerto.

—¿Cuándo volverás?

—Todo depende de la información que encuentre en el Museo de Historia y Cultura de Virginia, pero en principio volveré pasado mañana.

Se hizo un silencio largo, hasta que Carrick por fin lo rompió:

—Te voy a echar de menos…

A Sadie se le paró el corazón unos segundos al oír esas palabras. Y, consciente de que tenía público, le dijo en voz muy baja que ella también le echaría de menos.

—Por cierto, te dejaste unas pastillas en el baño —dijo Carrick tras aclararse la garganta.

Sadie frunció el ceño.

—No creo. Recogí todas mis cosas de aseo cuando me fui.

—Bueno, tengo en la mano un bote de vitaminas para embarazadas y otro envase etiquetado como ácido fólico.

Sus vitaminas del embarazo. Se había olvidado de ellas.

—¡Oh, vaya!

—¿Qué es el ácido fólico?

Se sentía feliz por estar hablando con él, y le encantaba la emoción que notaba en su tono de voz, pero no podía darle muchas explicaciones en ese momento. Beth y Tamlyn estaban escuchando parte de la conversación.

—Eh… Es algo necesario para el buen desarrollo del… proyecto que tenemos entre manos.

—¡Ah! Entonces no deberías perderte ni una dosis. ¿Dónde estás?, te las llevo ahora mismo.

—No es necesario. Puedo conseguir más. —Miró su reloj—. Y debería salir en diez minutos si quiero llegar a tiempo para mi vuelo.

—No tengas prisa. El estrés es malo para el bebé. Y para ti.

Su preocupación y su ternura la derritieron por dentro.

—Estoy bien, de verdad.

—No te esfuerces demasiado. Intenta descansar en el avión.

—No te preocupes —dijo ella sintiéndose conmovida.

—Hoy tengo varias reuniones, estaré liado todo el día. Pero llámame cuando puedas, ¿vale?

—Lo haré.

—Y no tardes mucho en volver, cariño.

Al cortar la llamada, Sadie cerró los ojos, queriendo aferrarse a esa sensación de vértigo que sentía cada vez que hablaba con él. Así era enamorarse, tener la sensación de plenitud en lo más profundo del corazón.

Y de repente, lo imposible (tener un futuro juntos mientras criaban a su hijo) le parecía posible.

Era una sensación embriagadora…

—Estás loca por él. —Las palabras de Tamlyn estaban cubiertas de acusación.

Sí, lo estaba.

—¿En serio? —dijo Beth con tono chillón—. ¿Nada de lo que te hemos dicho de él ha penetrado en tu testaruda cabeza?

Sadie no sabía cómo podría seguir siendo su amiga. Y en cuanto a trabajar juntas… Ella era una gran asistente virtual, pero también estaba al tanto de toda su información personal. Si no podía confiar en Beth a nivel personal, ¿cómo podía confiarle detalles de su negocio?

—Beth —comenzó Sadie mientras agitaba la cabeza—, tu empeño en inmiscuirte en algo que no tiene nada que ver contigo está dañando nuestra amistad y nuestra relación laboral. Tienes que parar. Ahora mismo.

—No le hables así —se metió su hermana en medio—. Ella solo está tratando de ayudarte. Carrick es una mala persona. ¿Qué tenemos que hacer para que nos creas?

Beth lanzó una mirada de pánico a Tamlyn. Obviamente, Sadie no iba a pedirle que eligiera entre su hermana y ella, pero no toleraría que hablaran mal de Carrick.

—Pues yo creo que sí es un buen hombre. Somos amigos. Y eso es todo lo que hay entre nosotros.

Sadie miró con dureza a Tamlyn.

—Creo que te has cebado con él solo porque tuvo agallas para salir de un matrimonio tóxico. Aparte de ser mi cliente, también es mi amigo, y me niego a escuchar nada más que tengáis que decir sobre él.

—Pero…

Sadie levantó la mano para impedir que Tamlyn hablara.

—No, ya no voy a escucharte más. Y si me encuentro cualquier tipo de especulación en la prensa sobre nosotros, o sobre Carrick, iré a por ti, Tamlyn. —Luego se dirigió a Beth—: Y no quiero oírte decir ni una sola palabra negativa más sobre Carrick, ¿entendido? Beth asintió, con expresión enfurruñada.

Se levantó, agarró su bolso y se lo echó al hombro. Luego golpeó la pila de libros que había dejado sobre la mesa.

—Beth, te he enviado un par de correos electrónicos. Por favor, ocúpate de ellos. Y, por favor, ponte en contacto con la empresa de gestión inmobiliaria de París y diles que no voy a renovar el contrato de alquiler del apartamento de Montparnasse.

Vio las preguntas y la preocupación en el rostro de Beth, pero Sadie negó con la cabeza. Pasaría mucho tiempo, si es que alguna vez pasaba, antes de que volviera a sentirse cómoda compartiendo sus pensamientos y sentimientos con la que había sido una de sus mejores amigas.

—Y, por favor, devuélvele estos libros a Finn Murphy la próxima vez que vayas por las oficinas. Si no está disponible, puedes dejárselos a su asistente personal, Cole.

—De acuerdo —asintió Beth.

Ignorando a Tamlyn, Sadie se despidió de Beth diciéndole que se pondría en contacto con ella y luego se marchó rodando su pequeña maleta.

Tanna saludó efusivamente con la mano a Joa y a Keely cuando estas entraron por la puerta del pub irlandés en el que todas habían quedado. Las gemelas Brogan estaban sentadas en los taburetes de la barra y Darby se encontraba de pie junto a Jules. Toda la pandilla estaba allí.

Joa sonrió tratando de parecer entusiasmada. Las noches de chicas no eran lo suyo, pero Keely, tan mandona como siempre, la había presionado para que se uniera.

Las gemelas Brogan y Keely pertenecían a la realeza de Boston y Darby era hija de un conocido juez. Todas eran inteligentes, sofisticadas y exitosas.

Excepto Joa.

Sintió el impulso de salir corriendo, pero Keely, que a veces parecía leer sus pensamientos, la agarró de la muñeca.

—No tenemos nada en común, Keely.

—Tonterías. Son buena gente. Y tú también lo eres. Sonríe, ¡maldita sea!

Joa trató de zafarse de su agarre, pero como no quería montar una escena, decidió no resistirse más. Llegaron adonde estaban las otras

mujeres y ella se hizo a un lado cuando todas intercambiaron lo que parecían abrazos genuinos.

Tanna le sonrió y le preguntó qué quería beber. Cuando todas hicieron sus pedidos, Keely volvió a centrar su atención en Joa.

—¿Vas a ayudar a Ronan o no?

¿Otra vez con lo mismo? Dios, había olvidado lo insistente que podía llegar a ser Keely. Lo que no había olvidado era a Ronan Murphy de pie en su cocina, tan sexy… El recuerdo de aquel día la asaltaba constantemente.

Pensaba en él mucho más de lo que debería.Keely no esperó a que contestara:

—El pobre Ronan se está tirando de los pelos mientras intenta trabajar y cuidar de ellos al mismo tiempo.

¿Por qué le preocupaba tanto a Keely? ¡No era su problema! Había montones de agencias y de niñeras en Boston, seguro que encontrar una no era tan difícil como ella lo hacía parecer.

Antes de que pudiera responder, Tanna, la hermana pequeña de Ronan, se metió en la conversación:

—Escucha, he oído algunas historias sobre mis hermanos de cuando eran jóvenes que te sorprenderían, y sospecho que Ro está pasando ahora algo parecido y por partida doble.

Joa agarró la copa de vino forzando una sonrisa. Miró a su alrededor y no vio a Sadie por ningún lado, justo la única persona que ella realmente conocía.

—¿Sadie no va a venir?

Keely negó con la cabeza.

—Se ha ido a Virginia a investigar sobre nuestro Homer.

—Nuestro posible Homer —la corrigió Joa. No tenía sentido hacerse ilusiones.

Keely la ignoró y enarcó las cejas mirando a Tanna.

—¿Qué te parece lo de volver a ser tía?

Tanna sonrió.

—Estoy encantada. Solo espero que sea una niña. No sé si esta familia podrá soportar más niños.

Keely se rio.

—Si ya era demasiado protector contigo… ¿Te imaginas cómo sería con su hija?

Tanna puso mala cara.

—Sadie lo mantendrá a raya. O eso espero.

De repente, al ver que Darby se quedaba con la boca abierta mirando hacia la puerta del local, todas se volvieron para saber qué pasaba.

Cuatro hombres guapísimos acababan de entrar y ahora se estaban quitando los abrigos.

—Darby Brogan-Huntley, ¡estás casada! —dijo Tanna entre carcajadas.

Ignorando el pensamiento de que ninguno de esos hombres era tan sexy como Ronan, Joa intervino:

—Pero yo no lo estoy. De hecho, estoy muy, muy soltera. ¿Los conocéis?

Keely se cruzó de brazos y miró a los cuatro hombres que se dirigían a la sala de billar que estaba a la izquierda del bar.

—Son los hermanos Seymour. El del extremo izquierdo es el albacea de nuestra herencia, Joa. Es Wilfred «Dare» Seymour. ¿Cómo es que no lo sabes?

Bueno, no era tan raro. Cuando lo conoció, ella estaba muy afectada por la muerte de Isabel y además el encuentro había sido muy breve. Desde que había regresado a casa, no había parado de oír un montón de quejas sobre Dare Seymour, pero Keely no había mencionado ni una sola vez que él era alto, moreno y muy sexy.

—Está muy bueno —dijo Joa solo por fastidiar a su hermana—. Creo que voy a ir a saludarlo…

—¡Hazlo y muere! —la amenazó Keely, pero al segundo ambas se rieron—. Esta es una noche de chicas y no vamos a coquetear ni babear por ningún hombre.

Vaya, ¿pero no era eso precisamente lo que se hacía en una noche de chicas? ¿Al menos las solteras?

Bueno, no importaba, ya que ningún hombre del clan Seymour podía hacerle sombra a la actual estrella de sus fantasías sexuales.

Sadie se sentó con las piernas cruzadas en la cama de su habitación de hotel en Richmond y entrecerró los ojos ante el espantoso cuadro que

había en la pared de enfrente. Puede que le horrorizada porque últimamente había pasado mucho tiempo en casa de Carrick y su colección de arte era fantástica. Mirar imágenes genéricas y aburridas ahora le sabía a poco, y se iba a la cama sintiendo un tremendo choque de realidad.

Le encantaba la casa de Carrick, las habitaciones grandes, los techos con molduras y los suelos originales de baldosas blancas y negras. La decoración estaba un poco desactualizada, pero nada que una mano de pintura, unas cortinas nuevas y unos cuantos cojines no pudieran arreglar.

Cuando llegara el bebé, tendrían que retirar todos los objetos frágiles y de valor de los escritorios y las mesas, y poner cerraduras a prueba de niños en los armarios y una puerta de seguridad en lo alto de las escaleras.

Dios, actuaba como si fuera a vivir allí, como si tuviera voz y voto en la decoración y la seguridad infantil de su casa. Pero no era así. Solo era la madre de su hijo, y su actual amante.

Y si seguía esperando, soñando y planeando, se estaría preparando para una larga y dolorosa caída contra el suelo.

«Sé sensata, Slade. Mantén los pies sobre la tierra».

Debería pensar dónde quería vivir, puesto que ya no tenía un apartamento en París al que volver corriendo. ¿Debería alquilar algo cerca de la casa de Carrick o tal vez comprar directamente? ¿Podría permitirse comprar una vivienda en la carísima zona en la que vivía él? Inclinándose hacia delante, Sadie tecleó en su portátil y se puso a hacer búsquedas de casas en su navegador.

Cuando vio los precios de las propiedades de Beacon Hill se le pusieron los ojos como platos.Su negocio iba bien, pero no tanto.

No le quedaba más remedio que alquilar. O bien buscar una casa en otra zona de Boston que fuese más barata. Le bastaría con que hubiese buenas escuelas cerca.

¿O esperaría Carrick que su hijo asistiera a los mismos colegios caros que él? No sabía qué opinión tenía de la educación en colegios privados; ella había asistido a colegios públicos y había salido bien…

Tenían mucho de qué hablar. Disciplina, educación, modales, régimen de visitas…

Sintiéndose un poco abrumada, Sadie se echó hacia atrás hasta dar con la cabeza en la almohada. En algún momento tendrían que tomar decisiones. Justo en ese momento, su teléfono vibró y Sadie palpó la cama

a su alrededor hasta encontrar el aparato. Cuando vio que era un mensaje de Carrick, su corazón dio un salto.

Carrick: ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

Sadie: En mi habitación de hotel.

Por un momento dudó, no sabía si era buena idea decirle cómo se sentía.

Sadie: Estoy mirando un cuadro horrible y echo de menos…

Dejó la frase a medias a propósito.

Sadie: Tu arte.

Sadie se reía a carcajadas. Cuando consiguió calmarse, volvió a teclear:

Sadie: Ahora en serio. Te echo mucho de menos.

Carrick: Y yo a ti. ¿Qué llevas puesto?

Sadie se miró los pantalones de yoga y la sudadera holgada y supo que tenía que mentir.

Sadie: Nada.

Carrick: Mmm… ¿Has pedido algo para comer?

Sadie arrugó la nariz. Esperaba que él le respondiera con algún comentario sexy, no que le preguntara por la comida.

Sadie: Estoy esperando al servicio de habitaciones. Deberían llegar en cualquier momento.

Vio que Carrick había leído su mensaje y suspiró al oír el fuerte golpe en su puerta. Se levantó de la cama y escribió otro mensaje para Carrick:

Sadie: Deja de preocuparte. Mi comida acaba de llegar.

Sin comprobar antes por la mirilla, abrió la puerta de un tirón, con los ojos puestos en el teléfono, esperando la respuesta de Carrick. Al no oír ningún ruido de carrito de comida, levantó la vista y el corazón casi le estalló al verlo de pie en el umbral, con el ceño fruncido en su increíble rostro masculino.

Sadie chilló, se lanzó sobre él rodeándole la cintura con las piernas y Carrick la atrapó entre sus brazos.

Ella no paraba de llenarle la cara de besos de lo feliz que estaba de verle.

—¡Estás aquí! —dijo, entre besos—. ¿Por qué estás aquí?

Carrick tuvo que detener su ataque de besos cubriéndose la cara con una mano.

—Te echaba mucho de menos y hacía tiempo que no usaba mi avión.

Sadie se echó hacia atrás y lo miró con cara divertida.

—¿Tienes un avión? Hassan tiene un Gulfstream. ¿Cómo de grande es el tuyo?

—No voy a entrar en una competición de tamaños con tu príncipe árabe, Slade —le dijo Carrick mientras se adentraba en la habitación y cerraba la puerta de una patada—. Pero tengo un par de preguntas para usted, doctora.

Sadie le pasó los dedos por la mejilla, a lo largo de la mandíbula.

—¿Y no pueden esperar?

—No. ¿Por qué no miraste por la mirilla antes de abrir la puerta? Podría haber sido un asesino en serie.

Ella se inclinó hacia delante y le besó un lado de la boca, inhalando su magnífico aroma.

—Dios, me encanta cómo hueles. Carrick le apretó el trasero.

—Y eso me lleva a mi segunda pregunta… ¿Por qué me mentiste?

Sadie se apartó y le miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—Dijiste que estabas desnuda. —La sujetó con un brazo y tiró del cuello redondo de su sudadera—. Es evidente que no lo estás.

—Bueno, eso tiene fácil remedio.

—Esperaba que dijeras eso —respondió él mientras la dejaba con suavidad sobre la cama. Luego se levantó y echó un vistazo a la habitación—. Dios, ese cuadro es horrible. —Y mirándola con una sonrisa encantadora le dijo—: Pero tú sí eres preciosa.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Nueve

Carrick tenía previsto salir pronto del trabajo ese día, ya que Sadie regresaba de Richmond (se había tenido que quedar allí otros dos días más desde su encuentro en el hotel) y habían quedado para cenar en su casa. Ya le había pedido a Marsha que le trajera ostras, champán y un solomillo Wellington de Geraint's, un servicio de catering exclusivo. Planeaba abrir una botella de champán Krug Clos d'Ambonnay 1995, a pesar de que Sadie no disfrutaría más que un sorbo de la botella de cuatro mil dólares. La tenía guardada para algo especial.

Y Sadie era posiblemente lo mejor que le había pasado nunca.

La había echado mucho de menos, más de lo que debería. Hasta había considerado la posibilidad de hacer otro viaje a Richmond para verla, pero el trabajo se lo había impedido. Porque, a pesar de conocerse desde hacía poco tiempo, echaba de menos despertarse junto a ella, darse la vuelta, estrechar su cuerpo contra el suyo y volver a dormirse. O darse la vuelta y no volver a dormirse…

Carrick apagó su portátil y cerró la tapa. Algo había cambiado entre ellos y quería definirlo, explicarlo, sacar a la luz lo que fuera que estuvieran sintiendo. No era amor, todavía no, pero estaba cerca. Y quería saber si era el único que lo veía así.

Se levantó y echó un vistazo por la ventana con una sonrisa en la cara. Apoyó el hombro en el cristal y miró hacia abajo, con sus pensamientos a un millón de kilómetros de distancia. Estaba loco por Sadie; lo había estado desde la primera vez que entró en su despacho con aquel vestido bohemio y aquellas botas. Le desafiaba, le intrigaba y le fascinaba. Y, sí, estaba completamente obsesionado con su cuerpo…

Todo eso ya le pasaba incluso antes de que supiera que estaba embarazada de él. ¿Se estaba enamorando de ella demasiado rápido? ¿Se trataba de otra mujer que iba a romperle el corazón? Pocos le conocían lo suficiente como para saber que, bajo su imagen de hombre de negocios,

había algo de romanticismo. Siempre había querido una familia, una esposa, alguien a quien amar y proteger por encima de todo.

Pensó que había perdido su oportunidad cuando se divorció de Tamlyn, sobre todo porque se negaba a permitir que otra mujer le hiciera daño. Había intentado mantener las defensas en alto con Sadie, pero ella se había colado en su vida, llenando aquellos espacios fríos y vacíos de su corazón y de su vida con su aguda mente y su vivaz personalidad.

Carrick sabía que ahora Sadie lo veía con otros ojos, que ya no estaba influenciada por las historias que había oído a través de Tamlyn y Beth. Lo conocía de verdad. Podía verlo en sus ojos, sentirlo en su tacto, en la forma en que se entregaba a él, confiando en que no solo la complacería, sino que también la mantendría a salvo y la trataría bien. Ya no notaba la duda en su tono de voz y hacía semanas que no veía esa mirada especulativa en sus ojos.

Había tardado un poco, pero estaba convencido de que ella, sin necesidad de dar ninguna explicación por su parte, ahora le veía como el hombre que era.

Y ese hombre estaba loco por ella.

Y, Dios, esperaba que ella sintiera lo mismo.

En cualquier caso, necesitaba saberlo. Si ambos se estaban dejando llevar hacia algo más profundo, más significativo, entonces podrían planear criar a su hijo juntos, en la misma casa. Y, tal vez, con el tiempo, ella incluso quisiera llevar su anillo en el dedo.

Pero si él era el único que se sentía así, necesitaba averiguarlo lo antes posible para poner freno a sus sentimientos. Y lo haría sin que ella sospechara nada. Nunca le rogaría que lo amara.

Pero estaban en una encrucijada, y uno de los dos tenía que dar el primer paso, abrir el diálogo. Y tal vez una botella carísima de Krug facilitaría esa conversación.

Por Sadie valía la pena abrirla.

Sadie valía la pena…

Carrick oyó que llamaban a su puerta y al mirar se encontró a su hermano Finn, con su pelo rubio oscuro tan desgreñado como siempre. Finn vestía su habitual uniforme de vaqueros de diseño y camisa negra abotonada, con las mangas remangadas por encima de las muñecas.

A diferencia de Carrick y Ronan, que estaban a la vista del público, Finn pasaba la mayor parte del tiempo en el sótano del edificio, que había convertido en una oficina-biblioteca-laboratorio. Sus investigadores compartían una oficina diáfana en la planta superior, pero el sótano era el dominio de Finn y rara vez le molestaban cuando estaba encerrado en su santuario. Él necesitaba tranquilidad y soledad para trabajar con eficacia y, puesto que era un genio en lo que hacía (investigación, procedencia y detección), Carrick y Ronan lo dejaban en paz.

Finn salía a tomar el aire cuando quería, y siempre era un placer pasar tiempo con él.

Excepto hoy, que había planeado llegar pronto a casa.

Pero como era el director general y el hermano mayor, le hizo señas para que entrara. Finn fue directo a la nevera oculta del despacho y sacó de ella dos botellas de agua. Le lanzó una a Carrick y este la cazó al vuelo, apretándola con fuerza luego en la mano. No quería agua; quería a Sadie y ese champán.

Y esa conversación.

«Paciencia, Carrick. Tienes tiempo…».

—¿Qué pasa?

Finn dejó caer su larguirucho cuerpo en una de las sillas y dio un breve pero detallado informe de situación sobre la catalogación de la colección de Isabel. Era interesante lo que le contaba, pero era un tema que podría haber esperado hasta el día siguiente.

—Estamos trabajando en el último piso de Mounton House, que era donde vivían los sirvientes.

Carrick resistió el impulso de mirar su reloj y preguntó:

—¿Y el ático?

—Aún no hemos entrado, pero no tengo muchas esperanzas de encontrar nada de valor allí arriba. Creo que todo lo importante ya lo tenemos.

—Pero vas a comprobarlo, ¿verdad?

Finn le miró a los ojos.

—Por supuesto que sí.

Vale, genial. Carrick envió una mirada anhelante a su puerta abierta.

Finn puso un tobillo en la rodilla de la pierna opuesta y apoyó la botella en el muslo.

—Isabel era la orgullosa propietaria de un Manet, un Rothko y muchos Georgia O'Keeffe. Hay algunos negativos de Ansel Adams y un raro pájaro de jade de la dinastía Shang.

—¿De cuándo es?

—Estimamos que es de mil quinientos años antes de Cristo.

—Vaya… —dijo Carrick tras un silbido de asombro.

—Te he enviado una lista actualizada de lo que está en venta —le dijo su hermano.

Carrick dio las gracias con la cabeza y miró otra vez su reloj, sabiendo que Finn captaría la indirecta. Al ver que su hermano no se movía, frunció el ceño.

—¿Algo más? Tengo que irme.

—¿Vas a ver a Sadie esta noche? —Finn parecía incómodo y Carrick sintió que su corazón latía, y no en el buen sentido. Su hermano menor era muy reservado, un poco solitario, y odiaba que la gente se metiera en su vida. Por eso él nunca se metía en la de los demás, y Carrick podía contar con los dedos de una mano las veces que su hermano había metido las narices donde no debía.

—Sí, la veré esta noche —respondió.

Finn asintió, todavía parecía inseguro, otro indicio de que no estaba contento con la dirección de la conversación.

—Bien. ¿Y cómo va la investigación sobre el potencial Homer?

—Sadie vuelve hoy de Richmond y espero que traiga noticias. —Apoyó los antebrazos en el respaldo de la silla de su despacho y miró a su hermano con dureza—. Déjate de rodeos y dime lo que de verdad quieras decirme, Finn.

—Me preguntaba cómo vais a hacer tú y Sadie para criar a un hijo juntos cuando vivís en dos continentes distintos.

Carrick le miró con el ceño fruncido, sin entender su comentario.

—No estoy seguro de adónde quieres llegar. Aunque Sadie y yo no hemos concretado los detalles de cómo vamos a criar a nuestro hijo, sí acordamos que lo haríamos juntos.

—¿En Boston?

—Es donde vivimos, Finn.

—Pero ella va a volver a París.

Carrick se tragó las ganas de reír. Sonrió y negó con la cabeza.

—No, tiene un apartamento en Montparnasse, pero se va a trasladar a Boston.

Finn se inclinó hacia delante, con cara de preocupación.

—¿Te lo dijo ella o solo lo has asumido?

Lo había asumido.

Carrick sintió que se le formaba una bola dura y fría en el estómago. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones para que su hermano no las viera temblar.

—No es propio de ti irte por las ramas, Finn.

El hermano pequeño se frotó la nuca.

—Me siento como si fuera un chivato, pero es que la conversación tuvo lugar delante de mí. Nadie intentaba ocultar nada y… Quizá debería irme, esto no tiene nada que ver conmigo.

—Por el amor de Dios, Finn. ¡Escúpelo!—Beth, la hermana de tu ex…

—Sé quién es Beth —interrumpió Carrick—. ¡Dilo ya!

—Vino a dejar unos libros que le presté a Sadie y, cuando ya estaba a punto de irse, recibió una llamada. Estaba en mi despacho, al otro lado de mi mesa, así que no pude evitar escuchar su conversación. Lo que ella no sabía es que hablo francés con fluidez…

También hablaba alemán y español con gran soltura y podía mantener una conversación en mandarín y leer japonés. Finn tenía un don para los idiomas… Y para las matemáticas, la ciencia y cualquier cosa que se le pusiera por delante. Era un cerebrito. Todo eso estaba bien, pero lo que Carrick no soportaba era su amor enfermizo por la adrenalina, que estaba al mismo nivel que el que tenía por los libros. Preferiría no saber nada cuando su hermano se tiraba de edificios en paracaídas o descendía empinados puertos y senderos en bicicleta de montaña.

Finn dejó de hablar, y Carrick sabía que, si no le tiraba de la lengua, él se daría media vuelta y se iría de allí sin contarle todo lo que había oído.

—Dilo, ¡maldita sea!

—Sadie va a volver a Francia. Sé lo importante que es para ti formar parte de la vida de tu hijo, ser padre. ¿Cómo vas a hacerlo si vive en París?

Carrick sintió el puñetazo en el corazón. Su hermano tenía que estar equivocado, se dijo.

—¿Por qué crees que va a volver a París?

—¿Por qué si no iba a renovar el contrato de alquiler de su piso en Montparnasse? —dijo con ojos compasivos—. Porque Beth estaba hablando con su casero y le pidió que le enviara por mensajero un nuevo contrato de alquiler para firmar.

Carrick clavó los dedos en la silla y miró fijamente a su hermano, deseando que se retractara de sus palabras, que dijera que estaba bromeando. Cuando se limitó a sostenerle la mirada, sin mostrar ni una pizca de diversión, aceptó que su hermano no le estaba tomando el pelo.

Sadie tenía la intención de volver a Francia cuando terminara su contrato con Murphy. Como no había hablado con él de vivir en Francia, ni siquiera le había insinuado sus planes, era obvio que él no tenía nada que ver con su decisión.

El dolor, caliente y agrio, se apoderó de él.

Qué sorpresa, lo había vuelto a hacer. Una vez más, se había enamorado de la persona equivocada. Y sí, estaba más enamorado de lo que pensaba, porque le dolía mucho, maldita sea. Se sentía como si unos dedos fríos como el hielo le estuvieran aplastando el corazón.

¿Cuándo aprendería?

Sadie subió los escalones de la casa de Carrick en Beacon Hill con el corazón en un puño y un nudo en el estómago. Le había echado mucho de menos y los mensajes tiernos y divertidos que habían intercambiado en los últimos días (y el hecho de que él hubiera utilizado el avión de la empresa para pasar la noche con ella) le hacían pensar que entre ellos estaba creciendo algo precioso y especial. Sentía que sus vidas comenzaban a encajar.

Él sería un compañero estupendo, una pareja increíble y un padre brillante. Como había podido comprobar por sí misma, era un buen hombre. Trabajaba duro, cuidaba de su familia, trataba a su personal con respeto y, lo mejor de todo, estaba segura de que además estaba un poco loco por ella.

Y tal vez también un poco enamorado… ¿O se estaba precipitando? No, había visto cómo la miraba, con lujuria, diversión, ternura y mucha esperanza, y no se estaba imaginando nada.

Se acarició el vientre y cerró los ojos para disfrutar de la oleada de emociones que recorrían su cuerpo. Su bebé estaba sano, estaba enamorada y además estaba segura de que su amor sería correspondido. Quizá no hoy, pero algún día…

Pronto…

Sadie levantó la mano para llamar al timbre, recordando que hacía solo unos meses el amor no era algo que contemplase volver a vivir porque había dejado de creer en él. Había creído sinceramente que nunca volvería a ser feliz y a tener esperanzas.

Qué tonta había sido. Y si se había vuelto a abrir al amor había sido todo gracias a Carrick. Tal vez estaba destinada a casarse con Dennis, a experimentar lo peor del amor, antes de poder apreciar cómo era un buen hombre de verdad.

Quizá necesitaba experimentar lo malo para poder reconocer lo excepcional.

Porque Carrick era excepcional, dentro y fuera de la cama…

Esperaba que le gustara la lencería sexy que había comprado en Richmond, un conjunto ceñido que mostraba más que ocultaba, que tentaba y seducía. Llevaba unos vaqueros y un jersey de cachemira hasta los muslos, nada sexys, así que esperaba que su lencería fuera una agradable sorpresa.

Aunque dudaba que se la dejara puesta mucho tiempo.

Sonrió, la puerta se abrió y… allí estaba él.Sadie, sin poder evitarlo, se arrojó a sus brazos, rodeándole el cuello y poniéndose de puntillas para darle un beso. Pero él, en lugar de agachar la cabeza, le puso las manos en las caderas y la separó.

Ella se apartó el pelo de los ojos, le miró a la cara y su sonrisa se desvaneció. Algo iba mal, lo sabía.

No entendía por qué, pero sabía que su relación con Carrick había dado un giro de ciento ochenta grados y se había quedado patas arriba.

Se había acabado. Lo sabía sin que él tuviera que decir ni una sola palabra.

Pero ¿qué podía haber pasado desde su último mensaje de texto a la hora de comer hasta ahora? Las palabras estaban grabadas a fuego en su cerebro de tanto leerlas:

Hola, cariño, esta tarde tengo una serie de reuniones, así que es posible que no responda de inmediato si me envías un mensaje. Pero no dejo de pensar en ti y estoy deseando verte. Duerme un poco en el avión, lo vas a necesitar, porque pienso mantenerte despierta toda la noche…

—Hola —dijo ella con una tímida sonrisa en su rostro, rezando por estar equivocada.

—Sadie. —Carrick se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de traje y ella observó que aún llevaba la chaqueta y la corbata perfectamente anudada.

Tenía delante al duro hombre de negocios, no a su amante.

—¿Va todo bien?

Sabía que no, pero no iba a dejarse llevar por su primer impulso: arrodillarse, rodearle las piernas con los brazos y rogarle que le dijera qué era lo que había hecho mal.

Porque estaba convencida de que no había hecho nada malo. No había tenido tiempo de meter la pata.

—No.

Sadie forzó las palabras a través de sus labios entumecidos:

—Dame un poco más de información, por favor.

Él se tomó su tiempo para contestarle:

—Creo que estamos cometiendo un gran error al seguir durmiendo juntos. No vamos a ser una familia feliz. No vamos a vivir y a criar a nuestro hijo juntos.

Sadie sintió el puñetazo de sus palabras y dio un paso atrás, intentando alejarse del impacto. Su expresión era implacable, pero sus ojos ardían de furia. Sus manos, aún en los bolsillos, estaban cerradas en puños y la tensión hacía más prominentes las venas de su cuello. Carrick estaba furioso. Los recuerdos del rostro de otro hombre con expresión despiadada la invadieron. Cayendo de nuevo en ese recuerdo, dio otro paso más hacia atrás, necesitando poner espacio entre ellos.

Lo cual era ridículo; se trataba de Carrick, no de Dennis. Por muy enfadado que estuviera, él no le haría daño. Al darse cuenta, ella bajó los hombros y se dijo a sí misma que no tenía nada que temer.

—Maldita sea, ¿crees que podría hacerte daño? —rugió él.

Sadie se estremeció. Por supuesto, él se había dado cuenta de su temor por sus movimientos. Era muy observador y siempre prestaba mucha atención a todo.

—No…

—¡Yo no soy tu ex!

Sus palabras rebotaron en las paredes del pasillo y resonaron por toda la casa.

Sadie levantó las manos, buscando con desesperación las palabras adecuadas:

—Sé que no eres…

—No has cambiado de opinión sobre mí en absoluto, ¿verdad? —la interrumpió él. Ella se irguió y se acercó un paso más, con la necesidad de demostrarle que no le tenía miedo. Sabía que él nunca la lastimaría físicamente.

Aunque estaba haciendo un gran trabajo hiriéndola emocionalmente…

—Carrick, yo…

—¡Sigues juzgándome por lo que oíste de mi exmujer! Y si es así, ¿por qué te acuestas conmigo? Sadie sintió sus palabras como si fueran balas atravesándole el corazón. ¿Cómo algo tan hermoso se había vuelto tan feo? ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Me acuesto contigo porque estoy loca por ti! Porque no puedo dejar de pensar en ti. Demonios, ¡creo que estoy enamorada! —gritó ella. De acuerdo, esa no era la mejor forma para decirle que lo amaba. Ella quería que fuera un momento tierno, emocional, caliente y dulce. Un recuerdo que llevaría consigo el resto de su vida.

Bueno, ¡seguro que de esto también se acordaría!

—¿Cómo te atreves a decirme que te sientes así cuando sé que no tienes intención de quedarte, cuando planeas quitarme a mi hijo? No voy a dejar que eso ocurra, Sadie. He perdido a demasiada gente en mi vida como para permitirlo.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó ella. Lo que él decía no tenía sentido.

Carrick entrecerró los ojos.

—Vas a volver a París. Vas a renovar el contrato de alquiler de tu apartamento.

—¿Por qué piensas eso?

Él sacó las manos de los bolsillos y se las pasó por el pecho. Sadie pudo ver el sufrimiento en sus ojos y luchó contra el impulso de arrojarse a sus brazos, para aliviar su dolor. Pero ella también sufría y debía cuidarse primero.

—Beth le dejó unos libros a Finn y él la oyó hablando con tu casero, haciendo gestiones para renovar el contrato de alquiler de tu piso. ¿Por qué harías eso, a menos que estuvieras planeando huir? ¿Y por qué juegas conmigo? ¿Estás intentando vengarte de mí por lo que te hizo tu ex? ¿O crees en secreto a Tamlyn y quieres castigarme en su nombre?

Vaya. ¿Y ella pensaba que su matrimonio la había dejado traumatizada? Carrick le ganaba con creces.

—No voy a volver a París. No estoy jugando contigo. No creo a Tamlyn. Por favor, créeme —dijo con tono suplicante, pero a él no pareció importarle. Tenía que llegar a él. No podía dejar que se deshiciera de ella, de ellos.

Pero la furia en sus ojos no disminuyó y Sadie supo que había perdido la batalla. Él había encontrado algo para abrir una brecha entre ellos y, como le aterrorizaba volver a salir herido, lo estaba utilizando para separarlos. Ese era el primer obstáculo en su relación y él ni siquiera había intentado superarlo. Se había rendido y había optado por creer lo peor de ella sin conocer su versión de los hechos.

No sabía si podría luchar contra su desconfianza; no sabía si quería hacerlo. Había vivido una vida con un hombre en la que cada día era una batalla, en la que la confianza era una mercancía con la que él jugaba, que se daba y se quitaba, se ofrecía y se rechazaba.

Ella no iba a jugar a ese juego. Prefería marcharse ahora mismo que someterse a eso otra vez.

Entonces, se agachó y recogió el bolso que se le había caído al suelo. Se lo colgó del hombro y se quedó mirándose los pies, intentando que su

cerebro uniera las palabras necesarias. O, mejor aún, que pudiera marcharse…

Con Dennis nunca fue capaz de defenderse; siempre había estado demasiado asustada. Él conseguía intimidarla hasta hacerla callar. Pero ahora se negaba a callar de nuevo.

—¿Puedo hablar? —le preguntó ella.

Carrick asintió con la cabeza.

—¿Sin que me interrumpas?

Él volvió a asentir.

—Gracias.

—Tenía que mantener la calma; al menos uno de ellos debía hacerlo. Y, según su experiencia, las palabras tranquilas expresadas en voz baja tenían más impacto que las palabras dichas a gritos y de manera turbulenta. Sadie agarró el asa de su bolso con fuerza y empezó a hablar:

—Tienes mucho valor, Carrick Murphy. Querías que decidiera por mí misma sobre ti, sin una sola explicación sobre cómo y por qué terminó tu matrimonio. Y, por cierto, por eso estoy contigo, por eso estoy jugando —dijo poniendo énfasis en la palabra—. Porque confío en ti. Mejor dicho, confié en ti. Confiaba en que me tratarías bien. Pero tú no confías en mí. Te dije que criaríamos al niño juntos y, aunque no hemos hablado mucho sobre cómo lo haremos, pensé que al menos eso había quedado claro. Pensó en las búsquedas que había hecho de casas y en los correos electrónicos que había enviado a agentes inmobiliarios en los últimos días.

—Hasta hace quince minutos, estaba reorganizando mi vida para que pudieras formar parte de la mía y de la del bebé. —Sadie agitaba la cabeza, intentando que el pánico no se apoderara de ella—. Podría haberte dicho que iba a tenerlo e irme a Francia a criarlo yo sola. Decirte que si querías verlo tendrías que tomar un vuelo. Pero no lo hice. Tenía planes de volver a Boston para que nuestro hijo pudiera pasar más tiempo con su padre.

Se sentía destrozada, pero necesitaba sacar todo lo que tenía dentro.

—Quería vivir en Boston porque tampoco podía imaginarme vivir una vida sin estar cerca de ti. Quería verte a menudo, con la esperanza de convertir esta atracción ardiente que tenemos en una historia de amor para toda la vida.

Él abrió la boca para hablar, pero Sadie le cortó:

—No he terminado. Querías desconfiar de mí, Carrick, y aprovechaste la primera oportunidad para hacerlo. No puedo vivir así, otra vez no. Estuve a merced de un hombre al que constantemente le rogué que confiara en mí, que confiara en nosotros, pero él jugó conmigo. Y que ahora tú me acuses de jugar…, bueno, eso me duele mucho. Sadie se pasó la correa del bolso por la cabeza y, con el corazón partido, dio media vuelta para salir por la puerta principal.

No tropezaría, no lloraría. Saldría de su casa, y de su vida, con la cabeza bien alta. Había derramado demasiadas lágrimas por hombres estúpidos y no volvería a hacerlo. No merecían la pena.

Cuando llegó a la acera y oyó cerrarse la puerta a su espalda, sintió que le escocían los ojos y se le cerraba la garganta.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y supo que lloraría por Carrick durante mucho tiempo.

Porque era un buen hombre y lo había perdido. No por la crueldad o la manipulación, sino por la desconfianza y el miedo.

Y ese fue el final más triste posible para su historia.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Diez

—¡Sadie, qué sorpresa! No te esperaba.

Incluso a través del interfono, Sadie oyó una nota de desagrado en la voz de Beth. A su amiga nunca le habían gustado las visitas inesperadas.

Pero no le importaba. Ella se había entrometido en su vida y no iba a concertar una cita para regañarla. Sadie se pasó la mano por la cabeza. Se había recogido el pelo en una coleta, un peinado que la hacía parecer más dura, más mayor y más fuerte. No solía maquillarse, pero esa mañana había sido muy necesario después de pasar una noche en vela terrible en la que había alternado las lágrimas con la rabia. Estaba triste, dolida, pero también estaba muy cabreada. Con Beth, con Carrick, con su vida…

Tanto Beth como Carrick, personas en las que debería poder confiar, la habían decepcionado. Sadie nunca se había sentido tan a la deriva, tan perdida. ¿Habría algún momento en el que no se sintiera tan sola? ¿Tendría alguna vez a alguien a su lado que la hiciera sentir totalmente segura?

Ahora mismo no podía imaginar un futuro con nadie más que Carrick.

Pero eso no iba a suceder.

Su familia la había decepcionado al creer más en Dennis que en ella. Beth no la había escuchado cuando le dijo que no se metiera en su vida. Y Carrick no confiaba en ella.

Bueno, el lado positivo era que aún tenía a Hassan. Dios, ¿por qué no le había escuchado?

—Es temprano, Sadie, y no estoy vestida —se excusó Beth. —Te he visto en pijama antes. Abre la maldita puerta.

—¿Por qué estás aquí?

—Oh, porque tú y yo tenemos que hablar sobre por qué le diste a entender a Finn a propósito que yo iba a volver a Francia. Sabías que se lo

diría a Carrick. Me has traicionado, has querido estropear mi relación tendiéndome una trampa, Beth. ¡Abre la maldita puerta!

Beth murmuró una maldición.

—Dame diez minutos, por favor. Ahora bajo.

—Te doy cinco minutos y, si no me dejas entrar, dejaré el dedo en tu timbre hasta que lo hagas.

Beth no respondió, así que Sadie supuso que había aceptado. Si no le abría la puerta, utilizaría la llave de emergencia que Beth le había dado años atrás y que probablemente ella había olvidado que tenía.

Nunca la había utilizado, pero ahora estaba decidida a usarla. Aunque aún quedaban cinco minutos para que tuviese que hacerlo…

Sacó su teléfono y marcó un número. Tenía ganas de patear traseros y no tenía nada que perder. La videollamada sonó y, por primera vez en años, vio la cara de su madre en la pequeña pantalla.

—Sadie, ¿estás bien? —La voz de su madre sonaba un tanto temerosa—. ¿Qué pasa?

—Estoy bien, mamá. ¿Está papá contigo? —Al instante, la cara de su padre apareció por detrás, con la misma ansiedad en los ojos que su madre.

—Eh, hola, calabaza…

Sadie entrecerró los ojos. Había perdido el derecho a llamarla por ese apodo cariñoso cuando eligió a Dennis en vez de a ella.

—Solo llamaba para deciros que estoy muy cabreada con vosotros. Y también muy dolida.

Los dos se quedaron boquiabiertos. Sí, seguro que no contaban con empezar la mañana del viernes con un sermón de su hija.

Bueno, la vida, como ella bien sabía por desgracia, no siempre iba según lo planeado.

—Os necesitaba cuando mi matrimonio se vino abajo. Necesitaba que me creyerais cuando os contaba lo mal que me trataba Dennis. Necesitaba vuestro amor y vuestro apoyo. Pero os pusiste de su lado. Elegisteis creer a un hombre que apenas conocíais en vez de creer a vuestra hija.

—Las cosas que dijiste eran… son difíciles de creer…

La excusa de su madre hizo que su mal genio burbujeara y estallara.

—¡Mamá, nunca he sido una mentirosa! Y es vuestro deber estar al lado de vuestros hijos. Si alguna vez un hijo mío viniera a mí y me dijera que su marido la trata como una mierda, me enfrentaría a él sin pensarlo, sin hacer preguntas. Mi lealtad hacia mis hijos sería inquebrantable. De hecho, así será, nunca lo decepcionaré… El bebé que llevo en mi vientre siempre sabrá que le cubro las espaldas. Vosotros no lo hicisteis conmigo. Y seguís sin hacerlo.

Ambos boqueaban como peces, tragando aire. Sadie no estaba segura de si su silencio se debía a la sorpresa de su llamada o a que por fin había tenido el valor de enfrentarse a ellos, de decirles lo descontenta que estaba con su comportamiento. No importaba; necesitaba aclarar las cosas, expresar su decepción. Porque si no podía defenderse a sí misma, nunca podría defender a su hijo.

—Espera… ¿Estás embarazada?

Las palabras de su madre la devolvieron al presente.

—Sí, estoy embarazada.

Su madre aplaudió y a su padre se le iluminaron los ojos.

—¡Qué emoción! —exclamó su madre—. ¡Nuestro primer nieto! Cariño, estoy más que emocionada.

Sadie frunció el ceño mirando la pantalla.

—Un momento… ¿No habéis oído nada de lo que he dicho antes?

Su madre le quitó importancia:

—Eso es el pasado. Ahora tenemos un nuevo capítulo por delante. ¿De verdad? Porque a ella no se lo parecía.

—No, no podéis volver a mi vida sin una disculpa, fingiendo que no me decepcionasteis, que no me hicisteis daño. Si no os hubiera llamado, ¿me habrías llamado vosotros?

No necesitaba una respuesta; ya sabía la verdad. Las yemas de los dedos de Sadie se deslizaron por su frente.

—Vale, voy a colgar. Esta conversación no va a ninguna parte, lo que debería haberme temido.

—¡Espera!

La cara de su padre llenó la pantalla con su expresión mortificada.

—No cortes así la llamada, Sadie. ¿Qué podemos hacer para arreglarlo?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, papá. No creo que se pueda arreglar.

—Queremos intentarlo. Te hemos echado de menos.

—Los teléfonos funcionan en ambos sentidos, papá. —A pesar de todo, ella no podía alejarse sin más. Eran sus padres, y su hijo merecía conocer a sus abuelos. Se agarró el puente de la nariz y dijo—: Estoy pasando por un mal momento ahora mismo, si queréis, llamadme en un par de semanas y tal vez podamos vernos. No prometo nada, pero…

—Te llamaremos.

Tal vez sí, tal vez no. Ahora dependía de ellos. Sadie se despidió y cortó la llamada. Estaba a punto de llamar al timbre de Beth de nuevo cuando la puerta se abrió y ella se quedó allí de pie, con mirada impaciente. Antes de que Sadie pudiera decir algo, la que se suponía que era su amiga empezó a hablar:

—Te prometo que no sabía que Finn hablaba francés. Y fue el casero quien me llamó a mí, no al revés. Fue pura casualidad que estuviera en el despacho de Finn cuando atendí la llamada.

—Te dije que cancelaras el alquiler —dijo sin saber si creer o no a Beth.

—Lo sé, e iba a hacer lo que me pediste, pero… —Sus ojos se llenaron de lágrimas y su labio inferior comenzó a temblar. Sadie tragó saliva, conmovida a regañadientes por la evidente muestra de emoción de su amiga, pero también recordándose a sí misma que ella había desencadenado su ruptura con Carrick.

Aunque, en realidad, si no hubiera sido la llamada de Beth, hubiese sido otra cosa. Carrick habría encontrado otra razón para alejarla, para desconfiar de ella. Su resentimiento hacia su amiga empezó a desvanecerse.

—Explícate.

—Quería que tuvieras una escapatoria de emergencia en caso de que las cosas fueran mal aquí en Boston. Sé lo mucho que te gusta tu apartamento, lo mucho que te gusta París. Fue allí donde huiste cuando las cosas se torcieron con Dennis. Esa ciudad te tranquiliza, te encanta el arte, el ambiente, la gente. Le pedí a tu casero que prorrogara el contrato seis meses y, según cómo fueran yendo las cosas, se renovaría o se cancelaría.

—Me habría dado cuenta de los pagos de la renta, Beth —dijo exasperada.

—Iba a pagarlo yo. No lo habrías sabido.

Sadie frunció el ceño, desconcertada.

—Pero ese apartamento es caro. París es caro. Tú no tienes tanto dinero como para hacerte cargo de otra vivienda.

—Tengo suficiente dinero ahorrado —respondió ella pareciendo desafiante.

Sadie se pasó las manos por la cara, sintiendo que la rabia cada vez iba a menos. Su amiga había estado dispuesta a sacrificar los ahorros que tanto le había costado ganar con tal de asegurarse de que Sadie tuviera un lugar donde refugiarse y sentirse segura si las cosas iban mal. Y si Finn no se hubiera enterado de sus planes, tal vez Sadie nunca se hubiera enterado de su generosidad y su sacrificio.

—De verdad espero que seas feliz con Carrick, Sadie. Puede que Tamlyn haya exagerado las cosas. Es la reina del drama. Pero es mi hermana… —dijo con el labio inferior tembloroso.

A Sadie le encantaría que su familia confiara en ella ciegamente, que creyeran todo lo que decía sobre Dennis, pero ahora estaba enfadada con Beth por creer a Tamlyn…

Soltó un enorme suspiro y agarró la mano de su amiga.

—Beth…, qué desastre. Estoy enfadada contigo porque tu conversación con mi casero me ha causado un enfrentamiento con Carrick, pero acabo de darme cuenta de que, si no hubiera ocurrido ahora, hubiese pasado más tarde. —Tomó una profunda bocanada de aire y desterró los últimos coletazos de ira hacia su amiga.

—Ya no estamos juntos, pero no voy a volver a París. Mi hogar está aquí ahora, en Boston. Con o sin Carrick, aquí es donde tengo que estar.

Beth se secó las lágrimas.

—¿No estás enfadada conmigo?

Sadie esbozó una sonrisa.

—Un poco irritada, pero ya se me pasará. —Su sonrisa se apagó cuando se dio cuenta de que había llegado el momento de confesar todo—. No quiero que se lo digas a nadie, sobre todo a Tamlyn, pero estoy

embarazada. Carrick es el padre y por eso me quedo en Boston. Quiero que mi hijo pase tiempo con su padre, sé que él es un buen hombre.

Su amiga se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—Lo crees de verdad, ¿no? —En lugar de desprecio, Sadie notó el tono de asombro en la voz de ella.

—No me lo creo, Beth, lo sé —respondió con total sinceridad, sintiendo que su corazón se desgarraba.

Su amiga le apretó la mano con fuerza.

—Creo que es hora de que empiece a reconciliarme con tu hombre, Sadie.

—Por desgracia, no es mi hombre, Beth —logró decir esbozando una tímida sonrisa—. Ya no.

—Oh, cariño, lo siento mucho. —Su amiga la abrazó con fuerza y le dijo al oído—: ¿Me perdonas?

Con la garganta obstruida por las lágrimas, se limitó a asentir con la cabeza. Cuando miró a Beth a los ojos, se dio cuenta de que los tenía húmedos.

—Entonces, ¿eso significa que no estoy despedida? —preguntó, manteniendo sus manos enlazadas.

—De momento no —respondió Sadie con una sonrisa.

«¡Me acuesto contigo porque estoy loca por ti! Porque no puedo dejar de pensar en ti. Demonios, ¡creo que estoy enamorada!».

Carrick, abandonando el trabajo, giró sobre sí mismo en su silla. No podía concentrarse porque las palabras de Sadie rebotaban en su cerebro una y otra vez.

Tenía una resaca infernal porque se había bebido una botella de whisky de doce años de la famosa, rara y cara colección de su padre. Se negó a sentirse culpable por habérsela bebido entera, porque el hecho de que le rompieran el corazón de nuevo debía ir acompañado del reconfortante sabor de un buen whisky.

Pero, por desgracia, al día siguiente no había diferencia entre la bebida cara y la barata. Todas le hacían sentir como si alguien le estuviera dando con un mazo en el cerebro.

Carrick apoyó los codos en las rodillas y miró al suelo. Se había negado a darle explicaciones y le había pedido que decidiera por sí misma.

Creyó que habían dado un giro en su relación, que ella veía cómo era él en realidad sin hacer caso a lo que los demás dijeran. Había confiado en él.

¿Y si lo que ella decía era verdad? ¿Y si realmente no iba a volver a París? ¿Y si, en lugar de reaccionar de esa manera, él hubiera intentado comprenderla antes de juzgarla?

Necesitaba saber si Sadie iba a dejar Boston, si iba a dejarlo a él… Llamaría a Beth, ella podría aclararlo.

Se incorporó y agarró el teléfono, preguntándose si aún tendría el número de su cuñada. Buscó entre sus contactos.

Pero luego pensó que si la llamaba estaría tirando de la información de un intermediario, tomando su palabra por encima de la de Sadie. Si tenían alguna oportunidad de que su relación funcionara, entonces era necesario hablarlo con Sadie directamente. Debía resolverlo con ella y con nadie más.

Llamar a Beth sería la salida más fácil. Y el problema fundamental era el de la confianza. Le había pedido que sacara sus propias conclusiones por sus actos, no por los rumores. ¿Y si él hacía lo mismo por ella? ¿Y si se centraba en sus palabras y sus acciones y decidía por sí mismo, como le había pedido que hiciera ella? Volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, repasó las últimas semanas y se obligó a examinar detenidamente todas sus interacciones. Sadie nunca, ni una sola vez, le había mentido. Trabajaba muchas horas, preparaba informes profesionales, mantenía su vida laboral separada de su relación personal. Le había hablado del bebé, no le había ocultado su embarazo. Había acordado que criarían a su hijo juntos; le había dicho que quería que su hijo tuviera un padre tan a tiempo completo como él pudiera serlo.

No había actuado como si quisiera volver a París. Al contrario. Sus palabras, su afecto innato y la forma en que lo miraba le decían que estaba dispuesta, a pesar del pésimo matrimonio por el que había pasado, a arriesgarse con él.

Y además había confiado en que él no le haría daño…

Pero la había herido, y mucho. Lo había visto en su rostro pálido, en sus ojos llenos de lágrimas, en su boca apretada. La había herido y quería patearse el culo por ello. A pesar del maltrato emocional que había sufrido en su matrimonio, y de la traición de sus amigos y su familia, que no la creían, se había abierto a él, confiando en que la protegería.

Ella había sido muy valiente, sin embargo, él, al primer pequeño contratiempo, había salido corriendo con el rabo entre las piernas.

Dios, no podría estar más avergonzado de sí mismo. Estaba siendo un cobarde.

Al oír un golpecito en su puerta, se giró lentamente y vio a Ronan en el umbral, con expresión preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó a su hermano, con tono cortante.

—Marsha ha cancelado tus reuniones y está reteniendo tus llamadas. Está preocupada, la última vez que te aislaste en tu oficina de esta manera fue cuando Tanna tuvo el accidente.

Ese era el problema de tener una asistente trabajando para él desde hacía tantos años. Lo conocía mejor que él mismo. Y su hermano había elegido el peor momento de la historia para ir a hablar con él.

Carrick le miró con el ceño fruncido.

—¿Y no pensaste que tal vez lo hacía porque necesitaba estar un rato a solas?

Ronan entró y cerró la puerta.

—Pero lo que quieres y lo que necesitas son dos cosas totalmente distintas.

Ahora, lo que Carrick necesitaba era encontrar a Sadie, no sentarse a escuchar un sermón de su hermano. Tenían asuntos importantes que resolver. Y haría lo que hiciera falta para arreglar las cosas con ella.

—Sé lo que necesito, Ronan.

—No, Carrick, crees que lo sabes. Crees que quieres estar solo para protegerte de que te hagan daño. Es evidente el miedo que tienes a que otra mujer te deje. Odio decirte esto, pero no puedes controlar lo que hacen los demás. La gente se va, la gente muere y la gente mete la pata.

Carrick inclinó la cabeza hacia un lado, era la primera vez que oía hablar así a su hermano. Intrigado por saber a dónde quería llegar Ronan, incluso si eso significaba retrasar el momento de ver a Sadie, le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Tú y Sadie habéis roto, ¿no? O, para ser más precisos, tú has roto con ella.

Carrick se encogió de hombros, sosteniendo la mirada de su hermano. Se limitó a asentir y notó que la frustración cruzaba el rostro de Ronan.

—Ella era la mujer adecuada, Carrick, la persona destinada para ti. ¿Cómo pudiste no verlo?

Vaya. Interesante que Ronan se hubiera dado cuenta.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Porque reconozco el amor verdadero cuando lo veo, Carrick! Lo viví, lo tuve entre mis brazos y lo reconozco en cuanto lo veo. Ella es tu otra mitad, la persona con la que se supone que debes estar.

—Yo pensaba lo mismo con Tamlyn —dijo Carrick, sabiendo que sus sentimientos por Sadie no podían compararse con lo que sentía por su ex.

—No solo se ama a una persona. Se puede amar a mucha gente, de formas muy diferentes y en distintos momentos de la vida. Amaste a Tamlyn, pero ahora eres una persona muy distinta y estás en una etapa diferente. No se tiene solo una oportunidad en el matrimonio y el amor.

Carrick no dejaba de mirar a su hermano a los ojos, ocultando su sonrisa mientras dejaba que Ronan siguiese hablando y cayendo en su propia trampa.

—Te escucho, Ronan. Sigue hablando, por favor.

Su hermano pequeño soltó un suspiro.

—Entonces, ¿vas a arreglar las cosas con Sadie?

—Sí, estaba en ello justo cuando apareciste por la puerta… ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, adelante.

—¿Por qué no te aplicas el cuento a ti mismo? Estoy de acuerdo en todo lo que me acabas de decir. Pero, si yo puedo tener otra oportunidad en una relación, ¿por qué tú no?

En cuanto se fue de la casa de Beth, al no sentirse preparada aún para volver a su despacho en Murphy International (sabía que pasarían semanas, quizá meses, antes de que pudiera volver a enfrentarse a Carrick sin venirse abajo), Sadie decidió regresar a su piso de alquiler. Sentada en el sofá con el portátil sobre la mesa frente a ella, se dedicó a estudiar las

imágenes escaneadas de varios documentos que había encontrado en el Museo de Arte y Cultura de Virginia.

Necesitaba centrarse en el trabajo porque, si no lo hacía, los pensamientos sobre Carrick la consumirían. Y sobre todo temía verse tentada de volver a su casa para rogarle que la creyera. No podía permitirse hacer eso.

El amor y la confianza, cuando no se daban libremente, no significan nada en absoluto.

Así que se puso manos a la obra. Haría su trabajo y, cuando presentase su informe final, ya no tendría que volver a ver o hablar con Carrick. Al menos durante un tiempo. Tendría unos meses de tregua hasta que le presentara a su hijo.

Tal vez, para entonces, su corazón ya se habría curado.

Ignorando el agudo dolor que sentía en el pecho, se obligó a leer algunas páginas de un diario escrito por uno de los amigos de Winslow Homer, concentrándose para intentar entender la enrevesada caligrafía, buscando cualquier detalle que le pudiese ayudar en su investigación.

Cuando llevaba un tercio del diario leído, algo llamó su atención:

Hoy he visto a Winslow trabajar en el tercero de una serie de cuadros que detallan la vida de las esclavas de una plantación del sur. Se paró en medio del campo para observar a dos niños que estaban jugando y de inmediato se puso a dibujar. Los detalles que plasmaba me dejaron sin aliento. El bolsillo rasgado del pichi de la niña, la leve cicatriz sobre la ceja del niño…

Un momento…

Sadie sintió el golpe de la emoción, el sabor de un gran avance en la boca. Buscó una carpeta que había dejado en el suelo y la abrió de un tirón, sin importarle que los papeles que contenía cayeran al suelo. No le importaban los documentos; necesitaba la reimpresión fotográfica que había hecho del cuadro.

Giró la fotografía hacia la luz que salía de la lámpara y… ¡sí!, levantó los brazos con alegría. El bolsillo de la niña estaba roto y el niño tenía una cicatriz en la ceja. ¡Tenía pruebas! Por fin había avanzado algo en sus investigaciones.

En ese momento, llamaron a su puerta y, aún con la fotografía en la mano, se dirigió al pequeño vestíbulo para abrir.

Lo primero que vio fue un enorme ramo de flores y reconoció al instante la mano que las sostenía. Si Carrick creía que la podía sobornar con un ramo de flores a modo de disculpa, se iba a llevar una gran sorpresa.

Apartó las flores para mirarle a la cara, olvidando al instante su descubrimiento sobre el Homer. Parecía más viejo que el día anterior, estaba demacrado y pálido. Era evidente que había pasado una noche tan horrible como la suya. Pero ella no era tan buena persona como para compadecerse por él. Se merecía sentirse como un imbécil porque había actuado como tal.

—¿Qué quieres? —exigió ella, cruzándose de brazos y mostrándole una mirada beligerante.

Intentó darle las flores, pero Sadie se limitó a entrecerrar los ojos. Entonces, él bajó la mano con el ramo a un lado.

—¿Puedo entrar? —le preguntó él.

—¿Qué sentido tiene?

Carrick parecía que estaba tratando de mantener la calma.

—Hay algunas cosas que quiero decirte y preferiría no hacerlo en el pasillo.

Ella levantó las cejas y se puso firme.

—Preferiría que no te hubieras comportado como un imbécil, pero no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad?

Carrick miró al techo y suspiró.

—Debería haberme dado cuenta de que esto no sería fácil.

Estaba cansada, disgustada y no tenía energía para enfrentarse al hombre que no podía darle lo que quería.

—Carrick, en lo que va de día he hablado con Beth y con mis padres. Ninguna de las dos conversaciones ha sido fácil. Estoy alterada, emocionada y cansada. Por favor, vete.

—No.

Entonces, Carrick levantó los brazos y las flores pasaron volando junto a su cabeza. Sadie se giró y las vio aterrizar junto a la mesa de café, esparciendo hojas y pétalos sobre la alfombra beis.

—¿Qué, eso ha hecho que te sientas mejor? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

—No, pero seguro que esto sí. —Carrick la agarró por las caderas, la atrajo hacia sí y cubrió los labios de Sadie con los suyos.

Ella ni siquiera intentó resistirse. Su ira se disipó en cuanto sus lenguas se tocaron y él colocó una mano detrás de su cabeza para mantenerla quieta. Besar a Carrick era lo único que quería hacer el resto de su vida, pero no de forma esporádica, como amigos con derecho a roce. Necesitaba su amor, su confianza, su compromiso. Necesitaba lo que él no tenía para darle.

Ella apretó las manos contra el pecho de Carrick y él la soltó de inmediato. Caminando hacia el interior de su apartamento, ella se mordió el labio inferior y lo miró fijamente, sintiendo que su corazón se partía en dos.

—No puedo hacer esto, Carrick.

—¿Por qué no?

—Porque necesito amor, necesito tu confianza, necesito… todo.

—De acuerdo —asintió él.

—Ayer por la noche no lo veías así. —Ella no entendía nada.

—Sí, ayer me comporté como un completo imbécil.

—Dime lo que hayas venido a decirme de una vez, Carrick. No me hagas sufrir más —espetó ella.

Él asintió, se sentó en el borde de la silla más cercana y cruzó un tobillo sobre la rodilla. Le dirigió una mirada firme, una mirada llena de… ¿amor?

—Cuando le dije a Tamlyn que quería el divorcio, se volvió un poco loca. Lo que pensé que sería una separación amistosa se convirtió en una pesadilla. No quería estar casada conmigo, pero estaba segura de que tampoco quería que la dejara. Y quería castigarme. Quiso ir a por mi casa, a por el arte, la empresa. Pero todo estaba estipulado en el acuerdo prenupcial, así que no pudo tocar nada. Empezaron a aparecer historias en la prensa y siempre ocurrían a los pocos días de una reunión con nuestros abogados. Y siempre cuando no se salía con la suya.

Carrick le estaba dando explicaciones de su pasado; se estaba abriendo. Ella se dejó caer en la silla más cercana, con miedo de decir algo por si él dejaba de hablar.

—Cuanto más perdía, más quería hacerme daño. Recibí llamadas y mensajes de texto amenazadores. Lo creas o no, incluso llegó a lanzar

huevos a mi casa. Al final se calmó cuando la amenacé con una orden de alejamiento. Pero los rumores seguían. Mis hermanos querían que me enfrentara a ella por lo que decía, pero me negué. Yo no tenía ganas de dar explicaciones a nadie, ni quería ir rogando a la gente para que me creyeran. No me importaba lo que pensaran los demás hasta que llegaste tú —añadió Carrick en voz baja y muy emocionado—. Y ayer me precipité contigo y me dejé llevar por el miedo. Así que, con tu permiso, me gustaría retomar la conversación de ayer…

Ella inclinó la cabeza, manteniendo sus manos unidas con fuerza.

—He oído que podrías estar pensando en volver a París. ¿Es verdad?

—No —respondió ella negando con la cabeza—. Es una larga historia… Beth pensó que era importante renovar mi contrato de alquiler en lugar de cancelarlo, como le pedí que hiciera, pero no, me quedo en Boston. Una de las cosas que tengo pendientes es encontrar un apartamento, o una casa, en Boston, preferiblemente de dos dormitorios para poder tener un cuarto de niños.

Carrick ahora parecía algo menos tenso.

—Conozco una casa bastante grande, con suficientes habitaciones como para montar un cuarto de juegos y todo lo que necesites.

—¿¡En serio!? ¿Dónde? —fingió no entenderle.

Él le envió una mirada de «no te rías de mí».

—En Beacon Hill. Por desgracia, la oferta viene con un par de condiciones. Tendrías que compartir la cama conmigo, y además espero que quieras llevar mi anillo en tu dedo en algún momento.

Ella se inclinó hacia delante, con los brazos sobre los muslos. Era todo lo que quería, pero no era suficiente.

—¿Me ofreces matrimonio porque necesito un lugar donde quedarme o porque voy a tener un hijo tuyo?

—Quiero que vivas conmigo porque no puedo imaginar mi vida sin ti. Estoy locamente enamorado de usted, doctora Slade.

Sadie quería creerle. Quería dejarse llevar por la esperanza que florecía en su pecho, confiar en que lo que él le decía era verdad. Pero tenía miedo, mucho miedo de volver a sentirse decepcionada por él.

—Tú y yo somos un equipo, Sadie. Ayer metí la pata, y mucho, pero te pido, una vez más, que confíes en mí, que confíes en nosotros. Cuando te caigas, yo te levantaré. Cuando alguien venga a por ti, quiero ser quien

se interponga entre tú y el mundo. Cuando tengas un mal día, quiero ser quien te dé las buenas noches. Estaré ahí, Sadie, en cada paso del camino. Prometo amarte en todo lo que la vida nos depare.

Ella sintió que esa dura capa de hielo que rodeaba su corazón se resquebrajaba y se desprendía, que el nudo de su estómago se desenredaba.

Entonces, él la agarró de una mano y Sadie se sintió segura, sintió que nunca volvería a estar sola.

Era, como él decía, parte de un equipo.

Carrick tiró de ella para estrecharla entre sus brazos. La levantó para sentarla en su regazo, a horcajadas sobre sus muslos, le sostuvo la cara y la miró a los ojos.

—Te quiero, cariño. Siento mucho haberte decepcionado. Por favor, dame, danos, otra oportunidad.

—Yo también te quiero.

—Me alegro de oírlo, pero eso sigue sin ser un sí a mi pregunta de démonos otra oportunidad —dijo él con voz suave—. Necesito saberlo, Sadie.

—Sí, Carrick. Sí a todo.

Cuando ella quiso rodearlo con los dos brazos, Sadie se dio cuenta de que aún sostenía la impresión del cuadro en una mano.

—¡Carrick, he encontrado algo! Es una noticia asombrosa. ¡Homer pintó…!

Él le puso la mano sobre la boca, con los ojos llenos de alegría.

—Cariño, me doy cuenta de que siempre voy a tener que competir con el arte por tu atención, pero ahora mismo me gustaría no tener que hacerlo. —Metió las manos bajo el jersey de ella y comenzó a subírselo de manera lenta—. Tú, Sadie Slade, eres mi mayor tesoro, mi mejor lienzo, mi obra de arte favorita. Y pienso pasarme los próximos sesenta años recordándotelo cada maldito día.

Sadie dejó que la fotografía cayera al suelo. Él tenía razón, ese era su momento. Las noticias sobre el Homer podían esperar.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Epílogo

Sadie, en la sala de juntas de Murphy International, no podía quitarse la enorme sonrisa de la cara. Estaba enamorada, esperaba un hijo del hombre que amaba y nunca había sido tan feliz en su vida.

Y ahora tenía que decirles a Keely y Joa que no solo creía que su cuadro era de Homer (los resultados del análisis de la obra le informaron de que las pinturas utilizadas en el lienzo coincidían con las usadas a mediados del siglo XIX y también con las habituales utilizadas por Homer), sino que había otros dos cuadros en la serie.

¿Dónde estaban? Estaba deseando empezar a rastrearlos. Ella era muy buena en su trabajo.

Y lo había demostrado localizando al artista del enorme cuadro que había en el dormitorio de Carrick. No, ahora no solo era su dormitorio, era el de los dos.

Entre la investigación sobre los cuadros de Homer, había consultado innumerables bases de datos de obras no atribuidas y finalmente encontró un lienzo similar en una colección privada de Dubái, una colección que había tenido el privilegio de ver, a través del padre de Hassan, hacía años.

El cuadro se trataba de una obra de Joshua Reynolds, más conocido por sus retratos que por sus paisajes.

Sí, era la mejor rastreando.

Era casi tan buena en eso como en amar a Carrick Murphy…

Ella se colocó detrás de Carrick, necesitando sentir su calor, su presencia, su conexión. Mirándole, sonrió. Tenía tanta suerte de tenerlo en su vida; su hijo tenía la bendición de tenerlo como padre…

Él levantó la vista mientras su mano cubría la que tenía en el hombro.

—¿Estás bien, cariño?

Ella asintió, repentinamente emocionada.

—Muy bien.

Carrick le rodeó la cintura con un brazo.

—Eso no es muy profesional, señor Murphy —murmuró ella en su oído.

—No sabes lo poco que me importa —respondió él.

—Vaya, no solo tengo que ver las muestras públicas de afecto de Levi y Tanna, ¿ahora también tengo que veros a vosotros dos? —se quejó Ronan al entrar en la habitación—. Suelta a tu prometida, hermano, tenemos trabajo que hacer.

Sadie miró su anillo de compromiso, de zafiros y diamantes, y sonrió. Era la prometida de Carrick y, cuando finalmente decidieran si casarse antes o después del nacimiento del bebé, sería su esposa. Se moría de ganas.

Pero Ronan tenía razón; tenían trabajo que hacer, así que se apartó de Carrick y sonrió a Keely y Joa.

—¡Tengo muy buenas noticias! Estoy convencida de que vuestro cuadro es un Homer.

Los ojos de Joa se desviaron inmediatamente hacia Ronan e intercambiaron una mirada llena de acaloramiento y una buena dosis de confusión. Sadie miró a Carrick y enarcó las cejas. Él le guiñó un ojo, diciéndole que también se había dado cuenta de las chispas que saltaban entre su hermano y su niñera.

Keely dio una palmada de alegría.

—¡Toma eso, Wilfred! —Luego miró a Carrick—. Él estaba convencido de que era falso. Estoy deseando decirle que estaba muy equivocado.

Sadie había oído que la herencia ya se había liquidado, así que, ¿por qué seguían hablando Keely y su abogado? Y más teniendo en cuenta que parecía que se llevaban mal. ¿Y por qué lo llamaba Wilfred cuando todos los demás lo llamaban Dare?

—Y lo mejor de todo es que creo que forma parte de una serie. Hay dos cuadros más por ahí perdidos.

—¿Y dónde están los otros dos? —preguntó Joa inclinándose hacia delante.

—Buena pregunta —dijo Sadie levantando las manos—. Alguien tiene que seguirles la pista.

Joa miró a Keely antes de que una hermosa sonrisa cruzara su rostro e iluminara sus ojos.

—¿Podemos contratarte para hacer eso?

Sadie sonrió y levantó un puño al aire. Había querido sugerir a las herederas de Mounton-Matthews que hicieran exactamente eso, pero no quería parecer demasiado insistente. Aunque, por supuesto, si no se lo hubieran pedido, se habría ofrecido igual.

—Por supuesto que lo haré. No me voy a ir. —Sadie miró a Carrick, que la observaba con una mirada sexy y posesiva. Ella inclinó la cabeza hacia un lado y apoyó la mano en su estómago ahora ya algo redondeado—. No volveré a irme.

—Es bueno saberlo —dijo Carrick con una sonrisa de oreja a oreja—. Anda, ven aquí y bésame.

Ronan soltó un resoplido.

—¡Oh, por el amor de Dios, ya basta!

Nunca, pensó Sadie mientras se acercaba a Carrick. Nunca se cansaría de él, ni de su amor ni de la vida que estaban creando.

Y, a juzgar por cómo la miraba Carrick, él tampoco.